



NOSOTROS

NOTAS SOBRE HISTORIA

LA OBRA DEL DOCTOR LUIS MELIAN LAFINUR

Cabe una gran contribución de verdad y de justicia, para la labor reconstructiva que, como es natural, todavía espera el pasado de los países del Plata, de quienes deban hacerle conocer, en el programa histórico que se ha propuesto, y empieza a cumplir, el doctor Melián Lafinur en la obra últimamente publicada sobre la prestigiosa personalidad de Juan Carlos Gómez.

El propósito de estudiar las personalidades más influyentes en la vida intelectual y política de su país, *con estricta imparcialidad, sobre la base de la tradición aquilatada con los documentos de carácter público o privado admisibles por su valor histórico*, y en el ambiente de las épocas a que correspondan, implica, por su magnitud y su destino, una empresa intelectual y patriótica que merece como exige la más vasta información directa en las fuentes originales de los elementos necesarios, y el elevado concepto del patriotismo y de la historia que puede salvar al criterio de prejuicios lesivos de su acierto y su moral.

Y en las cuatrocientas cincuenta páginas del libro que inicia la serie de esas grandes semblanzas biográficas, es evidente que se busca la noción exacta del mérito y la influencia de los ciudadanos, las colectividades y los acontecimientos predominantes en la vida nacional, con la erudición y la sinceridad de juicio neces-

sarias para que pueda formarse la conciencia del historiador, acaso pagando tributo alguna vez a la ineludible falibilidad humana, pero independientemente siempre de las intolerancias y las consagraciones del *regionalismo*, tan inspirado en los dictados del corazón como propenso a sus nobles errores.

Puede decirse, sin excepción, que en las naciones de la América llamada latina es donde la historia tiene más urgente necesidad de que por sobre todos los móviles del escritor haga obra el amor a la verdad y a la justicia. Porque, como saben cuantos desde un plano superior al de las preocupaciones vulgares atienden serenamente el aspecto psicológico de estas sociedades todavía sin tiempo para ser adultas, aún con frecuencia los extravíos del amor propio de un sentimiento patriótico inferior, las exhiben celosas entre sí por aventajarse en caudillos legendarios y en hazañas trascendentes, hasta complacer con la imaginación las pasiones que no pueden ser satisfechas con los sucesos efectivos.

Y en esa rivalidad de apasionamientos por pequeñas cosas del lugar, las generaciones, cual si vinieran destinadas a pasar sus días respirando los miasmas de una peste, entre un cielo calamitoso y una flora malsana, sienten caer sobre ellas copiosa lluvia de libros panegíricos y ven brotar de la tierra las estatuas exponentes de las glorificaciones regionales, muchas veces contradictorias, antagónicas e incompatibles hasta hacer evidente la recíproca arbitrariedad que las erige.

Contra esa obra multiforme de un mismo candor esperanzado en obtener de la posteridad ventajoso concepto para lo más exaltado dentro de cada frontera, es necesario reaccionar para que el juicio severo que ella naturalmente impone no prevalezca sobre el mérito efectivo que por excepción, pero sin posible duda, eleva el nivel de la labor histórica americana en las obras de algunos espíritus superiores.

El propio crédito de la conciencia intelectual de los países exige en los que pretendan ser aptos para historiar su vida, la convicción de que el culto de las exageraciones para las crónicas de la fantasía destinadas al halago y a la gratitud del alma ciega del nacionalismo, no puede ser la historia de los pueblos, ni la que deja enhiestas las efigies de los que más ilustran el saber, el pensamiento, la moral o la acción, en la existencia colectiva a través de los siglos.

Ya no puede ser ideal patriótico la obra de esa debilidad moral que a tantos ha hecho llevar arrastrando el espíritu por el terruño, sin dejarle nacer alas que le desprendan del suelo y le eleven a plano intelectual de mayor dignidad que donde sólo pueda hacer historia *a la sudamericana*, con un héroe nacional infaliblemente superior a los de los otros países del mismo continente, y casi siempre comparado — para las más favorables deducciones — con las mayores personalidades de cualquier orden en todos los pueblos y en todos los tiempos.

Eso, sólo sería perdurar en lo que el ilustre brasileño Euclides da Cunha llamaba «Pequeña historia, urdida de medias verdades y medias mentiras, donde campea la farfantonería de los incidentes personales y pontifican soberanamente los rojos exégetas de todas las preocupaciones patrióticas».

Para lograr que en el ambiente americano obtenga el culto que merece el elevado concepto que puede hacerla cumplir su finalidad política y moral, es necesario que la historia sea tratada por aquellos a quienes la conciencia adquirida en el estudio, tanto como el valor del deber, haya hecho aptos para decir solo lo que a cada cual parezca la verdad relativa que es posible obtener, en todas las especulaciones del espíritu, con independencia de cualquier sentimiento que la pueda alterar.

Porque, hoy como siempre, solo podrán aportar contingente digno de tan alta obra los que con tantos conocimientos como probidad en su uso, se propongan hacer historia desde arriba del estrecho criterio que, por concebir como propósito capital el de sustentar siempre lo más favorable al país del escritor, admite hasta la obligación de desfigurar los móviles, los hechos y las consecuencias de unos y otros, como más útil pueda ser para aquel fin.

Verdad es que muchas veces, en la sucesión de los tiempos, un apasionamiento sincero y grande, que resplandeciera igualmente en la unidad y en la vida del asunto, que en la precisión y en el vigor de la forma, ha dejado páginas imperecederas de historia clásica; pero, también es cierto que no se puede invocar aquella intensidad con que fueran sentidos y considerados hechos y hombres, entonces trascendentes en el mundo, para atribuir a ella, después, virtud justificativa de la deliberada decisión de dar apariencias desproporcionadas con la realidad a los actores y a los conflictos posibles apenas en los escenarios en que, por la propia

condición de las sociedades que contenían, estaban destinados a poseer solo relativa importancia dentro de sus límites.

Por eso es hora de que en los países de la América española pueda verse substituída la obra de los que estudian la historia para hacerla *patriotera* antes que científica y ética, por la honesta labor de quienes con la «alta impersonalidad» que quería Menéndez y Pelayo para el historiador que deseaba, «retejan y desarrollen la inmensa tela de la vida», sin otra pasión que la de la verdad, la justicia y la belleza.

Y por lo que respecta al eminente autor del libro que da motivo a estos comentarios, es indudable que acredita, honrosísimamente, la capacidad intelectual y moral necesaria para contribuir a la dignificación de los estudios históricos en su país, pues no sería posible, con justicia, desconocer que es un enamorado de la verdad; que posee de ella el valioso caudal acumulado en toda una vida dedicada a investigarla; y que la expone aplicándole honradamente su criterio.

Es esa la elevada misión que cumple al patriotismo comprensivo en un ambiente en que, acaso más que en otros del mismo continente, sea saludable inculcar que cuando un pueblo no ha llegado ni a su primer siglo de existencia, recién principia su organismo natural y político; que cuando su pasado no tiene ni la vida de veinte lustros, apenas está elaborando su espíritu nacional e iniciando su destino, y que entonces, todavía no puede pretenderse que tenga mayor historia que la que sólo es posible, con sus elementos y condiciones, en menos tiempo que el que muchas veces alcanza la edad de un hombre.

Aunque de permanente oportunidad, acaso hoy sea más exigida la recomendación del pensamiento de Juan Carlos Gómez, referente a aquella tesis, que cuando él lo explicaba así: «La historia es cosa sagrada: no debe llegarse a las puertas de su templo sin un alma purificada por la pasión de la verdad, y preparada con el más severo examen de conciencia sobre los hechos y sus menores circunstancias».

Tres temas distintos, pero relacionados entre sí y con la trascendencia de las ideas y las actividades de la personalidad que principalmente estudia, trata el doctor Melián Lafinur en el primero de los grandes libros de la serie que se propone escribir:

da a conocer la vida de Juan Carlos Gómez, y estudia su personalidad intelectual y política, en su patria y en el extranjero; hace la historia del período en que tuvo influencia más directa, durante la época en que actuó el gran ciudadano y periodista; y examina lo que fué Artigas, y lo que significa ante los motivos y la gestación de la independencia del Uruguay.

I.

Una referencia ilustrativa acerca de los progenitores del doctor Gómez, inicia la biografía en la cual se sigue cronológicamente toda la vida del ilustre hombre público y eminente polemista, desde que nace en Montevideo, en 1820, hasta el triste pero glorioso término de sus días. Es el primer estudio biográfico digno de aquella grande y simpática personalidad cívica e intelectual.

Así, tomando desde el comienzo la brillante existencia de Gómez, enseña cuanto en el carácter y en la mente fué distintivo del niño, y narra los triunfos comprobatorios de la superioridad que en la infancia le exceptuara en su generación hasta permitirle alcanzar, a los quince años, que un tribunal examinador recomendase su nombre al aprecio de sus compatriotas. Y a continuación se ve mencionada la labor de gradual enriquecimiento mental y primera producción que cumple durante la adolescencia el doctor Gómez, cuando, siendo modesto empleado en un Ministerio, emprende estudios correspondientes a la carrera de abogado, y empieza a revelar felices disposiciones literarias, hasta que, llegado a los veintitrés años, emigra al Brasil, residencia de su familia, donde, en 1845, es desterrado de Río Grande, y pasa a Chile.

Entonces el biógrafo informa sobre toda la brillante figuración de Gómez en la política y en la prensa de la república transandina donde a poco de llegar, y apenas cumplidos veinticinco años, sucede a Sarmiento en la dirección de *El Mercurio*, y funda, más tarde, *El Diario*, en cuyos autorizados órganos de opinión deja la honrosísima obra intelectual y moral que realiza durante los siete años que permanece en aquel ambiente extranjero.

Con la palabra erudita de un chileno, en ocasión del homenaje tributado en aquel país al infatigable paladín de la libertad, de la justicia, y del derecho, cuando la repatriación de sus despojos

mortales, acredita el doctor Melián cómo cumpliera allí el insigne demócrata la misión que su conciencia le imponía dondequiera que llegaba, y cómo las poderosas facultades del publicista abarcaran todos los problemas sociales, económicos, y políticos ofrecidos por el ambiente en aquella época, dejando siempre el rastro de alguna originalidad, o amplitud de miras, que le distinguía de la opinión o del criterio vulgar.

Fué allí, en las páginas de uno de aquellos prestigiosos exponentes de la más pura doctrina de moral y política republicanas, donde escribió Juan Carlos Gómez estas grandes verdades que, hoy, pasados tres cuartos de siglo, todavía parece que las hubiera expresado para referirlas a su patria: «El mal en América no está en las instituciones, sino en los hombres que las falsifican, especulando con ellas y esclavizándolas a su egoísmo. Se clama por reformas que aseguren la libertad del sufragio, la libertad de la palabra, la independencia y la dignidad de la vida. ¡Qué nos darían de nuevo estas reformas, mientras que las flamantes leyes fuesen ejecutadas por individuos que a merced de su poder, reuniesen en una cárcel, cuando a bien les pluguiese, bajo fútiles pretextos que nunca faltan a los mandatarios, a los ciudadanos más honorables; cuando en sus relaciones con la autoridad el ciudadano no puede alcanzar justicia, sino envileciéndose, prosternándose, por decir así, ante el ídolo de barro deificado!...»

*

Después, la prolija exposición de la accidentada vida de Gómez nos le muestra cuando regresa de las costas del Pacífico a su país, cuyas playas pisa en Mayo de 1852, en días en que, terminado el sitio de Montevideo, aparentábase reconciliar los partidos de tradición personal; y para contribuir a tan patriótica empresa, vésele entonces fundar, con el general Melchor Pacheco y Obes, la «Sociedad de Amigos del País», en cuyo programa el gran ciudadano enunciaba el ideal de la formación de un partido político de principios.

Malgrado este pensamiento, acaso por las mismas causas que le han hecho imposible hasta hoy y han infundido vitalidad a las colectividades de las divisas provenientes del caudillismo primitivo, vemos pasar a Gómez a Buenos Aires para obtener el título de doctor en Jurisprudencia, y volver a Montevideo a ejercer la abogacía en el estudio del doctor Florentino Castellanos, hasta

que se le elige diputado por el Departamento del Salto en Noviembre del mismo año.

Tras la referencia de su brillante, pero breve actuación en el Cuerpo Legislativo, aparece el doctor Gómez, a los ocho días de la revolución del 18 de Julio del 53, fundando el partido conservador, con el mismo programa de la malograda «Sociedad de Amigos del País», y el diario *El Orden* para la propaganda y defensa de sus ideales de paz, de tolerancia y de conciliación, hasta que el Triunvirato constitutivo del poder público provisional consigue que acepte los Ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores, donde, animado por los mismos propósitos que acababa de sostener en la prensa, revela, en las circunstancias más delicadas, excepcionales dotes de estadista.

Después que ha abandonado aquellas carteras, en Noviembre de 1853, por consecuencia con sus ideales, nos le presenta el doctor Melián, sucesivamente: redactando en su patria *El Nacional*, con el general Pacheco y Obes, en 1854; viajando por Europa en 1855; vuelto a la prensa en Buenos Aires en 1856, donde en *La Tribuna*, participa, desde las mismas filas que Sarmiento y Mitre, en la renovada lucha de unitarios contra federales, y se bate en memorable duelo con Nicolás Antonio Calvo; y, al día siguiente de dejar el diario argentino, redactando otra vez *El Nacional* de Montevideo, en 1857, hasta ser desterrado en Noviembre de ese año a la capital del país hermano, donde hasta 1859, redactó intermitentemente *El Nacional* y *La Tribuna*, tanto para ocuparse de la política de su país como para combatir el caudillaje de Urquiza con la misma decisión con que antes había atacado el de otros en su patria.

Es desde esa fecha que se ve al ilustre repúblico, durante veinte años, apartado del periodismo militante y entregado, en Buenos Aires, a las tareas forenses — solo alternadas, de tiempo en tiempo, por aquellas grandes polémicas que tanta resonancia alcanzaban en los países del Plata — hasta que en 1879 vuelve a la prensa, por última vez, reasumiendo la dirección de *El Nacional* argentino, en días en que era presidente de la república quien había substituído al doctor Gómez en la época lejana en que dejara ese diario: Nicolás Avellaneda.

Aquí lo presenta el doctor Melián cuando defendiendo la candidatura de Sarmiento para la suprema magistratura del país, y volviendo algunas veces a la consideración de su sueño de una

nacionalidad formada con las antiguas provincias unidas, sostuvo, aun brillantemente, el anciano escritor, durante diez meses, la pesada labor intelectual que se impusiera en aquella hoja de publicidad que tan gloriosa tradición tenía, hasta que en Julio de 1880 abandona las fatigas del periodismo, con el presentimiento de que lo hace para siempre, «con esa vaga tristeza del obrero que después de una tarea en los campos abiertos del pensamiento, torna al encierro del taller, al trabajo sin descanso y sin término para el pan de cada día».

*

Entonces el autor de la semblanza aun muestra al doctor Gómez cuando apesadumbrado por el espectáculo que en su patria ofrecía la subversión sin fin contra la cual había luchado durante toda su vida, pasa sus últimos años en el retiro, y concluye sus días en Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1884, causando su muerte profundo duelo en las sociedades de ambos márgenes del Plata y en la nación chilena. Y al terminar su libro narra el autor cómo la inhumación del cadáver fué una apoteosis que por la palabra de Sarmiento y Mitre habló para siempre a la posteridad, y cómo en 1905, la patria consagró la gloria inmortal de su mayor tribuno en la traslación de las cenizas al panteón nacional de Montevideo.

En el curso de la biografía hay un capítulo dedicado únicamente al estudio de la personalidad intelectual de Juan Carlos Gómez, y allí se hace justicia a cuanto fué mérito distintivo en la revelación multiforme de sus diversos talentos, demostrándose lo que en el poeta romántico, en el periodista, en el jurisconsulto, y en el profesor, fuera siempre característico, o superioridad excepcional.

Alejado por su virtud cívica de los poderes públicos donde apenas se inició dejando el rastro luminoso de la brevedad de su pasaje, quedó reducida la influencia de su espíritu en la sociedad de su país a lo que a través de los tiempos pudiera fecundar algún día en la conciencia nacional el ejemplo de la honestidad de su conducta política, y el vigor y el arte de sus extraordinarias dotes de publicista.

Por eso el doctor Melián Lafinur ha podido escribir en las últimas páginas de su estudio:

«El doctor Juan Carlos Gómez es una personalidad única, de

especial relieve, que se destaca entre sus contemporáneos por la unidad inflexible de su vida política, sus abnegaciones, su austeridad, la hidalguía de sus sentimientos, y su consagración, jamás desmentida, a las instituciones y a la libertad que él amaba sobre todas las cosas de la tierra.

«Por la elevación de sus ideas, por su desinterés, por sus talentos variados, y por su patriotismo, está arriba de todas las divergencias y debe considerársele un prócer nacional, prescindiendo de las pasiones que lo envolvieron fatalmente, obligándole a tomar su puesto de combate en las luchas locales de partido.»

II

El contraste que ante la pureza de sus ideales democráticos ofrecen al espíritu de Gómez, desde el primer gobierno de su país, las contiendas armadas del caudillismo, motiva en el libro una ligera referencia a las revoluciones de Lavalleja en 1832, 1833 y 1834, contra el presidente Rivera, y a las del general Rivera en 1836 contra la presidencia de Oribe, y contra sus propios correligionarios durante la Defensa de Montevideo.

Epoca, aquella, caliginosa y embrionaria de la existencia nacional, son los suyos los días de los fuertes personalismos originarios de los partidos políticos que ha tenido el Uruguay, y su historia no pertenece al programa comprensivo de los asuntos de estudio en el libro de que trato. Por eso su autor no la hace todavía, y la remite, seguramente, a la oportunidad natural que le dará el tema de algún otro volumen de su vasta obra.

Es desde que el doctor Gómez vuelve de Chile, en 1852, después de terminado el sitio de Montevideo, que el doctor Melián atiende los períodos principales de la parte de la historia del país más relacionada con las ideas y la acción política del ilustre patriota, durante toda su vida de infatigable luchador por los altos postulados de su civismo.

Los acontecimientos políticos inmediatos a la conclusión de la guerra de nueve años traída por Oribe con mandato y elementos de Rosas, comprenden una de las épocas de la vida nacional más trascendentales en los destinos del país, y sin duda por ello son los que el doctor Melián considera con mayor detención.

Producida por el gobierno de Montevideo la terminación del sitio de esta plaza, mediante la alianza con Entre Ríos, Corrientes y Brasil, y el nombramiento del general Eugenio Garzón — ex servidor de Rosas — para jefe del ejército en campaña, al cual por ese motivo se incorporaron con sus tropas los más de los jefes que hasta entonces habían servido con Oribe, fué celebrado, en Octubre de 1851, el pacto de paz declaratorio de *que no había vencidos ni vencedores porque en aquella guerra se había peleado tan sólo por la creencia, a que diera origen la intervención anglo-francesa, de que se defendía la independencia nacional!*

Con tan vigorosa evidencia de los hechos como de la justicia de su apreciación, presenta el doctor Melián al lector aquel deleznable disimulo de una realidad que el tiempo haría efectiva, y aquella aparente deposición de las pasiones partidarias que inevitablemente serían mantenidas por la propia intensidad que durante la larga lucha las acreciera en el corazón de las generaciones.

Y así nos muestra como, apenas terminados los días de la Defensa, una desacertada combinación substituyente de la verdad esencial del acto electivo — debida a la influencia de don Manuel Herrera y Obes, que había sido el verdadero autor de los convenios internacionales y del nombramiento de Garzón que pusieron término a la guerra — dió mayoría en las dos corporaciones del poder legislativo al partido de los sitiadores de la capital, que incurriendo en grave error y responsabilidad en esas circunstancias, con falta de sinceridad y sin comprender su situación, creyó posible conquistar el poder exclusivamente para sí, y esa ciega ambición le hizo cometer los actos más impolíticos.

*

En la exposición del desarrollo de tan equivocado propósito ve el lector a aquella mayoría empezar por elegir Presidente del Senado a don Bernardo Berro, miembro del partido y del ejército invasores con Oribe sostenido por Rosas, acto por el cual aquel ciudadano, el 15 de Febrero de 1852, substituye a don Joaquín Suárez como encargado del ejercicio del Poder Ejecutivo. Ante esa actitud, que en aquellas delicadas circunstancias tanto tenía que intranquilizar el ambiente, procuró la minoría con justificada aspiración, mantener el equilibrio partidario — que era la primera necesidad del momento para la seguridad de la paz — esforzán-

dose en conseguir que la primera magistratura de la nación, que debía ser provista el 1.º de Marzo inmediato, recayese en un ciudadano que no perteneciera a la misma colectividad que acababa de obtener la vicepresidencia de la República.

Entonces, como lo explican las luminosas páginas que me complazco en substanciar: arrebatado por la muerte a las más patrióticas esperanzas, desde diciembre del año anterior, el general Garzón — veterano de las guerras de la independencia americana, animado por ideales que le hubieran permitido realizar gobierno sin espíritu de partido, y por el cual estaban dispuestos a votar todos los ciudadanos que después formaron el cuerpo legislativo elector — solo podía ser candidato indiscutible don Manuel Herrera y Obes, que como antes había combatido el caudillaje de Rivera, después había sido el alma de la cruzada contra Oribe que a glorioso término llevó Garzón, a quien únicamente él podía substituir en la obra fundamental del progreso político necesario para el bienestar nacional.

Pero, aunque como lo dice el doctor Melián, el patriotismo de la minoría del cuerpo legislativo, en momentos en que pertenecía a su partido la fuerza pública, dando ejemplo de cordura y abnegación para no volver a encender la guerra civil, rogaba a la mayoría que considerase los inconvenientes de su imposición de una candidatura presidencial partidaria, no solo se resignó a ver rechazado a don Manuel Herrera y Obes — que era autor de aquella mayoría cuyos miembros habían dado motivo al eminente ciudadano para que abrigara la esperanza de ser electo por ellos — sino que, elevándose cada vez más, llegó a proponer la elección del doctor Florentino Castellanos, preclaro hombre público que no había pertenecido a los partidos tradicionales.

«Todo, dice el autor del libro, en aquellos momentos sugería como un postulado del patriotismo, que para mantener sin descon confianzas el equilibrio entre los partidos, se pusiese la presidencia de la república en manos de un ciudadano alejado de las recientes luchas fratricidas».

«Y como si un feliz capricho del destino hubiese querido reservar para su debida oportunidad, un ciudadano en las condiciones que a la elección presidencial exigían las conveniencias públicas en 1852, el doctor Florentino Castellanos surgió en todos los labios como la solución presidencial que el patriotismo aconsejaba.»

Pero, también esta vez, en la mayoría prevaleció el mal consejo

de las ambiciones del partidismo, y negada nuevamente la justicia que en esa hora difícil podía ser única garantía de la concordia, de la paz y del orden que acaso hubieran salvado para siempre al país de todos los males causados por las exaltaciones y las intransigencias de los antagonismos banderizos: los que en aquella ocasión tenían voto decisivo de los destinos de la República, impusieron obstinadamente, por sobre todas las resoluciones que hubieran podido ser satisfactorias de tan grande necesidad nacional, la presidencia de Juan Francisco Giró, miembro de la colectividad del mayor número de electores.

*

Malograda tan excepcional oportunidad de encauzar las corrientes de los intereses y de las opiniones políticas dentro de fórmulas conducentes hacia los más elevados ideales que pueden interesar a los pueblos y ser móviles del progreso de su civilización, desde ese momento, la falta de carácter en el primer magistrado, y la prepotencia de la mayoría legislativa, aumentaron la acción del exclusivismo partidario y fué creciente el absurdo desalojo del poder que venía padeciendo el partido de la Defensa al cual pertenecía la fuerza pública existente, y de la que, como era humano y razonable, usaría en último caso, para evitar que se le anulara con meras injusticias desprovistas de sostén material.

Y cuando, después de haber llevado adeptos de Oribe y Rosas a la presidencia de la República, a la del Senado, y a la de la Cámara de Diputados, extremado el rigor del absolutismo partidista — que solo se impusiera hasta entonces a favor de la moderación y de la tolerancia de la minoría — ofreció el peligro de pasar a ser fuerza anulatoria de la existencia efectiva del adversario en el Estado, llegó naturalmente, el 18 de Julio de 1853, la revolución que dirigida por Melchor Pacheco y Obes, al conseguir que fuesen nombrados ministros el coronel Venancio Flores y el doctor Manuel Herrera, devolvió al gobierno la pactada participación en él de los dos partidos existentes.

Aun en esa crítica situación en que bajo el imperio de las ofuscaciones de su apasionamiento colocaran sus propios extravíos a los detentadores del gobierno, la imprudente inconsciencia de su exaltado espíritu de partido multiplicó los errores hasta hacer insostenible su permanencia donde aparentaban estar al frente del poder público, que el 24 de Septiembre fué abandonado por el pre-

sidente nominal y su ministro Berro para asilarse en la legación de Francia.

Entonces aparecen en la exposición del doctor Melián los actos más inverosímiles de la extravagante conducta de los asilados, al pretender que todavía les considerasen y obedecieran como gobierno, no solo sus connacionales sino también los ministros extranjeros; y la constitución del Triunvirato de Lavalleya, Flores y Rivera, que mientras tuvo por ministro a Juan Carlos Gómez ejerció una gestión gubernativa sin exclusivismo político, moderada y conciliatoria, que acaso hubiera podido continuar, fundando el tranquilo funcionamiento normal de las instituciones, si la muerte del primero de los triunviros nombrados no hubiese traído nuevamente el dominio exclusivo de un partido personal.

*

Elocuente relato de los sucesos que fueron apenas consecuencia del error pasional de aquella mayoría legislativa que iniciara período tan influyente en la suerte de su país, brilla en las páginas que quedan mencionadas la misma imparcialidad ejemplar con que más adelante se siguen en el libro — incidentalmente — sus proyecciones en los acontecimientos que en épocas posteriores tienen relación con los ideales de la gran personalidad cuya vida viene siendo principal objeto del escritor.

Así, al seguir los accidentes de la política nacional en el curso de los tiempos, durante la vida del doctor Gómez, deja recordado cómo, en las repetidas oportunidades que trajeron las diversas circunstancias históricas, se malograra el ideal de la regeneración cívica de su patria que hubiese sido posible obtener por la mayor dignidad de los motivos y de los fines de los organismos partidarios. Es esa la triste pero aleccionadora enumeración de los sucesivos intentos de conciliaciones, defraudados por los errores y defectos de los ciudadanos preponderantes en los gobiernos y en los partidos cuando llegaban las ocasiones de transformar las fuerzas cívicas según fuera más útil para dar otro régimen a la dinámica de un nuevo orden político de la nación.

Amarga realidad de la historia patria, que en el libro del doctor Melián puede ver el lector, acompañando los sucesos hasta los últimos tiempos del doctor Gómez, desde cuando allá en los ardorosos días de la Defensa, dentro de los muros de la ciudad sitiada había tolerancia hasta para tributar justicia al más radical

adversario y aparecía, predicada por las personalidades más representativas, «la necesidad del olvido y la abominación de los odios de las facciones existentes, para que la inteligencia y los esfuerzos de todos sirvieran solo al interés y a la gloria de la patria».

En algunas páginas descriptivas de los días más sombríos del espectáculo que desde su patria entristeciera el espíritu de Gómez, en sus últimos años, se ve pasar la conducta y la obra de José Pedro Varela bajo la luz de un examen moral e intelectual que les da transparencia informativa de su significación política y científica. Y se condena la adhesión del ciudadano a la dictadura que tan gravemente responsabilizara al coronel Latorre ante la historia, y se dejuce del concepto de gran educacionista vulgarizado desde aquella época junto a su nombre, lo que para merecerlo, en el sentido superior de ese título, faltó a su capacidad mental.

A este respecto, aparte las inevitables incompatibilidades de todo orden que obstan a que la personalidad de Varela pueda ser sometida al natural contraste que ofrecería junto a la talla de hombres tan completos como los que cita el doctor Melián Lafinur, no es una verdad recién registrada en la conciencia de los espíritus más cultos — entre sus compatriotas y entre los extranjeros que prestan alguna atención a las cosas del Uruguay — la que informa la opinión de tan alta autoridad como es el doctor Francisco Berra, cuando al hacer la biografía de aquel colaborador de la instrucción primaria en Montevideo, explica por qué no llegó a ser pedagogo.

III

Al llegar a la parte de este estudio correspondiente a la que en el libro del doctor Melián trata de la independencia del Uruguay y de la personalidad de Artigas — a propósito de la relación de esos dos temas con las ideas del doctor Gómez — advierto nuevamente la coincidencia que al leer esas páginas hallaba entre mis opiniones y muchas de las que de manera tan magistral funda el autor.

Y razón de tal advertencia, a la vez que testimonio de las referidas opiniones mías, da el siguiente párrafo de una carta que al

apreciar un libro que me fuera enviado, en 1907, dirigi a uno de los más pacientes colaboradores del primer período de la narración cronológica en que, aparte la excepción de poquísimas obras, aun está la historia en nuestro ambiente, y que fué publicada en una revista de Montevideo:

«Para mí — que no creo que quedase asegurada la existencia independiente de nuestro país el día que se la declaró por un decreto — la historia de los primeros gobiernos de esta república es la historia de la verdadera consecución y del afianzamiento efectivo de su independencia, y pienso que no concluye la lucha realmente emancipadora, y que los uruguayos no logran desprenderse del poder extranjero y constituir una nacionalidad definitivamente libre, hasta que se obtiene el triunfo de la causa de los sitiados durante dos lustros en Montevideo, por el concurso de aquella larga serie de sucesos que produce y eslabona un solo propósito final, y que iniciados con las proezas del patriotismo y del valor de los hijos de este suelo, les continúan la cooperación armada de las legiones extranjeras, la intervención anglo-francesa, la paz del 51, el pronunciamiento de Entre Ríos, y, finalmente, la triple alianza oriental-enterrerriano-brasilera que, bajo la dirección del general Urquiza, y en ochenta días, concluyó en Monte Caseros con la tiranía de Rosas, en Febrero del año 52.»

Este juicio, que no abraza todo el tiempo a que se extiende el examen del doctor Melián acerca del mismo asunto, implica, respecto de las épocas a que se refiere, la misma negación de la estabilidad de la independencia de aquel pueblo que en el libro de que trato prolonga su autor «hasta cuarenta años después de jurada la constitución». Pero, aunque sea relativo a más reducido plazo que el señalado en la obra al estado inseguro de la existencia nacional, como dije antes de transcribirlo, sirve para demostrar una convicción contraria a la efectividad de la existencia independiente del Uruguay, aun mucho después que fuera proclamada ésta, y que por eso es antecedente informativo de mi adhesión a la tesis que comento.

*

Y he pensado eso desde que conocí la poca historia contenida en lo que hay escrito con ese título, de aquel asunto, sencillamen-

te porque para cualquier espíritu que eleve su observación hasta el nivel moral de la imparcialidad imprescindible para adquirir la conciencia de lo verdadero en algo: ello es tan evidente como la ausencia del deseo de ser otro país que el que integraba la Confederación formada por las provincias constitutivas del Virreinato del Río de la Plata, en los escasos habitantes del territorio de la Provincia Oriental, *cuando ellos empiezan a prestar su concurso a la lucha iniciada antes en Buenos Aires contra la dominación española.*

Por eso para demostrar que en esa época de las primeras agitaciones nativas, ni en el pueblo que ha quedado con el nombre de uruguayo, ni en los caudillos que en ella eran sus jefes, puede ser hallado algo que revele lo contrario, no ha necesitado el doctor Melián más que *recordar* al lector *la única intención manifestada siempre* por uno y otros en sus declaraciones y en su conducta. Por eso, también, para confirmar lo que constantemente fuera móvil de Artigas en sus empresas, y objeto de todas las resistencias sucesivas contra los españoles, los portugueses, o los argentinos, le ha bastado *transcribir* el testimonio de los propósitos provinciales reconocidos por los historiadores que más elogian al caudillo y más defienden sus revoluciones, y las consiguientes por las mismas causas y para los mismos fines: como para demostrar que la independencia uruguaya peligraba, todavía, apenas algunas décadas anteriores a nuestros días, enumera todas las intervenciones extranjeras impuestas por los países interesados, o pedidas por los gobiernos y las facciones impotentes para prevalecer por sí solos.

Así presenta la más fehaciente prueba contra los propósitos de independencia atribuidos en otro tiempo, por algunos historiadores y biógrafos, al caudillo y a las primitivas generaciones de su provincia; y combate la desfiguración de Artigas por los que la realizaron animados por el mismo propósito que en la reproducción pictórica del personaje legendario, ha hecho substituir por espesa cabellera la calva indiscutible para todos los que conocieron al caudillo, han visto después su retrato, o leído su propografía.

Y al cumplir ese propósito es que el doctor Melián hace la más formidable exposición de cargos que la pasión de la verdad y el espíritu de justicia puedan presentar como un deber a la conciencia de un historiador, contra el jefe de las rudimentarias

agrupaciones pobladoras de la desolada región en que, años después de eso, en ausencia del aludido caudillo, recibirían la forma y pasarían al estado de nacionalidad.

*

Entonces, para demostración de lo que ante su notoria probidad intelectual es verdadero, deja sobre las luminosas páginas que le dedica, la cita fiel, copiosa, y siempre coincidente, de todo lo que inevitablemente dice:

Cuando, el 15 de Febrero de 1811, Artigas — que adquiriera el mayor prestigio entre sus connaturales sirviendo al gobierno de España desde los cargos que le fueron confiados como militar — desertó, casi a los cincuenta años, del ejército en que había llegado a capitán: fué, como unánimemente está reconocido, para asumir el mando de sus comprovincianos por la protección y la orden de la suprema autoridad de Buenos Aires.

Declarado «Protector de los Pueblos Libres», con cuyo título procuró siempre, que como en el suyo prevaleciera su influencia en los de Entre Ríos, Corrientes, Córdoba y Santa Fe: cuando inicia la sublevación de sus conterráneos, contra el poder español, lo hace cumpliendo órdenes de la Junta que en Buenos Aires era Gobierno de las provincias del Río de la Plata, y que le había autorizado, hecho teniente coronel, y provisto de recursos, y así, el 18 de Mayo de 1811, puede dar y ganar la acción de *Las Piedras* contra los españoles, *derrotados un mes antes* en la de *San José* por Manuel Artigas, y, aun anteriormente a ésta, *desalojados, por primera vez*, el 28 de Febrero del mismo año, de *Capilla Nueva*, por Viera y Benavídez.

Después de la acción de *Las Piedras*, que aunque pequeña es la más importante de las suyas porque es la única en que saliera vencedor y la única a la cual titulara batalla, entre las pocas en que figura personalmente, durante su intervención en las luchas por su provincia: siempre, también, es provincial el objeto de la participación de Artigas en la resistencia opuesta a las diferentes dominaciones extranjeras en el suelo de su nacimiento.

Y fuese por lo que ello interesare a las conveniencias personales del caudillo, como lo establece la tesis del doctor Melián, o porque tuviera comprensión y anhelo del régimen federativo inaugurado en Buenos Aires cuando sus habitantes iniciaron el triunfo de la

revolución de América, es la verdad que Artigas siempre se mostró animado por el deseo de la confederación de su provincia a las otras del gobierno de la capital, y que sus desavenencias con esa suprema autoridad nacional fueron solamente: o porque ella se negara a oír los delegados solicitantes de los derechos provinciales, o porque sometiera a los paisanos del caudillo, y a él, al mando de los generales de todo el ejército que de ella dependía.

*

Por eso puede el doctor Melián Lafinur poner a contribución la insuperable autoridad de todos los historiadores que más han elogiado a Artigas, para robustecer su bien informado y lógico razonamiento demostrativo de las perturbaciones del criterio de aquellos que al apreciar esa personalidad incurrieran, con frecuencia, en el error de no hacerlo con el espíritu libre de los prejuicios pasionales que pueden impedir la clara percepción de la naturaleza y de la obra del caudillo.

Así, al invocar el testimonio de los propios defensores de Artigas, recuerda al lector que fué Carlos María Ramírez quien dijo: «Creo que el doctor Berra tiene de su parte la rigurosa verdad histórica cuando afirma, en oposición a los apologistas orientales y a los detractores argentinos, *que Artigas jamás preconizó la independencia absoluta de la Banda Oriental; que jamás se consideró completamente desligado de la comunidad argentina*, y que, al contrario, pugnó constantemente por atraer a su sistema *o sujetar a sus ambiciones* a las demás provincias del antiguo virreinato, terminando su carrera bajo los golpes combinados de los conquistadores que esclavizaron su provincia natal, y de otros caudillos que lo desconocieron en el trance supremo para expulsarlo de las provincias vecinas, en cuyo territorio también él creía tener *derecho de soberanía como caudillo protector de la Patria común*».

Del doctor Eduardo Acevedo, que es otro de los más decididos panegiristas de Artigas, recuerda que no solo niega a éste el título de fundador sino también el de precursor de la nacionalidad uruguaya; que demuestra que el caudillo no quiso la independencia de su provincia, ni cuando se la ofreció el gobierno de Buenos Aires; y que aunque supone que ha fundado el régimen federal argentino, declara, ese apologista, «que no es el fundador, ni siquiera el precursor de la República Oriental, que a este título ni

podría ni debería erigírsele estatua alguna, sin falsear la verdad histórica plenamente documentada en el curso de este *Alegato*».

Hasta el más reciente y joven de los historiadores uruguayos que con más preparación y empeño se han dado a la impropia labor de exhumar documentos rehabilitadores y de escribir el elogio de Artigas, transcribe el doctor Melián la afirmación confirmatoria de la misma verdad obtenida y confesada por los historiadores de las generaciones anteriores, y recuerda que el doctor Hugo D. Bargelata dice también del caudillo mencionado que «solo quería la paz y la unión federativa de todas las provincias del ex-*virreinato del Río de la Plata*».

*

Y como Artigas, todos los jefes principales que como él lucharon, en su época y después, contra las fuerzas extranjeras que se oponían en la provincia Oriental a las libertades de que gozaban las otras que con ella integraban el mismo territorio nacional. Hoy no hay alguien que ignore que Lavalleja, siempre al servicio del gobierno central de Buenos Aires, con la más fiel obediencia a sus órdenes, naturalmente se considera en simple cumplimiento de su deber hasta cuando incorpora al ejército argentino cuerpos provinciales de su dependencia, como el mandado por el coronel Manuel Oribe, o el batallón de conterráneos suyos que entrega a Alvear para que pase a ser de línea en el ejército de toda la nación, que ese general mandaba.

Todos saben que cuando Rivera toma un estandarte imperial en la campaña de Misiones lo envía al gobernador Dorrego y no a las autoridades de la Provincia Oriental, y que antes había ocupado cargos dados por ese jefe o por Rivadavia, como cuando fué «Inspector General de Armas» del ejército del Gobierno de Buenos Aires. También esos dos militares, Lavalleja y Rivera, reciben el grado de brigadier, del gobernador Las Heras, por ley del Congreso de las Provincias Unidas.

Continuando los motivos de las luchas de Artigas y de los principales jefes de la época referida, la revolución de 1825 fué producida para la reincorporación de la Provincia Oriental o Cisplatina, a las otras de las «Provincias Unidas del Río de la Plata». Y con el concepto de que era una *revolución provincial* contribuye Rivera a esa empresa cuya primera proclama fué dirigida a los *argentinos orientales*.

Coincide con la opinión de las personalidades militares más prestigiosas y activas, la de los ciudadanos de las asambleas, y de los magistrados más eminentes, ofreciéndose a este respecto diferentes testimonios del íntegro ciudadano don Joaquín Suárez, quien el 2 de Enero de 1827 ordenaba la publicación de un «Registro Oficial del Gobierno de la Provincia Oriental» en el que se consideraban solo provinciales todos los funcionarios que figuraban en el libro impreso en Canelones por la «Imprenta de la Provincia», y cuya portada lucía el escudo argentino.

La Asamblea Provincial reunida en Canelones después del triunfo de Ituzaingó recibe y reconoce, el 31 de marzo de 1827, la Constitución Argentina de 1826, expresando que la cree capaz de hacer la felicidad del pueblo argentino: «Y, en consecuencia, satisfaciendo el voto de los habitantes de la Provincia que representa, en su nombre acepta solemnemente la dicha Constitución declarando al mismo tiempo ser su libre voluntad que en lo sucesivo los destinos del pueblo oriental sean regidos por ella». Y el 9 de Abril del mismo año, don Joaquín Suárez, que desempeñaba el gobierno de la provincia, promulga esa Constitución argentina.

Con el mismo concepto de su autoridad y del deber en su conducta, el «Gobierno Provisional» de Florida, apenas instalado, y anticipándose más de dos meses a las resoluciones de la futura Asamblea, el 17 de Junio de 1825 pasa una circular «A los ilustres Cabildos y Jueces Departamentales» en la que se lee: «La Provincia Oriental desde su origen ha pertenecido al territorio de las que componen el Virreinato de Buenos Aires, y por consiguiente *fué y debe ser una de las de la Unión Argentina*, representada en su Congreso General Constituyente».

E igualmente, como es notorio, la Asamblea de Florida declara a la Provincia, el 25 de Agosto de 1825, libre e independiente de Portugal y Brasil, como provincia y no como nación; y el mismo día sanciona la reincorporación de la «Provincia Oriental» a las «Provincias Unidas del Río de la Plata», y se la coloca bajo el gobierno nacional radicado en Buenos Aires, declarando que «la Provincia Oriental del Uruguay reconoce en el Congreso instalado el 16 de Diciembre del año pasado, de 1824, la Representación legítima de la Nación y la suprema autoridad del Estado».

Y cuando el gobierno de Buenos Aires, para sostener eso, hace la guerra al Brasil, con un ejército mandado por Alvear, es sim-

plemente natural que Lavalleja se someta, como lo hace con sus vencedores de Rincón y Sarandí, a ese general de las fuerzas de la patria común.

*

En la múltiple y coincidente referencia de lo que en todas las formas demuestra la opinión natural y única de los pobladores de la Provincia en aquella época, respecto de sus destinos, recuerda el doctor Melián que, como los que pertenecían a la fuerza armada que operaba en el territorio, no pensaban en la independencia y constitución de una nueva nacionalidad los ciudadanos que no eran del ejército de la revolución que después triunfó en Ituzaingó. Y no pensaban en ello porque no lo creían posible con setenta mil habitantes en estado primitivo, de los cuales apenas nueve mil se agrupaban en un caserío de doce cuadras de longitud y seis de ancho: opinión compartida por los estadistas extranjeros que no podían comprender cómo se convertiría en nación a tan «escaso número de gentes esparcidas en la soledad de los campos y con una aldea por capital».

Por eso, cuando llegan los días de la Asamblea Constituyente, la misma duda hace decir al doctor Ellauri, en la primera sesión, y al presentar el proyecto de Constitución en nombre de la comisión redactora: «Es una obligación forzosa de que no podemos desentendernos: *nos ha sido impuesta por una estipulación solemne, que respetamos, y en la que no fuimos parte, a pesar de ser los más interesados en ella*».

Igualmente al determinar en la misma Asamblea el nombre de la nación así creada: contra el nombre bien dado por la comisión redactora, de *Estado de Montevideo*, prevaleció la absurda denominación provinciana de *Estado Oriental del Uruguay* para designar al país hecho con la independización de una provincia lógicamente llamada Oriental cuando era eso por su posición al oriente de un río, y con respecto a las otras provincias con las cuales integraba una patria común.

Y como lo expresa el autor: la preferencia, por los constituyentes, de la palabra *Estado*, en vez de Nación o República; la excepción favorable y la igualdad propuestas en la Constituyente — al discutir la ciudadanía natural — para los argentinos que se estableciesen en el nuevo país o se inscribiesen en el Registro Cívico; la sanción del artículo 170 del proyecto — hoy el

159 de la Constitución vigente — que autoriza el cambio de la forma de gobierno; el debate promovido sobre la posible reincorporación del nuevo Estado a otro u otros Estados, con motivo de la facultad de confederarse que le acordaba el artículo 87 del proyecto, son, como los otros antecedentes mencionados, hechos que también demuestran la indiscutible corriente de simpatía y vinculaciones mantenida entre argentinos y uruguayos hasta esa época, a pesar de las desaveniencias y hostilidades de Artigas con la autoridad de Buenos Aires.

Esa comunión fundamental en una misma nacionalidad, para los pueblos del Plata, no pudo ser destruída ni cuando Rivera derrotó en Guayabos a Dorrego, pues el mismo vencedor — cuya autoridad para informar al respecto no podría ser superada con razón y con justicia — después de declarar en su «Memoria» que no merecía esa acción ser detallada porque no tuvo importancia, lamenta que ella haya sido de *hermanos contra hermanos*, y considera *guerra civil* las contiendas ocurridas entre la provincia de Montevideo y las tropas de Buenos Aires. Es la única realidad que infunde tales convicciones en todos los órdenes de aquella sociedad incipiente, y en todos los miembros de las distintas clases de aquel ambiente, la que de modo definitivo demuestra que como nada había entonces que se pudiera imponer a la unidad etnológica e histórica del pueblo formado y extendido en las dos márgenes del mismo río, — aparte de las rivalidades del artiguismo — no queda algo que le divida, después de huir el caudillo derrotado por los portugueses, y halla la facilidad que le da éxito el movimiento de 1825, protegido por la Nación Argentina, que hace suya la causa provincial.

*

Cuando el doctor Melián Lafinur se propone exhibir la condición moral de Artigas, es, sin posible duda, cuando el erudito historiador formula el capítulo de las más graves inculpaciones al caudillo. Porque la época, el medio ambiente, y la condición extrema de la guerra, pueden explicar el rigor militar, en el peligro de los combates y en la disciplina necesaria en las treguas de paz, para la mejor defensa de una causa; pero no pueden justificar delitos comunes innecesarios, cuya comisión responsabiliza de manera irredimible, y califica y denuncia la índole del que es capaz de ellos.

Y desde la rememoración del calificativo de «caudillo montaraz» que el sabio y virtuoso sacerdote Larrañaga diera a su contemporáneo José Artigas — no obstante el temor y los elogios que frecuentemente inspiró dicho jefe a tan ilustre miembro de la Iglesia — hasta la transcripción de las palabras de Theodorick Bland, citadas por algunos de los más resistentes adeptos del artiguismo, pero irremediamente demostrativas de que el pueblo de la Banda Oriental y de Entre Ríos, desde su alianza, estuvo regido por Artigas a su antojo. *como monarca absoluto o cacique indio*, ofrécese al lector, en numerosas páginas, la noción de las crueldades imputables al poderoso personaje de tales tiempos en las provincias de ambas márgenes del Uruguay.

Así pasa, ante el que lee, la cita abrumadora de cuanto han acreditado los testigos de los padecimientos de las familias llevadas de la Banda Oriental, el año once, al campamento del Ayuí en Entre Ríos, y que dice cuantos fueron la miseria, la desnudez, los vejámenes y las torturas de las catorce o diez y seis mil personas que las formaban. E igualmente, ofrécese testimonio documentado de la situación desamparada y de la barbarie del despotismo que conociera la Provincia en 1816, en una petición de los pueblos al caudillo, en la cual se le inculpa — con transparente timidez — su «condescendencia de las grandes arbitrariedades de sus subalternos», y cuyos firmantes que no huyeron pagaron esa imploración con la vida. Con la autoridad de la palabra de un partidario de Artigas, también en esas páginas se ve acusado éste de la misma impune tiranía en la provincia de Santa Fe, entregada a los crímenes de los indios utilizados por él. En largo desfile, pasan los nombres de todas las más honestas y eminentes personalidades contemporáneas del caudillo, que, sin excepción, fueron por su conciencia «contrarias a su anarquía y despotismo».

*

En el proceso de esas mismas páginas, también la opinión de sus principales jefes le condena. Rivera, que conociera bien a aquel de quien dependió durante años — y que en su segunda presidencia, en 1841, gestionó ante el Paraguay la vuelta de Artigas a la nación que fué su provincia — ha dejado opinión confirmatoria de la de sus contemporáneos. El general José Brito del Pino, en su «Diario de la Guerra del Brasil», al recordar una con-

versación con el vencedor de Rincón, refiere que éste «habló sobre los tiempos desastrosos de Artigas, Torguez, etc., y de lo que hizo para separar al primero de una conducta que envilecía la provincia, colocándolos en un punto de vista tan desfavorable, y ostentándose él como un tirano y no como su protector». Después agrega que Rivera narró su separación de Artigas para no «hacer la guerra a los particulares ni a sus haciendas, y sí solo a los enemigos generales como los brasileiros».

También cita el juicio de Rivera, confirmatorio de la siniestra tradición, respecto de los castigos en el pueblo que en la confluencia del Daymán y el Uruguay fundara Artigas con el nombre de *Purificación*, y a donde ordenaba que fueran enviados todos los *sospechosos*. Y asimismo hace la transcripción de parte de una carta de Rivera al doctor Manuel Herrera y Obes — publicada en Río Janeiro, en 1843 — donde le recuerda que no dió cumplimiento a la orden de Artigas de hacer dar muerte al eminente ciudadano don Nicolás Herrera, progenitor de aquel y «una de las glorias de la revolución americana».

Otro de los más elocuentes entre los testimonios citados de los militares que alguna vez sirvieron con el caudillo, es la declaración de quien más tarde fué el benemérito general Rufino Bauzá, en la nota que como comandante del batallón de Libertos, y de acuerdo con todos los oficiales, había dirigido a Pueyrredón, expresándole que la tiranía de Artigas «los barbarizaba; que no era posible fundar el orden con hombres que lo detestaban por profesión; que los sacrificios que se hacían en la lucha contra los portugueses, eran estériles por falta de buena dirección; y que finalmente, ofrecían sus servicios, allí donde ellos fuesen más útiles en defensa de la libertad».

Y también como consecuencia de la misma idiosincrasia que revelan los antecedentes que viene exponiendo, presenta el doctor Melián toda la gravedad del delito que para el patriotismo de los pueblos que empezaban a luchar por su independencia, importara la desertión de Artigas de las fuerzas que sitiaban por segunda vez a los españoles en Montevideo, y las cuales, después de abandonadas por aquel caudillo, y traicionadas por el jefe predilecto de él, salvan a la causa americana con el triunfo *definitivo* que entonces obtiene solo el ejército argentino.

Aparte de este inventario, que tan desfavorablemente muestra a la personalidad en él procesada, tienen relieve todavía en el trabajo del historiador, para merecer que se les recuerde en este resumen, algunas consideraciones accesorias con que incidentalmente avalora el autor la información de su obra, y entre las cuales se destacan las referentes a la defensa de la preclara personalidad de don Joaquín Suárez, y al examen de las evoluciones de Larrañaga.

Entonces, después de cumplir, hasta donde lo creyera suficiente, el desarrollo de los tres temas hechos principal objeto de este libro inaugural de la gran obra a que en estos momentos dedica sus energías y sus actividades, expone el doctor Melián, cómo y cuanta fuera la labor patriótica y gloriosa del pueblo en la conquista de su independencia y en la elaboración de su nacionalidad: desde que en 1811 se levanta y triunfa con Artigas en Las Piedras, hasta estos nuestros días, en que aún lucha contra los gobiernos personales, por las instituciones que pueden darle la dignidad de la posesión de sus derechos; para realizar, con el orden superior que les hace posibles en la existencia colectiva, el bienestar y el progreso que son el natural destino de las naciones que merecen su vida independiente.

Tal es, en substancia, lo que contiene el primer libro obtenido por el historiador en la ardua empresa a que le llevan el precioso caudal de los conocimientos recogidos en su larga vida de estudioso, su apasionado anhelo de la justicia histórica, y su elevado concepto del patriotismo.

¿Es esa toda la verdad y la última enseñanza respecto de las épocas, los hombres y los acontecimientos considerados por el autor? Como él lo expresa: «en materia histórica nunca se dice la última palabra, ni se cierra para sentencia definitiva el debate sobre la actuación de ningún personaje que por una razón u otra haya vinculado su nombre a los anales de un país»; y yo, según otras veces lo escribiera a propósito de la historia que dejará esta nuestra incipiente vida nacional que ahora cumple nueve décadas, creo que «por la proximidad de los acontecimientos aun no puede concluir la revelación documentaria, ni es posible obtener ya el definitivo significado de ellos, pues esas son cosas

destinadas a ocurrir solo tras de las sucesivas acumulaciones de luz y de verdad que incesante y gradualmente produce ese gran auxiliar de la investigación y de la sabiduría humanas que se llama el tiempo».

Pero, cualquiera sea el criterio acerca de lo que los conocimientos conseguidos hasta hoy permitan establecer como seguras conquistas, en cuanto a la certeza y a la trascendencia de los sucesos, y respecto a los móviles y consecuencias de la conducta de los hombres, es evidente que la atención y la sinceridad que merece la copiosa información con que el doctor Melián ilustra los tres temas de que trata, y las lógicas conclusiones a que por ella llega en cada uno, obligan a reconocer la luz que una excepcional erudición y un inflexible espíritu de justicia proyectan desde las páginas de su libro, sobre épocas, acontecimientos y personajes de capital importancia en el primitivo desarrollo de la vida y de la civilización de las sociedades del Plata.

Porque, aparte de lo mucho que para las generaciones de nuestro tiempo y del futuro tiene necesariamente que ser revelación ilustrativa en el estudio dedicado por el autor a la luminosa personalidad de Gómez y a los acontecimientos políticos de la época en que durante su existencia interviniera ese ejemplar ciudadano, y de los cuales hasta ahora no se había escrito la historia; basta considerar lo que en la obra concierne al examen de la condición de Artigas, de lo que hizo, y de la independencia del Uruguay, para reconocer cuanto entre todos los testimonios y relatos que se rememoran y acumulan, permanecerá con el poder de los *hechos* para contribuir siempre al establecimiento de la verdad y de la justicia históricas.

Y así como son hechos indestructibles, con gloria de los que los realizaron, que el primer desconocimiento eficaz de la dominación de España en la América del Río de la Plata pertenece a los que en Buenos Aires hicieron la Revolución de Mayo; y que la expulsión definitiva de los españoles, en esta parte del continente, fué realizada por el ejército argentino que vino para eso, y les desalojó de Montevideo después que Artigas con los suyos se apartara de él por desinteligencias con Rondeau y con el Directorio: así también sencilla y naturalmente cita hechos cuando narra cómo llegó la independencia uruguaya producida por la lucha del Brasil y la Argentina. Por eso dice: «El Gobierno de Buenos Aires, comprometido a que luego de la desaparición de

Artigas resurgiría la patria para todas las provincias unidas, sin mutilación alguna, cumplió su promesa; y bajo su protección se fué poco a poco elaborando la revolución provincial que comenzó con la cruzada de los Treinta y Tres y concluyó con la gran batalla de Ituzaingó, que fué el punto de partida de la nacionalidad uruguaya, porque hubo de determinar la Convención de Paz de 1828 en que se declaró Estado independiente a la Provincia Cisplatina, ratificando después el pueblo uruguayo la independencia que *se le decretó sin consultarlo*. «Sin la cooperación del ejército de línea argentino y sin la escuadra de Brown, los triunfos del Rincón y Sarandí hubieran sido hermosas páginas de gloria, pero estériles en resultados si no hubiesen sido precursoras de la diadema triunfal de Ituzaingó».

«Divorciado el pueblo uruguayo del Gobierno de Buenos Aires como en los tiempos nefastos de Artigas, habría sucumbido de igual modo que el caudillo obcecado. De la gran batalla ganada por el general Alvear nace nuestra nacionalidad, porque reducido a la impotencia el Brasil por la derrota que sufriera, tuvo que transigir el pleito secular heredado de los portugueses, y la nacionalidad uruguaya surgió como una imposición de los sucesos, después de vencidas por tierra y por mar las fuerzas que obedecían a don Pedro I».

Y la misma convicción había hecho escribir al doctor Gómez igual reconocimiento de los sucesos efectivos al respecto, y según lo recuerda el doctor Melián, el ilustre polemista narraba así lo que consideraba que había sido evidente realidad en la transformación de su provincia en país:

«Hallábase bajo la dominación extranjera del Brasil. Treinta y Tres hombres desengañados de toda esperanza de concurso de Buenos Aires y las demás provincias, se lanzaron a combatir esa dominación. Con los solos elementos que hallaron en el Estado Oriental la batieron en el Rincón de Haedo y en Sarandí, y la arrojaron de todo el territorio oriental, reduciéndola a las fortificaciones de Montevideo».

«Entonces los libertadores de su Estado convocaron al pueblo a una Asamblea Constituyente que se reunió en la Florida, y la Asamblea Constituyente declaró que el Estado Oriental era parte integrante de la República de las Provincias Unidas, y nombró representantes del Estado Oriental al Congreso».

«Lo que se llama hoy República Argentina tomó entonces parte

en la lucha, y asumió su dirección, se dió la batalla de Ituzaingó en territorio brasileño, y la República Argentina y el Imperio del Brasil, *sin consultar al Estado Oriental*, lo declararon nación independiente, bajo la coacción de sus dos ejércitos en armas dentro del Estado y en sus fronteras».

En cuanto al inventario de los testimonios que acusan con las más graves responsabilidades la conducta del caudillo provincial, justo también es reconocer que ellos registran hechos de que hablan testigos o interventores, y que obtienen la condenación definitiva hasta de los historiadores que probaran más decidida voluntad de elogiar a Artigas. Y entre otros recuerda el doctor Melián que también el alto dictamen de la insospechable autoridad de Francisco Bauzá ha dejado establecido que al asumir el caudillo «una actitud excluyente que sólo admitía la victoria o la muerte, demostró que era inferior al propósito concebido, *pues no supo vencer ni morir en la contienda,*» reconociendo que ese cargo grave puede formularse contra aquél «en una época revolucionaria, donde *la agresión a ciertas herrerías legales o la dureza de ciertos procedimientos, se atenúan por el sacrificio individual o la victoria definitiva.*»

Así es inextinguible el poder del *hecho* en la historia. Realidad fundamental de la de todos los pueblos, él queda registrado en los anales y permanece en los archivos como una custodia fiel de la justicia suprema y perdurable, porque posee siempre, ante la conciencia de los que imparcialmente investigan las causas y la trascendencia de las acciones individuales y colectivas, la más autorizada información para establecer la verdad y la moral de ellas.

Inspire también él, pues, siempre, todo el respeto que merece, a cuantos en nuestro ambiente pretendan hablar del pasado a sus contemporáneos y aspiren a que su palabra sea expresión de enseñanza eficaz para conquistar las conciencias de las generaciones futuras. No tiene la vida algo con más virtud y más luz que la verdad para fundar la historia.

Solo así se podrá reaccionar contra esa obra que el error elabora como si ella fuese para servir los intereses del patriotismo y a la cual se refiere el doctor Melián cuando dice: «Negando la evidencia se ha formado una pseudo escuela histórica de escritores que creen que desnaturalizando los hechos y sacándolos de su quicio dan mayor realce a las glorias nacionales, sin comprender

que en la evolución de los tiempos a cada generación le toca una tarea diferente, y que no pudiendo la voluntad humana atropellar de frente los sucesos según lo deseara, ellos se utilizan en la forma que a cada época le es posible, sin que esté en manos de nadie desviarlos ni encarrilarlos a su capricho».

Las proporciones que conservan la civilización y los acontecimientos de las épocas con sus héroes son naturales, constantes e inalterables. Cuando por la elevación de la cultura y la magnitud de los intereses que luchan no son posibles las personalidades que sobresalen en los ambientes donde sucede el encuentro de muy grandes fuerzas materiales o morales, o es efectiva una civilización avanzada o madura, surgen hombres eminentes apenas como lo permite el medio, aunque los miembros de éste exalten sus méritos hasta suponerlos tantos o tan altos como los de quienes sobresalieron en los más grandes pueblos y en las naciones de superior cultura.

Por eso cuando de nuestra primitiva época heroica alguien escriba con el propósito de ofrecerle contribución histórica perdurable, tendrá que hacerlo bajo la luz intelectual y moral necesaria para ver que los héroes siempre valen solo tanto como lo que hicieron por las dotes y por lo que permitían la época, el medio y hasta la suerte, que en toda vida y en toda empresa humana mucho decide a favor o en contra, y que no podrá el cálculo o el entusiasmo convertirlos en otros y hacerles valer más.

Y así, por quien tenga virtud para abstraerse a las fascinaciones pasionales, debe surgir también en el Uruguay la personalidad completa de Artigas; humana y como fué; con todas las faces, resplandecientes o sombrías, de cuanto le da relieve; con la naturaleza y la acción propias por las cuales permanecerá el mismo para siempre; sin su transfiguración por el embellecimiento imaginativo a que, sin embargo, tiene derecho que no puede ser desconocido quien posea tal don de poeta en eminente grado — como el doctor Zorrilla de San Martín, por ejemplo — y haga las más inspiradas y admirables creaciones artísticas con las personalidades que pertenecen a la historia.

No puede interesar, a la conciencia de un sentimiento patriótico superior, que a las generaciones de la primera unidad secular del país, aquel caudillo parezca otro que como le muestra la verdad que le pertenece y que como dice ahora dirá siempre de él cuanto le es y le será inevitablemente contrario, aunque también

diga como hoy: que no le es desfavorable la parte de su vida sin influencia en los acontecimientos para la historia, hasta que cumpla casi medio siglo; y que, durante el único año en que tuvo acción eficaz a favor de la causa americana, fué el primer jefe de los habitantes de su provincia y triunfó de los españoles en Las Piedras, cuya gloria es y será suya como corresponda al vencedor por lo que haya sido tal acción.

Por ello deben mantener los hombres de pensamiento la aspiración que formula el doctor Melián cuando expresa que «vendrá alguna vez el historiador nacional que haga examen de conciencia, y recogiendo las inspiraciones de Tácito escriba nuestros anales con el amor de la verdad, con el santo odio de la mentira, con la pasión por lo grande y el desdén por lo pequeño, para restablecer el equilibrio en la filosofía de los acontecimientos, concluyendo de una vez por todas con los relatos de convención que se ajustan a la moda de los endiosamientos»; pues como él lo entiende, «la manera eficaz de ilustrar a un pueblo sobre sus orígenes y grandes hombres consiste simplemente en decir la verdad, único medio de que los extravíos de unas generaciones se corrijan por el acierto de las que vengan después, en la solidaridad que a todas corresponde para la tarea del mejoramiento social y político».

Pocos, entre los compatriotas del estadista e historiador cuyo libro inicial de la vasta serie que se ha propuesto escribir ha dado mérito a la síntesis y a los comentarios contenidos en estas páginas, hállanse capacitados por los conocimientos y por el sentido de la historia, para realizar la obra de alta conciencia intelectual y de superior moralidad que por su ciencia, su arte y su justicia, pueda ser digna y satisfactoria del estudio, de la filosofía y de la narración que siempre merece cuanto en el curso evolutivo de la vida de los pueblos es revelación de dignidad en la conducta colectiva, o gloria de una patria en la energía mental o moral de los más elevados exponentes individuales.

Pero, malogradas las dotes de quienes desaparecieran prematuramente, sin legar a la posteridad el fruto de sus aptitudes sobresalientes, aún quedan al país del doctor Melián Lafinur algunos ciudadanos que como él y con él pudieran dejar a la patria la producción histórica que rindiese honor a los acontecimientos y a los hombres que lo merecen en la vida de su pueblo, y que enalteciera el nivel intelectual de la nación.

Es indudable que todavía si la erudición y las brillantes facultades que tanto elevan moral e intelectualmente al doctor Lorenzo Barbagelata, fuesen aplicadas a la obra que les sería posible, ellas dejarían muy precioso caudal de investigación y de información reconstructiva de sucesos y personalidades. Aún, si el doctor José M. Sienna Carranza impusiera a su saber y a sus talentos la contribución que puede exigirles para ilustrar magistralmente algún orden de la vida nacional a que dedicara sus actividades, en el pasado, es evidente que quedaría muy fundada y luminosa historia de las relaciones internacionales del Uruguay. Si Daniel Martínez Vigil, con la pasión del estudio que enciende en su espíritu la brillante llama de tanto entusiasmo intelectual y patriótico por próceres y episodios sobresalientes en la existencia de su país, aplicara su labor a escribir lo que fueron, puede con justicia afirmarse que dejaría historia de acontecimientos y biografía de personalidades. Y si Rodó, como en algunos ensayos referentes a otros países de América, adquiriera la visión de los diferentes aspectos de las épocas sucesivas de la vida nacional, y la transmitiera a las páginas de sus obras, haría tan digna historia como los más ilustres contemporáneos evocadores de pueblos, acontecimientos y civilizaciones.

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA.

Montevideo, 1915.



Juan Antonio Zubillaga

IDENTIDAD

(De los poemas teosóficos)

«Tat tvam asi.» (1)

El que sabe que es uno con Dios, logra el *Nirvana*:
un *Nirvana* en que toda tiniebla se ilumina;
vertiginoso ensanche de la conciencia humana,
que es sólo proyección de la Idea Divina
en el Tiempo...

El fenómeno, lo exterior: vano fruto
de la *Ilusión*, se extingue; ya no hay *Pluralidad*,
y el *Yo*, extasiado, encuentra que *Él* mismo es lo *Absoluto*,
y que en su ser contiene toda la eternidad!

AMADO NERVO.

Madrid.

(1) «Tú eres esto: es decir, tú eres uno y lo mismo que cuanto te rodea; tú eres *la cosa en sí.*»

A PROPOSITO DEL RADICALISMO

«...un radicalismo che beato chi lo capisce.»

Vir.

Al señor Vir.

El amigo Zuccarini le habrá dicho que soy fervoroso admirador de Italia, de la Italia del Dante y de Maquiavelo, de Leopardi, de Foscolo y de Mazzini, y que adeudo a la filosofía y a la literatura italianas no poca parte de mi exigua cultura. Soy, además, lector cotidiano de *La Patria degli Italiani*, sin duda alguna el más serio de los periódicos extranjeros de Buenos Aires. Por todo ello lamento muy de veras la frecuencia con que, bajo su firma o en editorial, se hacen en aquel periódico apreciaciones que, sobre estar fundadas en desconocimiento de los hechos, mortifican nuestra dignidad nacional. Vez pasada, un discurso del embajador Naón, de tesis tan discutible como se quiera, fué motivo de uno de aquellos desahogos de mal humor a que la soberbia europea nos tiene de muy antiguo acostumbrados. Hoy, un discurso del señor diputado Zeballos provoca un juicio despectivo y antojadizo sobre el radicalismo.

No es mucho que los intelectuales extranjeros, de ordinario malamente informados, desconozcan nuestro radicalismo; porque los argentinos, y aun aquellos que más alarde hacen de su cultura, cuando no pecan de hipócritas, suelen vilipendiarlo por ignorancia, por ligereza o por frivolidad mundana.

Si la República Argentina no está poblada de imbéciles, algo muy serio lleva en su entraña este tan zarandeado radicalismo que hasta 300.000 ciudadanos, es decir, la inmensa mayoría del electorado argentino, se empeñan en llevar al triunfo año tras año y donde quiera que la libertad electoral sea mediocrementemente garantizada. Y si no fuere así, recuerde usted, señor Vir, que desde 1857 a la fecha, se han radicado en el país dos millones

de italianos, jóvenes, vigorosos, emprendedores — *il fiore del sangue italico* — a los cuales no es ajena esta espléndida obra de cultura y prosperidad, de que con legítimo orgullo nos vanagloriamos los argentinos, y que un escritor contemporáneo ha denominado, con disculpable candidez, la *Greater Italy* ⁽¹⁾.

¿Cuál es el programa del radicalismo, o como suele decirse, su plataforma electoral? Si por ello ha de entenderse una serie de doradas promesas, más o menos fáciles de construir... o de plagiar, como las que ostentan a menudo los grupos políticos en Europa, el radicalismo no lo tiene, y a mucha honra.

Los programas electorales nos han curado de espanto hace ya mucho tiempo: sabemos que no son sino farsas decorativas, engañosas de que se valen los profesionales de la política para cosechar votos. Con tales recursos, forjóse durante el siglo XIX la gran maravilla de los engañabobos, — la democracia social alemana, — para mayor gloria y provecho de la dinastía de los Hohenzollern. Con falacias del mismo jaez los grupos socialistas, so capa de combatir un militarismo imaginario, contribuyeron muy eficazmente a desquiciar el ejército francés, y han estado a punto de producir la ruina de Francia.

El radicalismo no tiene programa porque no lo ha menester, según lo evidenció el sorprendente veredicto popular de Abril de 1912, corroborado en todas las elecciones que después han tenido lugar en la República. El radicalismo no es un partido político a la manera y según los criterios acostumbrados de los intelectuales y *politicians*. Posee, empero, un contenido espiritual de altísimo valor. Es una obra de educación democrática, que tiene por fin primordial la práctica honrada de las instituciones de gobierno que nos hemos dado; es una imagen de lucha y acción futuras, que congrega en un mismo ideal a muchedumbres de argentinos sin distinción de clases. Hay en todo radical convencido, un vehementísimo deseo y una firme voluntad de redención política, o como suele decirse, de reparación institucional. Por esto, lo que más interesa en el radicalismo es la disposición de espíritu de las grandes masas radicales, en la capital y todas las ciudades importantes de la República, donde se forma por manera casi misteriosa, la formidable corriente de la opinión pública.

(1) *Vid.* Dr. NAPOLEONE COLAJANNI, *Latini e Anglo-Sassoni*. — 2.^a edición, pág. 409.

Si revolución es, como dice Fouillée ⁽¹⁾ «una evolución durante largo tiempo preparada, que sólo tiene de repentino su apariencia, y que no hace sino poner en libertad fuerzas lentamente acumuladas», el radicalismo es también una fuerza revolucionaria que producirá, en nuestras costumbres políticas, una mudanza profunda y saludable. Acabará desde luego con las minorías que pretenden gobernar contra la voluntad de las mayorías; dará en tierra con una clase política ensoberbecida y autoritaria, vestigio persistente de un pasado de violencias y pondrá término al período de los gobernadores y presidentes electores, dueños de situaciones políticas.

*

Para encontrar en Europa cosa semejante a nuestro radicalismo, hay que retroceder hasta los tiempos de la gran crisis constitucional en Inglaterra, durante los reinados de los primeros Jorges. La Inglaterra de Roberto Walpole y de Lord Chatham tiene analogías extraordinarias con la República Argentina de hoy. Por esto, los *Ensayos biográficos* de Macaulay producen a las veces la impresión de una historia argentina contemporánea. El magistral retrato de Walpole, por ejemplo, conviene maravillosamente a la personalidad del general Roca. Y los errores, irregularidades y vicios que el ilustre historiador inglés exhibe al desnudo, como característicos de aquel período de la historia de su patria, son idénticos a los que a diario denuncian entre nosotros, todos los periódicos sin distinción de color político.

No es lícito considerar las vicisitudes de nuestra política interior, desde el punto de mira de la Europa contemporánea, como suelen hacerlo a maravilla ciertos escritores de erudición libresca y pegadiza; porque la República Argentina no ha pasado todavía por la transformación económica y social de los grandes estados europeos, ni ha recogido, como éstos, el fruto de una larga experiencia constitucional. El fenómeno político argentino es enteramente distinto del de aquellos estados, y se halla en relaciones de dependencia mutua con formas económicas y sociales que se encuentran, por ejemplo, en Inglaterra, sólo durante el siglo

(1) ALFRED FOUILLÉE. *La Science Sociale Contemporaine*, 3.^a edición pág. 132.

XVIII, con las diferencias que corresponden a las características propias de cada medio circunstante ⁽¹⁾.

Nada prueba contra esta manera de apreciar nuestra política interna, la existencia en la República de una clase obrera relativamente numerosa, y la de pretendidas agrupaciones políticas de carácter obrero. Nuestro socialismo, cuyos triunfos recientes no pueden ser de ningún modo atribuidos a la clase obrera, es una forma política híbrida, sometida en los últimos años a un total *rifacimento*, en su doctrina y en su organización, con fines visiblemente electorales. Es la primera tentativa, tímida y harto anticipada, que la pequeña burguesía realiza, para constituirse en partido político y llevar al gobierno a los hombres que representen sus intereses y aspiraciones. La escisión producida a raíz de la expulsión del doctor Alfredo Palacios, y en general, la obra parlamentaria de los diputados socialistas, pone claramente de manifiesto la tendencia del *petit bourgeois* ⁽²⁾. Demuestra, además, la necesidad ineludible del radicalismo; porque, a pesar de los devaneos doctrinarios y de los programas pomposos, la obra de los diputados socialistas, en lo que tiene de bueno, es castizamente radical.

(1) En diferentes ocasiones, la diputación socialista ha denunciado en el Congreso Nacional, con grande acopio de datos interesantísimos, la existencia de una economía casi feudal bien determinada, en grandes establecimientos o explotaciones industriales de las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy, y del territorio Nacional de Misiones, *Vid.* Discurso del señor diputado doctor NICOLÁS REPETTO, CONGRESO NACIONAL, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 1914, V, pág. 508-521. — Discurso del señor diputado doctor JUAN B. JUSTO, *ibid*, I, pág. 515-517 y 739-753. Podrían señalarse otros hechos interesantísimos.

(2) «La petite bourgeoisie hait le capital parce qu'elle est *débitrice*: elle demande des *institutions de crédit*. Le capital l'écrase par l'*concurrence*: elle réclame des *associations* subventionnées par l'Etat. Le capital l'accable par la *concentration*: elle veut des *impôts progressifs*, des restrictions à l'héritage, l'entreprise par l'Etat des grands travaux, d'autres mesures encore qui *entravent puissamment l'accroissement du capital*... elle croit naturellement que le procès historique futur consiste dans l'*application des systèmes* que les penseurs sociaux conçoivent ou ont conçu soit en compagnie, soit en inventeurs isolés. Les petits bourgeois deviennent ainsi les *éclectiques* ou les adeptes des systèmes socialistes déjà existants, du *socialisme doctrinaire* qui reste l'expression théorique du prolétariat qu'aussi longtemps que celui-ci n'était pas assez développé pour posséder un mouvement historique indépendant.» (KARL MARX, *La lutte des classes en France, 1848-1850*, p. 146, Paris, 1900: la bastardilla pertenece al texto citado). No parece sino que el genial escritor hubiese escrito lo que antecede para nuestro socialismo *petit bourgeois*. *Cfr.* Dr. JUAN B. JUSTO, *La obra parlamentaria*, Editorial Prometeo, Valencia, *pássim*.

El radicalismo no es, por consiguiente, un partido político a la manera de sus homónimos europeos, con los cuales no tiene, salvo la denominación, analogía ninguna. No puede tenerlas, como queda dicho, en razón de las profundas diferencias que median entre los estados europeos y la República Argentina. El radicalismo francés, por ejemplo, nació en 1869 como un partido francamente republicano, y formóse con los llamados *Irreconciliables*: republicanos de 1848 y jóvenes que, educados bajo la inspiración de aquéllos, reanudaron la tradición de la república democrática de 1793 y 1848. Comenzó entonces a denominarse *radical*, y tuvo como fórmula el llamado *programa de Belleville* (programa electoral de Gambetta en 1869). Sus principales exigencias fueron las siguientes: aplicación más radical del sufragio universal, para la elección de los consejeros municipales y de los diputados, — libertad individual colocada bajo la égida de las leyes, — libertad de la prensa, de reunión, de asociación y el jury para todos los delitos políticos, — instrucción primaria laica, gratuita y obligatoria, — separación de la Iglesia y el estado, — supresión de los ejércitos permanentes, — modificación del sistema de impuestos, etc. Después de la caída del Imperio, normalizada la situación política en 1875, los grupos radicales franceses representaron y han continuado representando los intereses y aspiraciones de la burguesía liberal ⁽¹⁾.

Consideraciones análogas se podrían hacer sobre los grupos radicales que militan en otros países europeos; y demostrarían, a mayor abundamiento, dos cosas: *a*) que no puede compararse la condición política, estable y normal, de aquellos países, con el estado de profunda descomposición política en que se halla la República Argentina desde 1874; *b*) que el radicalismo europeo y el argentino nada tienen de común, fuera de la denominación.

El radicalismo no es tampoco un temperamento, según lo pretendió el doctor Pellegrini ⁽²⁾. La explicación es inexcusablemente superficial; porque, según ella, sólo la República Argentina habría tenido durante 25 años, y sabe Dios por cuanto tiempo más, la fortuna o la desgracia de contar por centenares de miles, hombres de temperamento radical. Admitida la teoría, queda en pie siempre

(1) CH. SEIGNOSES, *Histoire Politique de L'Europe Contemporaine*, capítulos VI y VII, 5.^a edición.

(2) DR. CARLOS PELLEGRINI, *Conferencia Política*, p. 59, Buenos Aires. 1897.

el problema de explicar: *a)* porqué no hay en otros estados, hombres de un temperamento como el de los radicales argentinos, o si se quiere, porqué los otros radicalismos cobran formas políticas y despuntan en aspiraciones tan diferentes de las del nuestro? *b)* porqué ha comenzado en tal momento, y no en tal otro, a manifestar el temperamento radical formas que todos le conocemos, persistiendo vigorosa y lozanamente durante varios lustros? *c)* porqué ha de terminar algún día, como seguramente terminará?

La teoría explica demasiado, pues es cosa de todo punto inquestionable que, sin determinadas condiciones de temperamento, no hay radicalismo, como no habría socialismo, ni religión, ni muchísimas otras cosas ⁽¹⁾.

*

Un eminente escritor contemporáneo, Georges Sorel ⁽²⁾, ha llamado *mitos* a las construcciones de imágenes de luchas y batallas, mediante las cuales representáanse su acción los hombres que participan en los grandes movimientos históricos; y ha ilustrado con ellos, y con abundante acopio de observaciones y pruebas históricas, la teoría de la acción humana individual y colectiva. Las consideraciones de Sorel son en mucha parte aplicables al radicalismo, que puede y debe ser estudiado como un mito, es decir, como una construcción imaginaria de lucha y acción futuras.

El radicalismo tiene todos los elementos esenciales que, según aquel escritor, constituyen el mito. *a)* Es una concepción pesimista, cuya fórmula política, la reparación institucional, implica, como ya se ha dicho, el deseo vehementísimo y la voluntad firme, que todo radical convencido tiene, de alcanzar la redención política del país, destruyendo en bloc todos los *oficialismos electores*. *b)* El radical considera el estado político de la República como si formase un sistema encadenado por una ley de hierro, cuya necesidad es forzoso sufrir tal como se ve, y que no puede desaparecer sino mediante un esfuerzo extraordinario y colectivo. *c)* El radical tiene firmemente la esperanza de poner término al régimen que considera oprobioso, mediante aquel esfuerzo ⁽³⁾.

(1) Si el temperamento humano fuese inconciliable con la religión, no habría religión; luego ésta es cuestión de temperamento! Fuerza es reconocer que la teoría del gran estadista, tiene un extraordinario parecido con la carabina de Ambrosio.

(2) GEORGES SOREL, *Réflexions sur la violence*, p. 32 y *pássim*, 3.^a edición.

(3) La comprobación y detalle de los hechos expuestos serán materia de un libro en preparación.

Reducido a tales términos el problema, el radicalismo se halla al abrigo de toda refutación; porque las miserables armas de la dialéctica, con que suelen desmenuzarse sus adversarios, son enteramente ineficaces. Demostrar en detalle el pretendido absurdo de su concepción política, probar que *su programa* es el mismo de otras o de todas las agrupaciones políticas, reprocharle socorridos errores y miserias, poner el grito en el cielo por la consecuencia de algunos radicales, — todo ello es vana tarea y recurso tan necio, además, como el de probar a un sediento que no tiene sed, mediante razonamientos. El radicalismo es una comunión política a prueba de contrastes. Vencido en tres revoluciones, ha resurgido formidablemente, cobrando nuevas fuerzas de aquéllas, como el Anteo de la leyenda antigua. Persiste y persistirá, creciendo incesantemente, mientras continúe el estado político que lo ha concitado. Por esto, los anuncios tantas veces repetidos de la desaparición o desastre definitivo del radicalismo recuerdan al famoso don Ferrante de *I Promessi Sposi* que, a punto de morir de peste, negaba la peste, porque no era substancia ni accidente!

Así entendido, el radicalismo es una espléndida reacción, espontánea y vigorosa, contra el fariseísmo y la estupidez de la falsa sociología del siglo XIX. Depositaria de la ciencia, y dueña de la cátedra oficial y de las más importantes posiciones del gobierno, la filosofía intelectualista enseñó durante largos años, una sociología (darwinista, naturalista, etnográfica, antropológica, objetiva *et quibusdam aliis*), según la cual, la voluntad humana, como fuerza histórica, era tan inmanente y ciega como cualquiera de las otras fuerzas de la naturaleza. Tal enseñanza era un corolario del determinismo histórico, que comtistas, darwinistas, spenceristas *ed altri*, habían puesto a la moda, durante la segunda mitad del siglo XIX. Claro está que todas las minorías gubernativas, en trance de desalojo, recogieron con júbilo tan confortadora enseñanza, dándose muy luego a predicar y propagar a porfía la moral de la inercia. Y hete aquí cómo, por obra cuasi misteriosa de sabios encantadores, como hubiera dicho Don Quijote, el determinismo histórico se trocó en una especie de dogma de predestinación social y política, con arreglo al cual, los intelectuales serían siempre los gobernantes, y los no intelectuales, — el pueblo, el rebaño de los viles, — serían eternamente los gobernados. Y no han faltado, para complemento de regocijo, filósofos de pacotilla, como

el señor Jacinto Benavente, que, malogrando en parte innegables aptitudes de poeta dramático, construyese de punta a cabo el teatro de tesis intelectualista, plagado con todos los lugares comunes, nimiedades, e insulseces de la más superficial filosofía.

De aquí nacieron las consabidas propagandas. Señores opositores: no se muevan ustedes, — es enteramente inútil, el determinismo les ahogará, — lo que deba suceder, sucederá, — y otras ineptias del mismo linaje, que ni siquiera merecen el honor de ser citadas. En cuanto al radicalismo, aquella propaganda toma caminos semejantes: el radicalismo es el rebaño de los viles, de los audaces, de los *arribistas* y advenedizos, el radicalismo no tiene hombres de gobierno, ni estadistas formados en el manejo de la cosa pública, etc., etc. ⁽¹⁾

El profundo análisis del problema de la libertad, realizado por Bergson, ⁽²⁾ ha impuesto la necesidad de someter a revisión crítica, como ya lo ha proclamado Sorel, ⁽³⁾ el determinismo histórico y la filosofía intelectualista; de donde resultará, sin duda ninguna, la quiebra de los intelectuales, que la inmensa voráGINE de la guerra europea, por ellos mismos provocada, consumará para siempre. Ya lo presentía probablemente Alberdi, con su admirable perspicacia. cuando a propósito de los deplorables desaciertos de la política liberal unitaria, escribió: «Y el buen sentido en Sud América está más cerca de la realidad inmediata y palpitante, que de los libros que nos envía la Europa del siglo XIX que será el siglo XXI de Sud América. Así el gaucho argentino, el hacendado, el negociante, son más áptos para la política práctica que nuestros crudos alumnos de Quinet y Michelet, maestros que todo conocen, menos Sud América». ⁽⁴⁾

*

(1) Según el criterio vulgar de *politicians* e intelectuales, hombre de gobierno es quien se ha sentado en una poltrona ministerial, o en una banca de diputado; porque las bancas y las poltronas inoculan, por «entradas posaderas», como hubiera dicho Sancho, un virus gubernativo potentísimo y misterioso.

(2) HENRI BERGSON, *Essai sur les données immédiates de la conscience*, 7.ª ed., París, 1909.

(3) G. SOREL, *op. cit.*, p. 40 y siguientes.

(4) J. B. ALBERDI, *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina*. OBRAS COMPLETAS, IV, p. 62.

Algún día se contarán en la historia argentina tres periodos bien determinados: a) La independencia y la guerra civil; b) La dictadura y la organización nacional; c) El radicalismo y la reparación institucional. Se verá entonces que el radicalismo ha sido la resultante normal e inevitable de la política interna argentina, durante el segundo de los periodos expresados.

Salvo excepciones muy contadas, no se ha practicado nunca en la República, como en Europa, la vida democrática, fundada en la verdad relativa del sufragio. Los grandes resultados de la organización nacional, tales como la destrucción del localismo provincial, la creación de gobiernos provinciales orgánicos, la constitución nacional y la federalización de Buenos Aires, fueron realizados mediante la violencia. No podía ser de otra manera, porque la desaparición casi repentina de todo el armazón político y gubernativo colonial, operada por el movimiento revolucionario de 1810, dejó al país sin fuerzas respetables de gobierno y subordinación. Transcurrida la primera década, la indigencia mediterránea, — que comenzaba a producir sus efectos, — los manejos de la diplomacia lusitana del Brasil, de los cuales se responsabilizó al partido directorial gobernante, y los lamentables proyectos monárquicos, ⁽¹⁾ provocaron en 1820 la formidable «anarquía espontánea» de la guerra civil y el caudillaje. «Aunque suene a paradoja, he escrito en otra ocasión, la verdad evidenciada por la historia es que la independencia y la democracia argentinas antes estaban en las lanzas de las bárbaras huestes de López y Ramírez, que en el espíritu reciamente aristocrático y virreinal de la ilustrada burguesía porteña. Y la barbarie de aquéllas, — que un escritor americano ha calificado de sacrosanta, — pierde mucho de su siniestro prestigio, y aun deja de serlo, cuando para su estudio se abandona el criterio prevenido que por muchos años han impuesto el altísimo prestigio y el talento de Mitre, López y Sarmiento». ⁽²⁾

Años más tarde, el egoísmo de la clase media porteña impidió la organización nacional, para continuar disfrutando las lucrativas

(1) La burguesía directorial que, según nuestra historia, representaba la civilización, — es decir, las intelectuales de la época, — inventaba proyectos de monarquía, desconociendo el verdadero carácter de la revolución argentina, y se preparaba, en último caso, a readmitir a los virreyes, contra los bárbaros, que reclamaban independencia y república federal!

(2) L. R. GONDRA, *Alberdi*, RENACIMIENTO, V, p. 166.

ventajas de la situación especialísima en que el aislamiento federativo había colocado a Buenos Aires. El gobierno provincial de Buenos Aires cubría los gastos de su presupuesto con los derechos de importación que se recaudaban en su aduana, pero que en buena parte se pagaban, como es lógico, en las provincias interiores; porque los artículos extranjeros que aquéllas consumían sólo por la aduana de Buenos Aires podían introducirse al país. Las provincias se debatían, pues, en las angustias de la mayor miseria, mientras los comerciantes, propietarios y hacendados de Buenos Aires disfrutaban ampliamente el monopolio del llamado *comercio de extranjería* ⁽¹⁾. Los intelectuales unitarios no dejaron de aprovechar, — en 1826 y 1828, — la situación para conquistar el gobierno y para civilizar y organizar a patadas el país. Fusilaron al gobernador de la provincia de Buenos Aires, nada más que por ser el caudillo reconocido de sus irreconciliables adversarios políticos, provocaron de nuevo la guerra civil y formularon la teoría de la revolución en términos de una crudeza digna de Maquiavelo: «la revolución es un juego de azar en la que se gana hasta la vida del vencido, cuando se cree necesario disponer de ella». En tales términos aconsejaba el doctor Salvador María del Carril, intelectual conspicuo, al general Lavalle, la muerte de Dorrego ⁽²⁾.

La dictadura militar era inevitable, pues no había otro medio de poner fin a las atrocidades de los doctrinarios. «Las agitaciones consecuentes á diez y nueve años de ensayos, escribía el general San Martín a su amigo O'Higgins, en busca de una libertad que no ha existido, y más que todo, la difícil posición en que se halla en el día Buenos Aires hacen clamar á lo general de los hom-

(1) *Colección de documentos relativos a las especies vertidas contra la benemérita provincia de Buenos Aires por los señores Ferré, Marín y Leiva*, p. 52. *El Lucero*, núm. 791 del 12 de Junio de 1832. Citados por ADOLFO SALDÍAS, *Hist. de la Conf. Argent.* II, p. 126, 3.^a ed. El A. no parece, sin embargo, haber comprendido el verdadero alcance de los documentos que utiliza. Cfr. J. B. ALBERDI, *De la anarquía y sus dos causas principales*, OBRAS COMPLETAS, VI, p. 151-219.

(2) A. J. CARRANZA, *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, p. 33 a 39 y 79 y siguientes. Dice SOREL: «L'optimiste passe, avec une remarquable facilité, de la colère révolutionnaire au pacifisme social le plus ridicule... Pendant la Terreur, les hommes qui versèrent le plus de sang furent ceux qui avaient le plus vif désir de faire jouir leurs semblables de l'âge d'or qu'ils avaient rêvé...» (*Op. cit.* pág. 16-17). A mayor abundamiento, los implacables doctrinarios del 13 de Diciembre de 1828 corroboran ampliamente la observación de Sorel.

bres que ven sus fortunas al borde del precipicio y su suerte futura cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que nos rigen, sino por un gobierno riguroso, en una palabra, militar» (1). He aquí el origen de la fortuna política de Rosas. Los hombres que clamaban por un gobierno fuerte, para salvar «sus fortunas puestas al borde del precipicio», acertaron lastimosamente con el candidato, eligiendo a quien no sabría gobernar sino con la dictadura proletaria del Terror. La tiranía destruyó las resistencias del localismo provincial, restableció la paz interna y preparó así el país para la obra constitucional. Fué necesario, sin embargo, recurrir a la violencia y a la intervención extranjera, para terminar con ella, cuando, convertida en anacronismo por sus propios excesos, dió en ser el último obstáculo de la organización nacional.

La revolución del 11 de Septiembre de 1852, azuzada por la *flor y nata* de rosines y mazhorqueros, y por cuantos disfrutaran del pingüe monopolio mercantil de Buenos Aires, fué la última y desesperada tentativa del egoísmo local porteño. Vencida en 1859, habriase impuesto de nuevo en 1861, después de Pavón, de no mediar el nobilísimo patriotismo y la gran previsión política del general Mitre (2). La dolorosa cruzada de 1862, cuyos inevitables excesos atestiguaron luego sus propios autores (3), destruyó las últimas resistencias de un caudillaje trasnochado, eliminando para siempre la posibilidad de nuevas intromisiones extranjeras, con que algunos continuaban obsesionados (4).

(1) Carta de San Martín a O'Higgins, fechada en Montevideo, el 5 de Abril de 1829. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *San Martín, su correspondencia*, 1823-1850, p. 17, 2.ª edición.

(2) Vid. la admirable carta del general Mitre fechada en Rosario el 22 de Octubre de 1861. ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, VIII, p. 254.

(3) ARCHIVO DEL GENERAL MITRE, X, XI y XII, *pássim*. muy particularmente la correspondencia de don Régulo Martínez, sobre el estado de las provincias y otros asuntos de interés nacional, XII, p. 243-280.

(4) Alberdi representa en nuestra historia política interna, el principio de la intervención extranjera. Con este principio, que era el de los jóvenes de la *Asociación de Mayo*, emigró a Montevideo en 1838, donde lo hizo triunfar, mediante activa propaganda que realizó, en unión de Cané, Somellera, Lamas y otros. J. B. ALBERDI, *ESCRITOS PÓSTUMOS*, t. XV, pág. 380, 424 y 429 y siguientes). Con la intervención extranjera se triunfó contra Rosas, y con ella, siguió temando Alberdi, años después de 1851, cuando su ausencia le impidió advertir que, después de Pavón, la República Argentina iba directamente a la solución de sus problemas políticos, mediante la acción exclusiva de sus factores internos. Vid. J. B. ALBERDI, *Ibid. Del gobierno en Sud América*, tomo IV.

Todos sabemos, por ser harto reciente, cómo y porqué fué menester de nuevo la violencia, para llegar al gran resultado de la federalización de Buenos Aires, venciendo escrúpulos y resistencias que fueron hábilmente aprovechadas para sostener ambiciones personales de mando.

*

Lo que antecede no merece siquiera el nombre de bosquejo histórico. Es apenas una mera recordación de antecedentes que sirven para comprobar algunas afirmaciones capitales de este ensayo. Porque nuestra historia política, en gran parte, no ha sido escrita todavía: los libros que corren con mayor crédito no son sino alegatos con que los vencedores de 1852 y 1861 han tratado de justificar su obra. Algo fluye, sin embargo, entre muchas otras cosas, de la profusa documentación que conocemos, y es a saber, el rol decisivo que la violencia revolucionaria y la *oficialización del comicio* (gráfica expresión del doctor Lisandro de la Torre) han jugado en nuestra historia política, de la cual parecen haber sido los dos resortes fundamentales.

Tales hechos han dejado en nuestras costumbres políticas el sedimento pernicioso de la presión y de la violencia *oficialistas* cuyos deplorables efectos provocaron las revoluciones de 1874, 1890, 1893 y 1905 ⁽¹⁾. La descomposición definitiva del Partido Nacional, producida durante la segunda presidencia del general Roca, a partir de los días de la Unificación, pusieron el problema en tales términos de urgencia y gravedad, que obligaron al presidente Sáenz Peña a dar la ley del voto secreto y obligatorio, abriendo así la gran válvula de escape. De ahí la necesidad y justificación históricas del radicalismo, que, como una educación política, lenta pero eficaz, irá desarraigando los malos hábitos del

(1) La revolución de Julio de 1890 tiene, a mi juicio, un significado muy distinto del que generalmente se le atribuye. Fué la repercusión inevitable de la llamada *crisis de progreso*, el gran pecado de Juárez Celman, que la posteridad no ha podido perdonarle. Y del punto de vista político, fué malograda por un *pudding* político, formado en gran parte con estadistas en receso y *politicians* de todas layas y cataduras: nada bueno podía resultar de semejante combinación. Es absurdo, además, como suele hacerse con más ligereza que acierto, poner la fecha de 1890 en la fe de nacimiento del radicalismo. *Conf.* J. M. MENDIA, *La Revolución*, Buenos Aires, 1890, tomo I, pág. 76-118, tomo II, pág. 3-44. C. PELLEGRINI, *op. cit.*, p. 54 y siguientes.

pasado. Cualesquiera que sean los ataques y reproches que se hagan, y a pesar de los errores inevitables, — porque los radicales no se creen perfectos, — el radicalismo es la comunión política que más porfiada y perseverantemente ha trabajado para llegar a la verdad relativa y normal del sufragio. Ante el grave problema, los grupos políticos argentinos han asumido las posiciones siguientes: *a)* el sufragio es un absurdo, el gobierno representativo es una farsa, las multitudes son incapaces de gobernar; *b)* el sufragio no es posible en la República, porque «los atavismos de la colonia y de la raza indígena» lo hacen imposible. El radicalismo, en cambio, ha sostenido y sostiene la posibilidad y la necesidad imperiosa de restituir a la opinión popular, la fiscalización y dirección del gobierno, mediante la práctica normal del sufragio ⁽¹⁾.

La ley del voto secreto y obligatorio no ha sido sino la primera tentativa, hartamente precaria en verdad, de una profunda mudanza, que sólo la acción permanente de una gran comunión política, como el radicalismo, puede llevar a término.

*

Claro está que nuestra historia oficial no refiere estos hechos, porque son demasiado recientes... y porque el radicalismo no ha triunfado todavía ni ha podido, por consiguiente, incorporarlos a los manuales y a los programas de la enseñanza oficial. La historia política, en general, es el panegirico de los que triunfan, porque los intelectuales a sueldo del Estado no saben de ordinario hacer otra cosa. Si el Papado hubiese podido, por ejemplo, impedir por la violencia la unidad de Italia y la ocupación de Roma, Mazzini, Garibaldi, Cavour y La Mánmora no serían hoy más que vulgares bandoleros; porque los intelectuales lo habrían demostrado... Y los clericales tendrían razón.

LUIS ROQUE GONDRA.

BELGRANO, Octubre 18 de 1915.

(1) *Vid.* CONGRESO NACIONAL, *Diario de sesiones de la C. de D.* 1914, I. p. 444 y 445; notable discurso político del diputado doctor JOAQUÍN CASTELLANOS.

A LA REINA DE ITALIA

(Carducci) (1)

¿De dónde vienes? qué faustos siglos
tan bondadosa y bella te enviaron?
De los sacros poetas, oh reina,
donde yo un día te ví en los cantos?

¿En arduas rocas, cuando teñíase
al sol latino la flava y cérula
Germania, y de amor entre lampos
en el verso chocaban las armas?

Seguían el hondo ritmo monótono
palideciendo las rubias vírgenes,
y al cielo con húmedos ojos
impetraban merced por la fuerza.

¿O ya en los breves días que Italia
fué toda un mayo, que todo el pueblo
era caballero? El triunfo
del Amor recorría las calles

y plazas alegres de sol, de flores,
de blancos mármoles; y — «Oh nubecilla
que en la sombra de Amor apareces, —
Alighieri cantaba — sonríe!»

Como la blanca estrella de Venus
surge en el nuevo abril de los vértices
del Alpes, y el plácido rayo
en las nieves doradas rompiendo,

(1) De un libro de versiones que aparecerá en estos días.

rie a la sola cabaña pobre,
rie a los fértiles valles floridos,
y entre los álamos los ruiseñores
y los coloquios de amor despierta:

fúlgida y rubia, tú en los reflejos
de la corona pasas, y el pueblo
soberbio de tí se complace
como de hija que vaya al ara;

y con sonrisa mezcla de lágrimas
la doncellita te mira y trépida
los brazos tendiendo te dice
como a hermana mayor: — Margarita! —

Y a tí volando la estrofa alcaica,
nacida en fieros tumultos libre,
tres veces rodea tus sienes
con la pluma hecha a las tempestades;

y, Salve, dice cantando, oh ínclita,
a quien las Gracias han coronado,
en quien con lenguaje tan suave
habla en la voz gentil la ternura!

Oh, salve, mientras en los ocasos
puros de Italia floten las formas
que vió Rafael y entre lauros
la canción del Petrarca suspire!

B. CONTRERAS.

EL IDEAL DE LA REDENCION A TRAVES DE LOS TIEMPOS

La Alemania romántica y la Prusia militarista

Desde los tiempos históricos más remotos que se pierden allá en la vaga penumbra donde concluye la prehistoria; desde que despuntó en Oriente la aurora de las primitivas civilizaciones y, con ellas, la esclavitud comenzó a arrastrar sus cadenas por el mundo, entre sangre y lágrimas derramadas por los débiles bajo el látigo de los fuertes, un noble sentimiento principió a agitarse en los infinitos corazones gemebundos bajo el yugo terrible de los privilegiados, y en el horizonte, incierto y tempestuoso de lo futuro, tembló, dulce cual una lágrima y bello como una esperanza, un resplandor celeste, primer destello del ideal sublime que se llamó Redención.

Transcurrieron años, siglos y edades; llegaron los actuales días y, desgraciadamente, la humanidad, aun aquella porción que más presumía de culta y civilizada, continúa esclava de sus prejuicios y acaba de sucumbir nuevamente bajo el peso de los tiranos.

En vano estremeciéronse ante el cáncer de la esclavitud las generosas almas de Sócrates y Platón; en vano Espartaco pretendió romper sus cadenas; en vano predicó Buda la abolición de las castas, la redención por la piedad, y sacrificó su vida el dulce Jesús para salvar con su martirio a la humanidad pecadora. Todo fué estéril. El cristianismo parecía la nueva aurora que alumbraba al mundo; pero a la sociedad clásica y gentil repugnábale la tendencia profundamente liberal y revolucionaria, la huella que a su paso dejaba el profeta de Galilea, surco fecundo en el que germinarían las benditas semillas de amor y libertad. La sangre de los mártires selló la nueva fe; y, caso extraño, la doctrina de la redención voló sobre la pagana Roma, para hacer prosélitos entre las hordas bárbaras que poblaban las selvas vírgenes del Septen-

trión, cuyas indómitas gentes rendían, por entonces, culto a la libertad. Recordemos las palabras de uno de los más ilustres historiadores franceses; «En la arena ensangrentada del Coliseo se encontraron el cristiano y el bárbaro, representantes de la libertad en oriente y occidente. Nosotros hemos nacido de esa unión; nosotros y todo lo por venir».

Tanta sangre vertida en defensa de un noble ideal había de ser fructífera y, por fin, el *lábaro* coronado por la Santa Cruz se desplegaba triunfante en Constantinopla. Con la muerte de los dioses gentiles empezaba el reinado de Cristo sobre la tierra, y un siglo más tarde, francos, visigodos y ostrogodos, desmembraban el Imperio de Occidente, sentando las bases de las futuras y libres nacionalidades.

No obstante, el ideal redentor que llevó a Cristo a la cruz, hallábase tan remoto en la Edad Media como en los tiempos paganos. Primeramente, la pura y luminosa doctrina de Jesús, basada en el amor universal, tórnase sombría y atormentada. «Creced y multiplicaos», dijo Cristo a los hombres, agregando un nuevo mandamiento a la ley mosaica, que olvidó uno de los más esenciales; de los claustros monásticos surge el anatema del fanatismo contra la Naturaleza y la misma vida. «Amaos los unos a los otros», dijo el predicador de la montaña; la Iglesia sembró los primeros odios entre los cristianos por motivos rituales o dogmáticos. El cristianismo comenzaba, pues, practicando al revés sus mismas doctrinas. El desprecio y horror a la materia y a la forma, factores imprescindibles de la vida, en beneficio exclusivo del alma, llegan a anular el verdadero concepto de la existencia; febriles ansias de un incierto *más allá* hacen olvidar el enigma sublime de la Naturaleza, resuelto en el incesante devenir; y, por fin, sucumben los postreros vestigios de la belleza y arte clásico, el último destello que irradiara Helena bajo el deslumbrador azul levantino y agonizante luego entre fosco crepúsculo de fúnebres crespones y tristeza mortal.

Mas no obstante el misticismo de la sociedad nueva, a veces sólo hipócrita máscara encubridora de ardiente sensualismo y torpe libertinaje; a pesar del fervor cristiano que enloquecía a los hombres y los llevaba a los desiertos del Oriente para sucumbir en la demanda del Santo Sepulcro, el espíritu del profeta galileo volvió a hallarse tan lejos del mundo como si a él jamás hubiese descendido el Hombre-Dios. Ciertamente que el cristianismo no podía

abolir de golpe la esclavitud aun subsistente y disfrazada de libertad. El Nuevo Evangelio proclamaba la igualdad; dictaba leyes amparando a los esclavos y favorecía el trabajo de los hombres libres. Sin embargo, aunque algún historiador católico, como Cantú, afirme el mejoramiento del estado social del pueblo durante la Edad Media en relación a la pagana antigüedad, la detenida investigación demuestra que el feudalismo no fué sino la esclavitud bajo el nuevo nombre de vasallaje. El siervo, el villano, obligado a pagar a su señor, como tributo, cuanto le producía su trabajo y más aún, pereciendo en la miseria y sacrificando hasta su honra al contraer matrimonio por la imposición de bárbaros privilegios, era tan sólo el más vil de los esclavos.

Noche de angustia cubre al mundo, como visión siniestra del Apocalipsis, y entre negros horrores la aterrada humanidad cree llegado su fin en el año fatídico.

Pero cesan los terrores; el planeta sigue su curso, y la aurora de redención no resplandece. Las costumbres tienen la dureza del hierro y los tiempos exhalan el hedor de la hecatombe. Gestas y epopeyas encierran los primeros vagidos de aquella alma bárbara, ásperos y rudos balbuces, como el choque de arreos y armaduras. Vanamente brilla el siglo XIII, fugaz meteoro en la noche medioeval, con sus cantores de amor, su gaya ciencia y sus juglares. Con la poesía caballeresca relumbra un destello del alma femenina. Dulce sonrisa de los cielos desciende a la tierra; pero pronto, en el torturado y antinómico espíritu del medioevo, la gran «edad enferma», ruge de nuevo la tempestad y la centuria XIV proyecta sus tinieblas pavorosas. La misma Iglesia, piedra sostén del complicado y artificioso organismo político y social, en pos de los fieros golpes asestados por la gibelina estirpe, parece vacilante y tórnase bicéfala en Aviñón. La anarquía y corrupción adueñanse también de la Silla de Pedro y en medio de los tiempos caóticos sólo se afirma y agiganta un poder, el feudalismo, cuyos señores dejan de ser nobles para convertirse en bandidos. El pillaje, el incendio y la matanza se desencadenan como sangrientas olas sobre la mísera humanidad. Es preciso establecer la «tregua de Dios» para que no sea total el exterminio; y, por si no fuera bastante eficaz esta locura destructora de los hombres, la peste, la «muerte negra» de Boccaccio, siega el mundo con su infecta guadaña. En medio de tanto horror los disciplinantes recorren campos y ciudades, cual espectrales legiones de fantasmas,

implorando con alaridos y penitencias la divina misericordia. Diríase que ante la mágica evocación de los círculos infernales que acababa de hacer el gran florentino, surgían de las entrañas de la tierra los reinos de Satán.

Pero ese trágico y caótico siglo XIV había de ser memorable, porque en él brilla como relámpago en la noche, el rayo de la libertad. ¡Y en qué forma!... La masa oscura de villanos y siervos, aquella plebe, desgraciado estado llano de la época, yacía en la abyección, bajo la tiranía cada vez más aniquiladora del feudalismo. Habíase perdido todo concepto de humanidad e individuo. Sólo existía el rebaño y el amo. Vanamente, cerca de cuatro siglos antes, los vasallos murmuraron en conciliábulos nocturnos, atreviéndose a entonar su primer canto de protesta contra los barones. «Tenemos un corazón como ellos», decían. Mas si aquella débil queja hubiese trascendido hasta el señor, la expoliación, los azotes, la mazmorra, la muerte, habrían caído como horribles plagas sobre quienes osaban declararse hombres. No obstante, en el siglo en que los Valois inician su triste historia, la desesperación del pueblo estalla en forma admirable por su grandeza y complejidad. Tres gritos diferentes de rebelión inflaman los pechos: el religioso o, más propiamente, antirreligioso; el político y el artístico.

Durante casi toda la Edad Media no llega a desaparecer en absoluto la influencia del paganismo. Multitud de leyendas gentiles pasan al cristianismo, conservando sus principales rasgos paganos, bajo la nueva religión; y allá, en medio de los bosques, el pastor con su zampoña y el macho cabrío evocan todavía el culto ditirámico y la *siringa* pánica, como una deificación de la Naturaleza. En la eterna sombra medioeval, la embrionaria conciencia del hombre esclavo, por cuya redención sucumbiera un mártir en la cruz, comienza a apartarse de Cristo, a quien acusa de fracasado e impostor. Un espíritu, llamado del Mal, ha nacido y se agiganta, como nuevo señor de los siervos. Posee el íncubo a la mujer villana, la cual huye del mundo y se hace hechicera, esposa del demonio. Pronto en sabáticos aquellarres acude el pueblo rebelde a la espesura de la floresta y entre las nocturnas tinieblas rasgadas por antorchas humeantes, estalla en su furor orgiástico la «misa negra», sombría y siniestra resurrección del luminoso culto clásico a la Naturaleza, llamada ahora Satanás. El sábado romántico engendra al diablo, a la bruja y a la magia negra,

mientras resuena el grito de desesperación contra Dios y la sociedad «cristiana».

A los 1.400 años de salvar Jesús a la humanidad, los «redimidos» invocaban la protección de Lucifer, que también era un condenado esclavo. Triste moraleja del cristianismo medioeval, con todos sus místicos fervores y exaltados delirios.

Las otras dos manifestaciones de rebelión dejan de ser filosóficas y religiosas, para entrar en el campo de lo psíquico: el estallido de la cólera no ya contra Dios, sino contra los hombres, produce la insurrección de la *Jacquerie*, y el sufrimiento reconcentrado durante siglos da lugar a la maravillosa floración del lirismo popular, que en Alemania, junto a la frontera helvética donde los Alpes descienden hacia las selvas y las llanuras, resonó como un grito heroico, primer chispazo del *Volkslied*, inflamado al soplo de la libertad.

La Iglesia, fundada bajo el ideal cristiano de Pedro, con los más nobles fines liberadores, se torna enemiga implacable de la redención por la que muriera el héroe del Gólgota. A las mil sectas que dividieron a los cristianos casi al mismo pie de la cruz, se une ahora la herejía más horrible, la hechicería, la formidable batalla que emprende el réprobo y caído ángel de las tinieblas contra el señor de unos cielos que se olvidaron de la tierra. El dualismo persa de Ormuzd y Ahrimán parece estallar de nuevo en todo su furor. Aun no es suficiente: la carcomida sede romana, vacilante como el trono de los últimos Césares, recibe el golpe abrumador de Fray Martín, que subleva contra ella a media Europa. Al cisma bizantino sucede el luterano, y la Iglesia, que en su depravación había llegado a sentar un monstruo en el solio pontificio, se defiende iluminando al mundo con siniestras hogueras, en las que brujas, herejes y sabios derriten sus abrasadas carnes para la mayor gloria de Dios y ejemplo y regocijo de la cristiandad. Así aparece el horrendo aunque «incruento» auto de fe, que la Inquisición ofrece al pueblo cual edificante espectáculo, y cuyo fulgor espantoso eclipsa hasta el recuerdo de las antorchas humanas de Nerón y el incendio de la Ciudad Eterna. La Iglesia, que un día pareció vacilante, se consolida al fin y se yergue con feroz tiranía sustituyendo su primitivo ideal de libertad por la cadena de la esclavitud y coronando el término de la Edad Media con la pavorosa apoteosis del brasero, moderno Moloch, que devoraba millares de seres y extendía sus lenguas de fuego más allá de los

mares para imponer la fe del Crucificado a los atónitos Incas y Aztecas.

Lucha mortal entáblase entre la Iglesia despótica y la esclava conciencia ansiosa de redención. El Santo Oficio de los Torquemada pretende redimir al mundo por la hoguera, como Jesús pretendió redimirlo por la piedad. Católicos y hugonotes se exterminan para servir al mismo Dios y al mismo Cristo; el fanatismo y la barbarie encadenan las almas, pero la ciencia, el arte y el progreso se abren camino lenta y seguramente, a través de las sombras, mientras los mártires de la nueva fe sacrifican sus vidas por el generoso ideal. Cada cual aporta su elemento: la perseguida hechicera, con su medicinal empirismo y su trato con los cadáveres, sienta, según Paracelso, algunas firmes bases terapéuticas y anatómicas; la revuelta de la *Jacquerie* revela al hombre el concepto de individualismo; Italia brilla a la luz de nuevo sol y en su Renacimiento se reaviva un fulgor del alma helénica, que aun habiendo perdido su primitiva gracia, proclámase maestra y señora de las artes; la ciencia rebelde es invencible y habla en aquel sublime «e pur si muove» murmurado ante los jueces por el viejo astrónomo, al herir la tierra con su pie; en Inglaterra triunfa la libertad religiosa; y, por último, después de la vana frase de un tirano galante: «el estado soy yo», se habla, en el «juego de pelota», de los «derechos del hombre» y se precipita el torrente de sangre y barro sobre el dorado rocócó de la Pompadour, con el trágico diluvio que pareció profetizar un real amante, y en el cual ahogóse su propio e inocente hijo. Todos los horrores que mancharon la Revolución y el retroceso al imperialismo de un déspota, quien, no obstante, empuñaba la espada con una mano y en la otra el código más liberal de sus tiempos, no pueden eclipsar la obra sublime de los enciclopedistas, verdaderos redentores del pensamiento, ni empañar el brillo purísimo de aquel «14 de Julio», fecha inmortal en que sucumbiera el postrer baluarte del feudalismo. En vano la reacción pretendería detener el progreso, implantando nuevamente el obscurantismo que parecía personificar el odioso Metternich. Las constituciones se iban promulgando en Europa, como «trágalas» más o menos gratos para las coronadas testas, y al soplo benéfico de la libertad nacían las redimidas repúblicas de América. Después llegóse a hablar de suprimir fronteras, de fraternidad universal, de socialismo, de pacifismo, de tribunales de arbitraje. Erigióse un templo a la paz, y el genio

humano realizó maravillas en ciencias, artes, comercio e industrias, envolviendo en una red de comunes lazos e intereses a todos los hombres del planeta. Los sublimes ideales de muchos dejaban de ser humanos para llegar a lo divino. Diríase que se preparaba, al fin, el reinado de Cristo sobre la tierra, aproximándose la anhelada redención.

*

Al llegar a este punto es preciso apartarse de la historia universal para fijar la atención en la particular de Alemania.

Los remotos bárbaros representaban la libertad frente a Roma. Luego, en pos de las gestas heroicas que produjeron los *Nibelungos*, llegan los *Minnesinger*, nobles cantores de amor, de Turingia y Franconia, y extienden por Alemania los poemas de caballería, imitados de Francia. Los feroces leones vuélvense dulces corderos y Wolfram llora con las simplezas y bondades del galo Perceval. Más tarde, el sublime *Lied* alemán, canto del pueblo, prodigioso desbordamiento de lirismo, que al fin daría origen a la gran escuela musical alemana, surge de dos purísimas fuentes de inspiración: el dolor y el sueño de libertad. Es el grito desgarrador de los plebeyos germanos, debatiéndose entre las calamidades que sepultaron a los últimos Hohenstaufen. Inicia el pueblo su genio artístico y en el renacimiento alemán, cuando la aristocracia ya ha abandonado el culto de la música y la poesía a la que se consagrara en el siglo XIII, los artesanos las recogen y constituyen gremios de distintos oficios para defender los derechos de las clases, a la vez trabajadoras y artistas; así se constituyen las corporaciones de Maestros cantores que alcanzaron tanto renombre, a semejanza de los menestrales de Provenza. El estado llano en Alemania hacía evidentes progresos; las ciudades libres adquirirían sus privilegios en la liga anseática, recordando las repúblicas italianas y hasta los campesinos, a imitación de los franceses, tienen la osadía de sublevarse. Además, el genio de Gutenberg da vida al pensamiento y alas a la palabra; Melanchton asombra con su ciencia; Lutero demuestra al mundo que puede existir Cristo sin el pontífice, y triunfa en su audaz reforma.

Hasta aquí debe apreciarse que Alemania aporta también su esfuerzo en pro de la democracia y del progreso humano. Doscientos años más tarde llega Germania a su siglo de oro. Filósofos,

músicos y poetas surgen como por ensalmo en el privilegiado país. El genio alemán es maravilloso en su múltiple e intensa florecencia. En Alemania nace, o al menos se desarrolla, el romanticismo que invade a Europa. A España lo lleva un hamburgués, Bohl de Faber, padre de la espiritual Fernán Caballero. Y comienza por doquier una dulce melancolía, vago anhelo, ardiente y atormentada aspiración de ideal; el espíritu sueña y languidece entre dolores y refinados sufrimientos; el alma pierde la serenidad luminosa de los clásicos tiempos renacentistas, recién marchitos y se ensombrece en delirios febriles. El *Weltschmerz*, el mal del mundo, emana del «Werther» y extiende a todas partes su contagio morboso. Lord Byron, Musset y Espronceda parecen hijos del enamorado de Carlota.

Podrá achacarse al romanticismo alemán cierta pedantería, mas ésta ha sido siempre una característica germánica. Basta recordar aquellos antiguos burgueses y Maestros cantores, pintados por Wágner de genial modo. También ofrecerá en ocasiones alguna tendencia a lo cursi, pero ello es condición de todo lo exageradamente romántico. A cambio de estos defectos, ¡cuánta poesía deliciosa en ese romanticismo alemán! ¡qué elevado idealismo! ¡qué nobleza caballeresca! cualidades sobresalientes en los viejos alemanes. Evocando los cenáculos renacentistas italianos, en Alemania existieron también focos que irradiaban brillo deslumbrador; núcleos artísticos, cuya vida serena y luminosa parecía un reflejo de la forma ática: Francfort, Weimar, Munich... ¡Cuántos recuerdos inmortales despiertan estas ciudades gloriosas!

Hannoverianos, bávaros, sajones, wurtembergueses, badenses, austriacos también... todos eran alemanes y hermanos en la poesía y en el arte. Allí los grandes pensadores, los hondos filósofos, los geniales poetas, los sublimes músicos, creadores de una Alemania maravillosa que todavía nos deslumbra y cuyo brillo no consiguen eclipsar, por mucho que se esfuercen, los actuales teutones ni tampoco sus enemigos, quienes pretenden llevar su injusticia hasta negar el genio de los muertos gloriosos e inocentes.

La dulzura que por mucho tiempo dominó en la vida social e íntima de ese país — tan ensalzada por Michelet en «La femme» — debióse, en gran parte, a aquella prodigiosa floración romántica. Las ideas melancólicas, las lágrimas, los crepúsculos y las noches, las ausencias, el dolor de la muerte, el silencio de las tumbas, todos esos bellos y elegiacos sentimientos que pusieron

en boga los románticos alemanes, parecen impregnarles de conmovedora ternura. A la serenidad olímpica de Klopstock, sucede la sátira mefistofélica, mostrando las miserias de la humanidad, simbolizada en el doctor endiablado. Beethoven, el sordo misántropo, el republicano entusiasta del Cónsul Bonaparte, maldiciente de Napoleón, termina su vida desdichada cantando con Schiller el himno a la alegría y a la fraternidad: «Confundíos en un abrazo, multitudes del globo. Sobre la bóveda estrellada reina un Padre bondadoso... ¡Oh Alegría, fulgor de los dioses, hija del Eliseo! Todos los hombres son hermanos bajo tus dulces alas!»... Así fué el canto del cisne de un alma inmortal. Schubert y Schumann, quienes más que hombres semejan flores y lirás vivientes, radiantes de fragancias y armonías, nos conmueven con su sensibilidad exquisita; y el polaco Chopin, también romántico alemán, con sangre latina, nos hace derramar lágrimas con su melancolía desesperada e incurable, mientras Mendelssohn es todo elegancia señoril y distinción caballeresca.

Desgraciadamente, en la Alemania de los Leibnitz, de los Bach, de los Lessing, de los Herder, de los Richter, de los Hoffmann quedaban grandes resabios del feudalismo en su organización política y administrativa. En tiempos anteriores todavía el pueblo tomaba alguna participación en el gobierno, mediante parlamentos que existían en los pequeños estados y a los que concurrían también el clero y la nobleza; pero después de la guerra de los «treinta años», el absolutismo había ahogado las aspiraciones democráticas, las cuales latían a intervalos con desesperación. Durante los románticos años del siglo XIX ráfagas de revolución soplan por Alemania, como reflejo de las libertadoras convulsiones francesas. En 1817, los estudiantes alemanes se declaran revolucionarios y en 1848, se presencia el sublime espectáculo, hoy inconcebible, de ver pelear a los pueblos rebeldes de Berlín, Dresde y otras ciudades contra los esclavos ejércitos del rey prusiano.

*

Mientras Alemania maravillaba al mundo con sus grandes hombres, Prusia bajo el *Rey-sargento*, atraía la atención por su organización militar que lo absorbía y dominaba todo.

En los términos siguientes define el historiador Opisso la Prusia de Federico el Grande: «Era una nación sacrificada a la polí-

tica de sus reyes, sin vida nacional, sin conciencia propia, sin derecho para pensar. La consigna era la obediencia ciega al superior jerárquico. En cuanto a la opinión pública, al criterio de cada ciudadano, al derecho de juzgar la marcha del gobierno, no existían. El rey se encargaba de todo y lo que él mandaba debía cumplirse a ciegas. Era, pues, Prusia un ejército formidable en manos del rey».

Pero además, esa Esparta germánica no había salido aún de la Edad Media en pleno siglo XVIII, y mantenía la separación de castas, como en la antigua India. Nobles, burgueses y campesinos prusianos eran tres castas diferentes entre las que estaba prohibido no sólo el matrimonio sino hasta el simple contrato de compraventa.

Así vemos que Prusia estaba organizada como una máquina y representaba el militarismo, el despotismo absoluto y, por tanto, la esclavitud.

No brillaron allí ni músicos ni poetas sino generales que soñaban tan sólo en la perpetua guerra, ambicionada por la vanidad de los reyes. Hubo, empero, un inmortal prusiano, el único hombre de aquella tierra verdaderamente universal: Manuel Kant, el filósofo de Königsberg; y precisamente, el ideal de aquella alma luminosa que brillaba entre tinieblas, fué la paz eterna, mediante la confederación de todos los estados de Europa.

El Austria era un país más espiritual, pero los fanáticos y ambiciosos Hapsburgos desarrollaban una política de rapiña y opresión, con su tradicional orgullo. La divisa de su casa hallábase formada por las cinco vocales del alfabeto, las cuales significaban simplemente *Austria est imperare omni universo*. Los estados alemanes situados entre Austria y Prusia estaban fatalmente perdidos, porque a la fuerza habían de ser absorbidos por la monarquía del norte o por el imperio del sur, que se odiaban mutuamente. El año 1815 fué memorable para Prusia; en tal fecha, mientras el sol que viera Napoleón brillar triunfante en Austerlitz se ponía trágicamente en Waterloo, nacía en Schoenhausen el futuro «canciller de hierro». Deshecha Austria en Sadowa, quedaba en estado de semivasallaje; en seguida preparada la guerra contra Napoleón III y, aplastada Francia, Bismarck funda en Versalles el imperio alemán el 18 de enero de 1871. Día aciago no sólo para Francia, sino también para Alemania, que moría definitivamente a manos de Prusia. Y más aún: en aquel día tan funesto debió

vestirse de luto la humanidad entera, condenada desde entonces al fracaso en su civilización y más nobles ideales. Se había colocado la primera piedra del pangermanismo, y los alemanes, con el mismo himno con que Haydn saludara a un Hapsburgo, deseoso de dominar al universo, repetían ahora, como una ironía para la vieja y vencida Austria: *¡Deutschland, Deutschland über alles in der Welt*, es decir, «Alemania sobre el mundo entero». En rigor, debe reconocerse que los germanos, sean austriacos o alemanes, son muy modestos en sus pretensiones de hegemonía universal.

Una vieja canción popular celebraba la «unión de los hermanos» y anhelaba la unidad de la patria. «¿Cuál es la patria alemana? — preguntaba — ¿Es Prusia? ¿Es Suabia? ¿Son las riberas del Rin, donde cuelgan las uvas, o las costas del Báltico, donde lanzan sus gritos las gaviotas? ¿Es Baviera o Sajonia? ¿Son los pantanos donde crece el junco? ¿Es la región de los mineros? ¿Tal vez Pomerania? ¿Westfalia, acaso? ¿Es la playa de blanca arena bañada por el mar azul, o la tierra por la que rueda el Danubio sus impetuosas olas?»

«Grande, más grande es la patria alemana» — rezaba el estribillo de la canción, y concluía: «Allí donde se habla alemán, se entonan canciones alemanas, se aborrece la perfidia extranjera y hay un bien común y un mismo amor a todo lo grande, noble y justo, allí está la patria alemana.»

Realizáronse gran parte de esos sueños y además se lucha por que la «patria alemana» se extienda también a aquellas tierras en que no se habla alemán y se aborrece la perfidia alemana. Ese decantado amor a la nobleza y a la justicia que celebra la vieja canción se ha convertido en la más amarga de las ironías.

*

Bajo la organización prusiana comienza en 1871 la asombrosa metamorfosis de la vieja Alemania, amable y débil, con esa poética debilidad de los espíritus delicados y enfermizos, que encerraba alma de flor, corazón de hada y se envolvía en los velos misteriosos y encantadores de la inmortal leyenda. Y precisamente, mientras el gran canciller funda el imperio, triunfando con él la reacción y la esclavitud, en una verde colina de Baviera resonaba el más celestial de los cánticos a la redención, inspirada en las puras fuentes de la piedad cristiana. Wágner y Bismarck

representan en tal momento histórico el ideal que muere y la fuerza que nace. El expirante ensueño habíalo evocado el autor de «Parsifal», en sus años juveniles: «Oh Alemania, patria mía; cuánto debo amarte y cuánto también al pueblo alemán que adora al «Freyschütz», nacido en su suelo, y cree todavía en lo maravilloso de su más sencilla leyenda, sintiendo en su virilidad los dulces y misteriosos latidos que agitaron su corazón en la juventud! ¡Oh, adorable fantasía alemana! ¡Qué entusiasmo por tus selvas, tu noche, tus estrellas, tu pálida luna, tu campana melancólica de la aldea tocando a oración! ¡Feliz quien os comprende, quien puede con vosotros creer, sentir, soñar y exaltarse! ¡Qué dicha experimento siendo alemán!»

Verdadero himno a la patria entonado por Wágner en presencia del «Freyschütz» weberiano, donde palpita el alma de la vieja Alemania legendaria. Sin embargo Wágner, como otros muchos románticos alemanes, no fué comprendido ni siquiera en aquellos amables tiempos. Así el maestro quiso dar a su patria un arte genuinamente nacional y fracasó en su empresa. «Arte y Revolución» era su programa. Las obras se rechazaron y las ideas democráticas valieron al compositor una condena a muerte, por parte de la corte de Sajonia, cuando las bayonetas de Prusia ejercieron terribles represalias al dominar los tumultos populares de 1848. Para Wágner comenzó el destierro material, que había de prolongarse luego moralmente hasta su muerte. Por eso se llevó a la tumba la tristeza íntima de su total derrota. Así escribía en una de sus últimas cartas, al inaugurarse el teatro de Bayreuth, que «la cultura alemana era ruda y bárbara en aquello que no constituía una burda imitación, una caricatura de la civilización francesa», por lo cual, él deseaba ofrecer a los extranjeros algo más típicamente alemán. «Hoy — agregaba el maestro — el que ha sufrido y batallado sin tregua, como yo, llega a creer que aquello deseado durante tantos años no es sino una fantasía de artista... Sin embargo, los extranjeros han hecho concebir en mí la esperanza de que esa ilusión pueda ser realidad algún día. Mis representaciones de Bayreuth han sido mejor y más inteligentemente juzgadas por los franceses e ingleses que por la inmensa mayoría de la prensa alemana. Tan gratas experiencias serán siempre mi recompensa única; en cuanto a un éxito más grande o un movimiento más general en Alemania, apenas lo sueño. Estoy mucho más alejado de la intelec-

tualidad alemana contemporánea, que de los centros en que viven los espíritus cultos y serios del extranjero, apartados de esta *soi-disant* cultura alemana. Ahí reside, quizá, una prueba del carácter profundamente humano de mi arte, en el cual los hombres poco clarovidentes no quieren ver sino una tendencia estrechamente nacional».

Wágner escribía estas líneas en 1876, ya perfectamente convencido del fracaso en su patria. Por eso en sus últimos años se refugió en su *torre de marfil*, en su retirado Monsalvat, exclamando: «¡ Sí; a esta huída debe su nacimiento «Parsifal»! ¿Qué hombre, durante toda la vida puede abismar su mirada en el fondo de este mundo de matanzas y rapiña organizadas y legalizadas por la mentira, la impostura y la hipocresía, sin verse obligado a separar de él su vista, estremecido de dolor y poseído de espanto?»

¿Qué habría dicho aquel grande hombre, si hubiese tenido la desdicha de contemplar a su patria en el siglo XX? Wágner no tenía alma de lacayo y por tanto no hubiese firmado ningún documento deshonesto de intelectuales, como lo ha hecho su indigno hijo.

¿Qué hubiese dicho el maestro de Bayreuth al ver el nombre de Parseval, el héroe puro y redentor por la piedad suprema, aplicado, merced a una ironía de la casualidad, a ciertos dirigibles infernales destinados al bombardeo nocturno de ciudades indefensas y al asesinato de niños, mujeres y ancianos? ¿Qué juicio le habrían merecido los verdugos de Bélgica, los incendiarios de Lovaina, los destructores de Reims, los piratas del «Lusitania?» Wágner no hubiera repetido los ataques del lírico Heine contra aquella Alemania tan amable de su época; ni tampoco habría dicho con Schopenhauer que se avergonzaba de ser alemán; ni aun hubiese afirmado como Nietzsche que «donde penetra Alemania corrompe la civilización» o que «los alemanes son responsables de todos los grandes crímenes cometidos contra la cultura». No; Wágner habría hecho más; hubiera renunciado a su patria, nacionalizándose en cualquier otro estado del mundo (1).

(1) He insistido sobre el citado maestro porque mis estudios sobre la música alemana y ese artista en particular, me han hecho pasar muchas veces como germanófilo en estos calamitosos tiempos. Mi asombro siempre ha sido inmenso, pues no comprendo qué relación puede existir entre los antiguos compositores alemanes y la moderna «Kultur» sinónima de barbarie. Los germanos han tenido el triste privilegio de convertir la ciencia en salvajismo.

A propósito de Wágner no está de más recordar que hoy no tienen

Como quedaba expuesto más arriba, al mismo tiempo que espiraban en Alemania los himnos seráficos a la redención por el amor, el imperio iniciaba su edad contemporánea. Ya Bismarck, el gran oligarca, con su crueldad inflexible había proyectado aplastar por segunda vez a Francia, en agradecimiento, sin duda, a lo bien que pagaba la indemnización de guerra, la renaciente República. Esta intención perversa del más hábil canciller de Prusia fué el principio de los errores cometidos por los políticos imperiales, dando lugar a la primera inteligencia francorrusa. Ya Olivier, ministro de Napoleón III, profetizó que la falta de generosidad de Guillermo I, anexando la Alsacia y Lorena, ocasionaría un día la alianza de latinos y eslavos contra los teutones. El imperio, pues, comenzó con un tropiezo grave. En seguida empieza la rápida «prusianización» de Alemania, que se convierte en un cuartel gigantesco, ahogando el espíritu brutal de la disciplina todo idealismo e inspiración artística. En el país de la música domina pronto un estrépito espantoso: la sinfonía del infierno y de la muerte, compuesta por Krupp. A la vez de la organización militar llevada al *máximum* y comenzada desde la niñez, empieza a formarse en Alemania una casta de «sabios» y «profesores», en los que se desborda la proverbial pedantería germánica y quienes, a fuerza de organizarlo, alambicarlo y metodizarlo todo, corrompen y adulteran cuanto tocan, llegando, sin razón, hasta pretender destruir al venerable e «histórico» Homero. La inspiración artística se va haciendo académica, seca, fría y casi acaba por desaparecer, mientras el pueblo, embrutecido por la rígida disciplina y organización prusianas pierde su antigua sensibilidad y hasta el concepto de individuo, convirtiéndose cada alemán en un casco y un sable vivientes. El propio socialismo, nacido en Alemania, contribuye a esclavizar las conciencias teutonas en lugar de emanciparlas. Lo que no han perdido los germanos es su primitiva ingenuidad; así parecen hoy niños crueles e inconscientes, y cuando tratan de ser ingeniosos y sutiles resultan torpes o malvados. Asimismo, ebrios de la más ridícula soberbia, que denota su menguado valer moral e intelectual, cada alemán se cree un superhombre no siendo sino

los franceses, como tampoco tuvieron después de 1870 motivo de rencor contra el maestro, pues en su comedia «Una capitulación», no trató de ofender a Francia sino de satirizar el gusto artístico alemán, según declaraba el propio Wágner.

un despreciable lacayo imperial. El caso de Alemania recuerda a ciertas familias pobres cuyos miembros son honrados, laboriosos e inteligentes, pero que, enriquecidos de improviso, dejan luego al mundo descendientes viciosos, necios y soberbios. Los alemanes de hoy son los *parvenus* y los matones de Europa.

Es indudable que las teorías anticristianas y crueles de Nietzsche han influido en esta desgraciada metamorfosis psicológica; pero no es justo cargar toda la culpa al desequilibrado filósofo quien era demasiado poeta e idealista para causar tanto mal. Más bien ello es debido a sus discípulos, que sin el genio del maestro son tan locos como él: los profesores, los periodistas, los intelectuales, en general, que ahora asombran al mundo, discurrendo como escolares o dementes. Un solo ejemplo, entre los innumerables que podrían citarse: el poeta Dehmel, para explicar las causas de la guerra, dice: «Se trata de dar a los hombres, en mayor abundancia, el aire del cielo. Por eso me echo el fusil al hombro». Otros «sabios» dicen que los alemanes van a «organizar» a Europa, para lo cual empiezan desorganizando al mundo con el caos más espantoso que vieron los siglos. Si no fuese por lo peligroso y trágico de esa insubordinación del gran manicomio que se llama Alemania, sería cosa de no tomar en serio a tales gentes.

La causa primordial que ha preparado el actual ambiente germánico ha sido el militarismo allí imperante desde la hegemonía de Prusia. La casta militar es una jerarquía privilegiada, como los chatrias indostánicos. Sí; en Alemania existe una aristocracia militar que gobierna sin responsabilidad de ninguna clase, según el viejo sistema prusiano. Son los pretorianos del nuevo César. ¿Cuál es el credo de esta casta de semidioses alemanes? Un libro muy popular del general von Bernhardi: «Alemania y la próxima guerra». Allí están las ideas, planes y métodos que vienen poniendo en acción los ejércitos del Kaiser. En él se afirma descaradamente que el deber de Alemania es alcanzar la supremacía, abriéndose paso a sangre y fuego, sin preocuparse de los derechos de las demás naciones. Un capítulo se titula: «El deber de la guerra». Allí se explica cómo los gobiernos de los pueblos fuertes tienen «la obligación» de promover la guerra y poseen el derecho al robo y a la conquista de los países débiles. «El movimiento pacifista de Alemania es ponzoñoso», dice el autor y proclama la doctrina de que los deberes del pueblo alemán sólo

pueden cumplirse por medio de la guerra. He aquí otros conceptos del célebre general: «La tentativa de abolir la guerra es inmoral e indigna de la humanidad». «El pueblo alemán debe persuadirse de que el sostenimiento de la paz no es ni puede ser jamás el objetivo de su política». Y, como buen prusiano, también agrega que es preciso anular por perniciosa toda teoría o razonamiento emanado del pueblo, el cual necesita estar sujeto a un Kaiser que lo domine con férrea mano, porque este elegido de Dios es el único ser que en el imperio tiene derecho a pensar y a opinar.

Tal es el credo militarista que venía imperando en Alemania. Aliados generales y profesores, aunque de casta inferior estos últimos, proclaman al viento el pangermanismo, el *Deutschland über alles*, cuyos límites parecen expresarse en la siguiente divisa que encabeza la gran revista alemana «Heimdall», y que vienen siendo comentados y estudiados por todos los políticos imperiales desde Bismarck. «Von Skagen bis zur Adria! von Boonen bis Nana! von Bisanz bis am das schwarzes Meer!» Esto significa que Alemania tiene como ideal la anexión de Austria, el nordeste de Italia, la Francia septentrional, Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, el oeste de Rusia y la mayor parte de los Balkanes. Pero además, falta completar el programa, para lo cual se establece que todos los habitantes de los países conquistados serán privados de derechos políticos y civiles.

Como puede apreciarse, el programa es poco tranquilizador para el mundo entero, pues cabe pensar si luego conquistarán también Norte América y el Brasil y la Argentina y hasta la luna que se han olvidado de incluir en sus aspiraciones territoriales. Al mismo tiempo que miran al futuro, escudriñan lo pasado y nos dicen seriamente que «todo» ha sido alemán en la tierra, como lo demuestran Dante, Miguel Angel, Shakespeare, Cervantes, y otros insignes «alemanes». Es de creer que también sean teutones Platón, Buda, Confucio y el Padre Eterno!... (1)

Y mientras se proclamaban en el imperio tamañas extravaganzas

(1) Estas doctrinas y propósitos pangermanistas, sostenidos con notable sinceridad, que contrasta con la hipocresía oficial, por muchos intelectuales, como el escritor Harden, han fracasado ruidosamente, pues siguiendo las ideas de Liebknecht — el único alemán verdaderamente grande del momento actual — nadie ya en Alemania, a excepción del demente partido militar, cree posible siquiera anexar definitivamente los territorios conquistados. Las aspiraciones que existían sobre Sud América también son conocidas.

cias, ¿qué hacía Alemania en el exterior? Sus diplomáticos, que han merecido del príncipe von Bülow, el delicado epíteto de «asnos», desarrollaban la tradicional política de torpezas; y, a cada fracaso de los «maquiavelos» germánicos, nuevo rugido del olímpico Kaiser: «Afilemos la espada!» «¡Tengamos la pólvora seca!»

Cuantos hayan seguido con atención la política internacional europea durante los últimos años, sabrán que la paz ha peligrado varias veces por culpa de Alemania, la cual se opuso siempre en las conferencias de La Haya, a toda limitación de armamentos, cosa lógica ya que el imperio venía preparando desde hace cuarenta años la máquina de guerra más formidable que ha existido jamás. A sus propios errores unió Alemania los de Austria, apoyando la política agresiva y conquistadora de esta última en los Balkanes, lesiva para los intereses de Italia y preludio del rompimiento de la «triple alianza».

«La necesidad no reconoce ley» — dice el canciller del imperio, y un ministro de relaciones exteriores denomina «pedazo de papel» a un tratado que lleva al pie la firma de Alemania. Así pretenden justificar su crimen contra Bélgica. ¡Bellas razones, sin duda alguna! A una torpeza sigue otra: la de acusar a la inocente víctima de no haber observado la neutralidad. Eso es más «caballeresco» todavía. Pero no basta. La nación que venía preparándose y provocando la guerra desde hacía cuarenta años necesitaba «inventar» algún culpable de la hecatombe sin ejemplo, y esta «causante» fué Inglaterra por «envidia» al comercio alemán. Para todo son burdos los teutones; hasta para inventar pretextos; pero lo malo es que este argumento ha sido recogido por todos los germanófilos, contagiados del «odio a Inglaterra». Este «odio» famoso sólo es el grito de la incapacidad germánica que no supo prever la intervención inglesa, desde el momento en que el triunfo alemán sobre Francia dañaría los intereses de la Gran Bretaña. Primeramente quiso asegurarse el gobierno alemán la neutralidad de Inglaterra, no accediendo, sin embargo, a sus peticiones de respetar a Bélgica y a las colonias francesas. Interviene Inglaterra y entonces ella es la «culpable» de la conflagración por «envidia». Realmente, la lógica alemana es infantil. ¡Qué degeneración en los hijos de Kant!... Aunque Inglaterra no defendiese a Bélgica, sino única y exclusivamente sus intereses propios, lo que es legítimo y humano, tiene, no obstante, la fortuna de que coincida su causa con la del derecho y la justicia.

Con gran razón dice Armando Palacio Valdés: «solamente el vulgo puede afirmar que no se trata sino de una guerra comercial». Hace falta carecer de todo sentido crítico para atribuir a una razón tan simple, lo que en sí es tan profundamente complejo. Claro está que existe el factor «comercial», pero sólo como una de las faces de la contienda y no como la «única». Quienes conozcan el libro de Norman Angell, *La grande ilusión*, popularísimo en Inglaterra, se darán cuenta del absurdo que supone desencadenar una guerra con fines comerciales. Los ingleses son prácticos y jamás habrían cometido locura semejante. Sólo a un iluso, como Jacinto Benavente, se le ocurre decir «que Alemania necesitaba sus ejércitos para «vender» sus juguetes, su quincalla y sus perfumes».

No es, pues, guerra comercial. Tampoco lo es de cultura, como dicen otros. ¡Qué absurdo, ¿cómo van a guerrear «por las armas» dos civilizaciones? La cultura alemana, ¿no había sido reconocida en el mundo entero? ¿No se veneraba por doquier a Kant, a Goethe y a Beethoven, sin necesidad de bombardeos con morteros de 42? Que se arrasasen los países y asesinasen los hombres por Palestrina o Milton o Schumann o Víctor Hugo, que eran todos hermanos en el genio, y viven unidos en el reino inmortal de las musas, ¿no es una aberración que sólo puede ocurrírsele a los modernos alemanes? No; tampoco lucha la cultura germánica contra la latina. Lo que sí lucha es un principio político, sostenido por el nuevo ideal alemán, que se llama «Kultur» y el cual no es precisamente la vieja cultura, sino un *bluff* monstruoso. En efecto, cualquier adelanto material, por enorme que sea, si no va acompañado del progreso moral, indispensable a toda civilización, produce una resultante nula. Y el progreso «amoral» efectuado por los alemanes ha sido pasar desde el idealismo panteísta al pesimismo schopenhaueriano, para caer, por fin, en el monismo materialista del culto supremo a la fuerza, que constituye la negación del ideal cristiano. Así, por ejemplo, el superhombre evangélico Parsifal que proclama la piedad, no como sentimiento pernicioso, sino reconfortante y redentor del alma, ha sido eclipsado por el superhombre anticristiano Zaratustra que dice: «los fuertes son los buenos; los débiles los malos». El héroe de Nietzsche también anhela la redención pero no por la caridad, como el de Wáagner, sino por la crueldad y la fuerza.

Esos elementos forman un interesante fondo psicológico del

magno conflicto; son dos ideales opuestos: el latino que sigue siendo cristiano y el neogermánico que es anticristiano.

Además hay que considerar el problema étnico, también de gran importancia, debido a que en Europa todavía existen pueblos dominados y oprimidos por otras razas. Tal es el conflicto ruso-austro-italo-balcánico. La anexión por Austria de las provincias Bosnia y Herzegovina, produjo en Serbia el movimiento nacionalista que, con el asesinato de los príncipes austriacos fué la chispa que prendió el incendio.

Ahora bien, Inglaterra era ajena a tal problema y para probar la culpabilidad de Alemania en desatar la tormenta, no es preciso leer el admirable estudio del presidente del «Instituto Carnegie», en Pittsburg, Harden Church. Basta recordar simplemente que el canciller británico Grey, propuso celebrar una conferencia internacional para hallar solución pacífica al conflicto austro-ruso, surgido con motivo de la guerra austro-serbia, impuesta por Viena. El medio propuesto por la Gran Bretaña no fué aceptado en Berlín bajo el pretexto de que era humillante (1) para la aliada. Todavía Inglaterra propuso al gobierno del Kaiser que indicase cualquier otro medio más de su agrado y la «proposición» alemana fué el doble «ultimátum» a Francia y a Rusia y la declaración de guerra a ésta, que vino a romper las negociaciones directas entabladas entre Viena y Petrogrado. Del mismo Libro Blanco alemán se desprenden estos hechos, torpemente encubiertos.

Todas las cancillerías se apresuraron a publicar sus libros de colores, pero las «conversaciones» cambiadas entre Berlín y Viena quedaron siempre en el misterio.

El momento estaba bien elegido. Francia, desprevenida y casi desarmada, como había declarado un senador francés, sería aplastada con una rápida invasión a través de Bélgica. Se haría la paz, conquistando media República e imponiéndole muchos miles de millones de contribución, y en seguida se vencería a Rusia con todos los ejércitos austro-alemanes. ¿Cómo el militarismo alemán iba a desperdiciar ocasión tan magnífica de realizar sus sueños de universal hegemonía? Esta intriga, clara como la luz, será el mayor crimen y vergüenza que registrará la historia y ha sido bien comprendida por todos, menos por el esclavo y miope pueblo alemán y los germanófilos, tan escasos afortunadamente, los cuales tienen el cerebro atrofiado de anglofobia.

El plan resultaba audaz, era la corazonada del jugador que pone toda su fortuna a una carta. Sólo que el honroso heroísmo belga, la intervención inglesa, la invasión rusa, la batalla del Marne, repetición de la de los Campos Cataláunicos y, por fin, la entrada de Italia hicieron salir la carta contraria. El relámpago de gloria que iluminara al Kaiser, mostrándole dueño de Europa, se había apagado.

Así se explica que el mundo entero haya comprendido la felonía alemana, fracasando por doquier la propaganda teutona. Es decir, por todas partes no. Allí donde existe un ambiente reaccionario triunfa la germanofilia. El militarismo y el clericalismo son sus grandes amigos; los dos «ismos» más funestos para el progreso humano, últimos baluartes de la esclavitud. Mientras exista el clero con sus mercaderes del templo que, en lugar de infundir nobles ideales divinos o humanos, exploten las supersticiones más ruines, y militares que deseen ser tiranos de su patria y no servidores de los pueblos, la civilización jamás será completa. Pero en tanto no se realice el bello sueño del desarme universal y persista el funesto sistema de la paz armada, que fatalmente conduce a la guerra, es preciso distinguir entre los grandes soldados. Así vemos en el conquistador Hindenburg, inmolador de su rebaño, un monstruo de criminalidad; y en Joffre, salvador de su patria y del principio de justicia, el héroe más glorioso de los tiempos modernos.

¿Quiénes son germanófilos? Los clericales, los militaristas, los adoradores de la fuerza, los pedantes, los «snobs», los perversos, los ignorantes y algunos ofuscados. Es curioso observar que gentes que ni siquiera han saludado a Gœthe hablan de la cultura alemana y se declaran germanófilos *enragés*, mientras los que han estudiado y admiran el genio filosófico y artístico alemán detestan a los «prusianos» de hoy. Puede observarse que en la casi totalidad del globo predomina la simpatía por los aliados, especialmente por Bélgica, Francia e Italia, en tanto que la militarista Turquía se dejó arrastrar y «conquistar» por Alemania y la clerical España es, en la mayoría de sus hijos, partidaria de los imperios centrales. El ochenta por ciento de los españoles, siguiendo su tradicional ceguera política, se ha puesto una vez más en contra de sus vitales intereses, además de que su ilustre antepasado el «ingenioso hidalgo» don Miguel de Cervantes Saavedra no habría simpatizado con quienes pisotean al débil; pero

el «quijotismo» ha degenerado mucho entre los hispanos. ⁽¹⁾ Y he aquí otra aberración: los alemanes, que han llegado a ser una raza subterránea de espías, hipócritas, «follones y malandrines», se creen a sí propios los más perfectos herederos del «Caballero del Ideal»... Hasta cierto punto es verdad, pues ya que no su alma heredaron su locura.

*

Para terminar, el autor de este estudio desea hacer una íntima confesión. Amaba profundamente a Alemania; los grandes germanos habían sido sus maestros; la filosofía, poesía y música alemanas formaron su espíritu; las leyendas teutónicas excitaron su fantasía; evocaba la imagen de Germania, como aquella hada dulce y bella, que a orillas del Rin entonaba su milenaria canción; allá los bosques, que en suave murmurio variaban hasta lo infinito la eterna melodía de la Naturaleza; allí los castillos de cuyos ruinosos muros aun parecía emanar la tierna queja de un bardo o la modulación de un arpa. Sin embargo, sabía que el moderno imperio alemán había dejado de ser el romántico y maravilloso país de ensueño, pero cerraba los ojos para no mirar al presente, sintiendo la añoranza de lo pasado. De tal modo, el estallido de la guerra vino a revelar en toda su crudeza el espíritu contemporáneo de la nación en que había puesto sus amores. Pueblo de esclavos, nuevos nibelungos, postrados a los pies del señor del anillo, del César moderno, cuyos delirios siniestros hacen palidecer los extravíos del terrible Nerón. Era la Alemania del siglo XX, mercantil y militarista, donde yacía muerta para siempre la sublime alma de Siegfried, símbolo de amor y libre heroísmo, caída a los golpes de la ambición y ruindad del actual Alberich, amo de sus ejércitos de siervos. El soberano demente, místico y blasfemo que invoca no al Cristo misericordioso que murió en la Cruz, sino al Jehová cruel de las batallas y las venganzas, o al Odín guerrero de los tiempos bárbaros, y ese monstruo se presentaba al mundo como elegido por la Providencia, cual otro y aun más horrendo «azote de Dios», dispuesto a lanzarse como el espíritu demoníaco del «Ramayana», sobre la mísera Europa para satisfacer su sed de sangre y exterminio... ¡Y ni una sola voz de clemencia y cordura osó alzarse en el país donde cantaron un día Bach y Beethoven! Y allí pretendió justificarse

(1) El autor de este estudio ha tomado carta de ciudadanía argentina.

con sin igual cinismo, el crimen y la traición perpetrados contra Bélgica, la mártir. Pero ya no era sólo la pérdida de un bello ideal. Se trataba también del derrumbamiento de la cultura, de la bancarrota del derecho y la justicia, del fracaso de los sentimientos humanitarios; era, en suma, la estrepitosa caída al abismo de toda la civilización cristiana, cuando la redención proclamada en ella parecía estar próxima; era el retroceso a la negra barbarie de la guerra universal; la catástrofe más espantosa que jamás ha señalado la historia; el espectáculo más desolador que desde el luminoso siglo XX nos transportaba de improviso a los tiempos prehistóricos del troglodita, pero de un troglodita refinado para la matanza por el genio del mal; era la hecatombe del planeta apenas concebida en una visión de preternatural horror; océano de sangre; noche de tinieblas sin más resplandor que el brillo de las teas y los incendios; fragor de metralla; rayos de tempestad ultraterrestre; montañas de carroña escalando los cielos; y por encima del espantable caos, flotando en el espacio sombrío, un murmullo de llantos y plegarias, himno macabro a la soledad, a la miseria y al dolor, envuelto en torrentes de lágrimas femeninas e infantiles... ¡Madres, viudas, huérfanos! Millones de hogares deshechos y abandonados a la ruina y a la desesperación! ¡Caravanas de inocentes fugitivos, niños y ancianos, moribundos de hambre y frío!... Ese es el fondo verdaderamente trágico y espantoso de la guerra, y ese el espectáculo ofrecido por la «civilizada» Europa. Y todo, ¿por qué? Por el capricho de un déspota, de un verdugo, de un monstruo omnipotente, empujado por una camarilla militar y secundado por un pueblo de lacayos a los que maldecirá Clío para siempre.

Al cabo de un año de lucha que empequeñece la hesiódica Teogonía, aun no puede resolverse el enigma que encierra el fin de esta gigantomaquia colosal, pero en todas las grandes guerras parece observarse una ley en pro de la causa más justa y noble. Al lado de Bélgica, la víctima a la cual sólo han dejado los ojos para llorar — lo único que debe conservar un país conquistado, según la moderna teoría alemana de la guerra — al lado de Bélgica y su rey caballero, no sólo combate la Triple Inteligencia sino que también Italia, por providencial coincidencia de ideales e intereses, lucha también en su bando. Ya Norte América levantó su voz en defensa de los principios humanitarios. Vencidos o vencedores por las armas los imperios centrales quedarán

derrotados moralmente, deshonrados y arruinados materialmente por lustros enteros. ⁽¹⁾

Y esta santa alianza que se va formando es un espectáculo de solidaridad hermosa, consolador testimonio de que la civilización no sucumbe y de que «el mundo marcha». En pleno siglo XX ya no puede un tirano atropellar impunemente el derecho y la justicia, ni sus hordas lanzarse al crimen, porque contra los modernos y más feroces bárbaros se alza toda la conciencia honrada universal. Y en la magna cruzada de la civilización contra la barbarie abren marcha bajo sus tricolores banderas las dos bellas y dulces hermanas, Francia e Italia, patrias inmortales de la libertad y el derecho. Y así la raza latina, madre de la civilización moderna, la que refleja su alma luminosa en el mar azul y alumbra con la antorcha de su genio la noche de los siglos, la que dió un arte a la humanidad y un nuevo mundo al planeta, la que siempre ha sido toda belleza, luz y armonía, esa latinidad con su cultura caballeresca, noble y hermosa, marcha a vanguardia en la batalla gigantesca contra el neosalvajismo que pretende sumirnos otra vez en las sombras de la esclavitud. Y como himno heroico y sublime, el grito arrebatador de «La Marsellesa» campea en los espacios, cantando a la aurora que nace sobre el mundo, a la humanidad que despierta a un nuevo día más puro y sereno. Y los cantos de libertad ascienden hasta los rojos celajes, sangriento ocaso en que perecen las postreras tiranías, mientras en el claro cielo de oriente brilla luminoso nimbo que irradia sobre los hombres y las ruinas un ideal excelso: «Redención!»

ERNESTO DE LA GUARDIA.

(1) Después de impreso el presente trabajo se ha producido la intervención de Bulgaria en favor de los austro-alemanes. A los clericales «anticristianos», a los bárbaros militaristas y a los turcos exterminadores de armenios se han unido los búlgaros ingratos y parricidas. Además, un rey traidor a sus pactos y a su propio pueblo, que se ha vendido a los enemigos del helenismo, ha cubierto de oprobio la patria de Homero. Una vez más se ha demostrado que sólo la perfidia es germanófila. Pero Grecia y también Rumania tarde o temprano se verán obligadas a defenderse de las hordas capitaneadas por el «máximo criminal», Guillermo II, el *Pacífico*!!... y quizá se plieguen todavía a la buena causa.

EL DIEZMO EN EL RIO DE LA PLATA

A propósito de las publicaciones del señor Roberto Levillier

«De las muchas vicisitudes padecidas por la ciencia de la Historia en América, la precipitación y la ligereza, sin duda alguna, han sido las peores».

Roberto Levillier.

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, está haciendo circular entre los estudiosos dos gruesos volúmenes de *documentos originales de los siglos XVI al XIX seleccionados en el Archivo de Indias de Sevilla, coordinados y publicados por Roberto Levillier*, que son, a juicio de ella y del compilador, una parte de los *antecedentes de la política económica en el Río de la Plata*. La publicación se inicia, según entiendo, y tiene un amplio programa para el futuro. Estas dos circunstancias muévenme a escribir lo que va a leerse, que tiene, me está pareciendo, la valentía de concretar una reacción, después de todo ya sentida en el ambiente, contra el diletantismo editorial que ha comenzado a invadirnos. Porque es el caso que estos dos tomos de *Estudios editados por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, como reza el frontispicio de su portada, ponen en evidencia — atrévome a decirlo con todas las letras porque tal es el dictado de mi honesta conciencia — no sólo la escasa versación del compilador, sino también, lo que es más grave, la excesiva manga ancha de los que autorizan y amparan oficialmente sus desplantes. Y quiero que conste que es un sentimiento de pundonor nacional el que pone acritud en estas líneas. Nadie que estudie y que piense, puede aceptar sin protesta que se oficialicen, dándoles carácter de quintaesencia de la capacidad nacional, vulgares truhanerías literarias donde corren parejas la total ausencia de preparación especial y el más inaudito desprecio por los prestigios de la institución que las edita. Digo esto con la espontaneidad con que se suelta una interjección picante y deci-

siva. En mi espíritu no hay mala voluntad personal para nadie, y por tal razón ruego al que me lea que no atribuya esta actitud adversa y valbuenesca a objetivos aviesos, y le ruego, también, que no adjetive despectivamente la crítica al detalle, concediendo el indulto a los volúmenes que voy a ajusticiar, por consideraciones a supuestas bondades de conjunto. No apunto esto para magnificar la culpa cuya expiación va a consumarse, pues lo hago fundado en la constatación de que en ninguna parte tiene posible asidero la defensa. Trátase de una publicación congénitamente mala, y el cruento sacrificio a que me dispongo, provocando aspavientos femeninos en los que tienen para todo ojos misericordiosos como el alma del Kempis, sólo se inspira en el ejemplo de lo que los espartanos hacían con los niños entecos. Este será, pues, un monte Taigeto...

I

Sin temor alguno al exceso categórico, apunto que la consideración sincrética de los dos volúmenes a que me estoy refiriendo, revela una total ausencia de la disciplina metodológica que los tratadistas señalan para la composición de un *corpus*. Y tan ello es así, que hasta se antoja que el compilador no tiene un concepto exacto de lo que debe entenderse por *documento original*. No digo esto por puro afán de censura, sino porque ello fluye del simple hojear de la obra, gran parte de la cual está destinada a la reproducción de libros tan conocidos como la *Política Indiana* de Solórzano y la *Recopilación de leyes de Indias*. Hasta ahora a nadie se le había ocurrido que ambas obras fueran *documentos originales, seleccionados en el Archivo de Indias de Sevilla*. Pero aparte de esto que, como quien dice, de entrada está acusando la incompetencia del compilador, hay otras observaciones graves que hacer al peregrino método del señor Levillier. Debe él saber, como sabemos todos los que de estas cosas algo barruntamos, que hay un trabajo previo a la composición de cualquier *corpus*, y que ese trabajo, que sin duda es ímprobo, consiste en hacer la busca cabal de los documentos y se llama eurística.

Y ahora bien: ¿la ha hecho el compilador? La respuesta es rotundamente negativa, y la prueba correspondiente va a ir en seguida, cuando se demuestre cómo falla en absoluto su documentación. Pero no es sólo la eurística la que pide remedio en

la publicación del señor Levillier: son también la crítica externa y las demás disciplinas depurativas de lo que se entiende por el carácter exterior del documento. A todas luces se advierte que está el compilador un poco ajeno a los métodos que integran la llamada introducción a los estudios históricos. El análisis detallado de una de las secciones de la obra, lo va a evidenciar cumplidamente.

II

Sea la elegida — siquiera porque cae más precisamente dentro de lo que constituye mi cabal especialidad — aquella que se titula así:

RÉGIMEN FISCAL. — *Derechos, impuestos y contribuciones constantes aplicadas al comercio*: a) *Alcabalas*; b) *Almojarifazgos*; c) *Diezmos*; d) *Sisa*.

Pues bien: voy a demostrar cómo el compilador peca contra las más elementales disposiciones metodológicas, y hasta donde alcanza su indigencia del conocimiento real de las cosas que trata.

Según se habrá advertido, incluye a los diezmos eclesiásticos entre las contribuciones constantes aplicadas al comercio, y lo hace con tanta soltura e inocencia que, verdaderamente, desconcierta. Dícenos en el prólogo que una de sus fuentes de consulta ha sido ¡nada menos! que el *Diccionario de jurisprudencia* de Escriche, y la referencia lo explica todo. El señor Levillier ha confundido los *diezmos reales* que, efectivamente, tenían que hacer algo con el comercio, pero que no existieron en América, ⁽¹⁾ con el diezmo propiamente dicho, que era el tributo de la décima parte de los frutos de la tierra que, desde antiguo, pagaban los fieles a la Iglesia, y que por concesión apostólica pertenecía en las Indias al rey. ⁽²⁾ La misma transcripción que él hace de Solórzano, así lo evidencia.

El asunto no tiene posible objeción, pues la de que de una u otra manera — por vía eclesiástica o por vía fiscal — los comerciantes estaban sujetos a la contribución de referencia, es totalmente equivocada. El diezmo se pagaba en especie y no en dinero efectivo, ⁽³⁾ y, además, no formaba parte de la Real Hacienda,

(1) Véase: Pérez y López: *Teatro de la legislación*, edición de 1796, tomo XI, pág. 42 y siguientes.

(2) Idem, pág. 1.

(3) Consúltese la *Recopilación*, libro I, título XVI, leyes I y siguientes. El señor Levillier, que las inserta, parece no haberlas leído.

cosa que equivale a decir que no era un *impuesto fiscal*, como pretende el señor Levillier. Y para decir esto me apoyo en el contenido del reglamento del diezmo que va insertado en la cédula circular del 13 de Abril de 1777, donde se lee esta real declaración: *aunque el ramo de Diezmos no se le puede ni debe denominar de Real Hacienda, ni tratarse como los otros de ella, conservo Yo el directo dominio...* (1)

¿Se necesita una demostración más precisa de que el señor Levillier no conoce el asunto? Pero vamos a admitir que el diezmo haya sido lo que él supone, y recorramos la parte que le dedica en el tomo I de estos malhadados *Estudios editados por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, para ver si allí se cumple *esa visión de conjunto* que nos anuncia el compilador en su claudicante prólogo.

III

Comienza el apartado con una transcripción de la *Política Indiana* de Solórzano, tomada de una edición que los eruditos desconocen (2), y tan mal elegida que la *visión de conjunto* del complicado asunto del diezmo se reduce a dejar establecido que el Papa Alejandro VI cedió los diezmos a los reyes españoles; que estaba dentro de su facultad hacerlo y que los tribunales civiles eran competentes para entender en los asuntos contenciosos relativos a ellos. Todo lo demás que Solórzano trae acerca del mecanismo legal del tributo, y que es mucho, ha sido pasado por alto (3).

Hay, aparte de esta observación, otra más seria que hacer. Solórzano, cosa que debía saber el señor Levillier, no es suficiente información para conocer toda lo que respecta al régimen legal

(1) Esta cédula se halla en el Archivo General de la Nación, en el legajo de cédulas correspondientes a 1777 y, también, en el de Indias, que es en el que ha trabajado el señor Levillier.

Es de advertir que en las postrimerías del régimen colonial, en cédula del 30 de Mayo de 1801, publicada en Buenos Aires en el tomo IV, pág. 75 del *Telégrafo Mercantil*, el monarca declaró lo contrario, pero al solo efecto de la puja en los remates.

(2) El señor Levillier deja constancia de que transcribe lo que inserta de la edición de: *Madrid, 1739*. Y esta edición es desconocida, pues las reales son: la 1.ª, Madrid, 1648; la 2.ª, Amberes, 1703, y la 3.ª, Madrid, 1776. Esta última es para algunos de 1736, pero para nadie de 1739.

(3) Consúltese la *Política Indiana*, edición de 1703, en las siguientes páginas: 99, 101, 103, 270, 271, 349, 350, 351, etc.

del diezmo. Su *Política Indiana* apareció en 1648 y él murió seis años más tarde. Quiere decir, entonces, que sus noticias sólo alcanzan a mediados del siglo XVII, y que como con el tiempo, especialmente después de la entrada de los Borbones al gobierno de España, las instituciones se fueron transformando, el contenido de su *Política* no sirve sino para su época. Pretender lo contrario importa un despropósito semejante al que representaría el intento de noticiar la actual organización constitucional de nuestro país con sólo el Estatuto Provisorio del año 15. Con posterioridad a Solórzano el régimen del diezmo se modificó y semejante cosa no la debía haber olvidado el señor Levillier, quien nos previene en su prólogo que para dar la más cabal *visión del conjunto*, inserta, sobre cada tópico, documentos de diversas épocas.

Y si falla en esto de la transcripción de Solórzano, el traspiés se acentúa cuando después de copiar algunas de las leyes de la *Recopilación*, que se refieren al diezmo, reproduce lo que cree pertinente de la Ordenanza de Intendentes de 1803, con este encabezamiento que es beatíficamente risueño: *La ordenanza de 1803 contiene sobre el ramo el solo artículo 155*.

El señor Levillier ignora que la Ordenanza que cita no se aplicó, y, sobre todo, no parece conocer ni de oídas la Ordenanza de 1782, cuerpo legal importantísimo, que tiene consagrados los artículos 150 a 177, a determinar todo lo que se refiere al engranaje legal del diezmo.

Pero ¿a qué entrar en detalles, cuando basta la simple constatación de lo apuntado, para evidenciar que el señor Levillier no estaba capacitado para *coordinar* y *publicar* documentos bajo el alto patrocinio de la Facultad de Derecho? Por lo demás, salta a la vista que de haber sido tolerable la transcripción de un texto — que después de todo no es un documento original — el que podría haberse insertado es el de don Antonio Xavier Pérez y López: *Teatro de la legislación universal de España e Indias*,⁽¹⁾ donde se hallan, por orden cronológico, todos los cuerpos legales y todas las decisiones no recopiladas, hasta los últimos años del siglo XVIII. Estoy seguro de que esta obra no era conocida por el señor Levillier cuando *coordinó* los *estudios* que edita la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

El postrer baluarte que restaría al compilador para su defen-

(1) Madrid, 1791-1798, 28 tomos.

sa, después de todo lo que llevo dicho, podrían constituirlo los *documentos originales*. Pero, vamos a analizarlos para desvanecer hasta esta última esperanza.

IV

Son diez. El primero, de 1555, es una instrucción real para que el obispo del Río de la Plata, luego que llegue a ella, tome cuenta a los que corrieron hasta entonces con el cobro del diezmo. Tiene el solo interés de establecer el hecho histórico de que esto se mandó hacer; y nada más.

El segundo, de 1569, es un acuerdo entre el teniente de gobernador y los oficiales de la Real Hacienda del Río de la Plata, por el que se decide confiar el cobro de los diezmos al tesorero de S. M. Vale como antecedente legal.

El tercero, de 1646 — un siglo después — es una carta de los Oficiales Reales de Buenos Aires, *avisando la llegada del gobernador don Jacinto de Lariz y del obispo fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, y pidiendo se conceda a la ciudad los dos novenos de diezmos para la construcción de un seminario*. Mi miopía me impide advertir aquí la *visión de conjunto* de que habla el señor Levillier.

El cuarto, de los años 1647 a 1649, que ocupa 27 páginas impresas es una ; información levantada por el obispo Mancha, denunciando de qué manera el gobernador Lariz violó la inmunidad eclesiástica y expulsó a los alumnos del seminario y en el que, de paso, pide la concesión de los novenos! Como se puede echar de ver, aquí se colma la medida.

El quinto documento, de 1682, no tiene nada que ver con los diezmos en el Río de la Plata.

El sexto, de 1746, es de importancia y se refiere al diezmo de los indios, pero tal como vá, sin antecedentes, resulta fragmentario. De los restantes puede decirse lo propio.

Los diez documentos que trae el señor Levillier no dan la *visión de conjunto* de nada que no sea de su poco acierto en la elección de las piezas. Faltan en él documentos tan capitales como son las erecciones de las diócesis, en las que el asunto del diezmo está perfectamente en evidencia, y de donde arrancan todas las incidencias contenciosas que el tributo tuvo en esta región, que he expuesto al detalle en los dos tomos de mi obra: *Historia Eclesiástica del Río de la Plata*. Además, faltan todas aquellas otras pie-

zas que precisan lo que respecta a la organización del diezmo y a su cobranza sobre especies particulares. Porque en el Río de la Plata — y esto era lo que más interesaba dejar establecido — todo fué de excepción en esta materia. Los diezmos, no obstante la ley que mandaba distribuir su monto en cuatro partes, eran repartidos en tres, por haberlo determinado así la erección de la diócesis, y su cobro se hacía sobre cosas no señaladas como comprendidas en la obligación del tributo. Tal la cal, el ladrillo y el sebo. En el Archivo de Indias se halla toda la documentación del caso, que yo, personalmente, he estudiado allí y he exhibido en mi ya citada obra.

V

Para que todo no sea simple censura a la labor ajena, y para que los interesados sepan cuántas son las piezas que faltan al *corpus* del señor Levillier, he aquí su nómina:

1548. — Erección de la diócesis de la Asunción, hecha en Aranda del Duero, el 10 de Enero de ese año. (*Archivo de Indias, Patronato, est. 1, caj. 1, leg. 2*).

1556. — Carta de Juan de Zalazar, de 20 de Marzo, en la que noticia de varias cosas importantísimas acerca de lo que sucedía en la Asunción respecto a diezmos, que nadie quería pagar. (*Cartas de Indias, pág. 579*).

1580. — Carta de los oficiales de la Asunción, fechada el 11 de Marzo, que informa acerca de todo lo ocurrido con el diezmo hasta ese momento. (*Archivo de Indias, 74-4-23*).

1586. — Carta de los oficiales reales de Buenos Aires, del 2 de Marzo, que complementa la anterior. (*Archivo de Indias, 74-4-27*).

1587. — Carta del tesorero Montalvo, del 23 de Agosto, complementaria, a su vez, de la anterior. (*Archivo de Indias, 74-4-27*).

1586. — Declaración de la Audiencia de la Plata, de 6 de Febrero, sobre que no se haga novedad en los diezmos. (R. de la Biblioteca, tomo III, pág. 132).

1587. — Provisión, del 12 de Agosto, sobre ídem. (Idem, página 135).

1588. — Provisión del 20 de Agosto. (Idem, pág. 143).

1622. — Erección de la catedral de Buenos Aires, 12 de Mayo. (*Archivo de la Notaría eclesiástica de Buenos Aires, leg. 166, núm. 1*).

1625. — Auto del obispo de Buenos Aires, del 1.º de Noviembre, sobre cobro de diezmos del ganado cimarrón y de los frutos silvestres, y actitud del Cabildo de Buenos Aires. (*Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires*, tomo V, págs. 215, 216, 218, 224).

1765. — Cédula del 14 de Enero, sobre que en la distribución del diezmo se cumplan las Leyes de Indias. (*Archivo General de la Nación*).

1767. — Cédula del 17 de Enero, reiterando la anterior. (Idem).

1767. — Cédula del 6 de Marzo, sobre cumplimiento del contenido del auto de erección de la diócesis. (Idem).

1772. — Cédula del 7 de Noviembre, ordenando que no obstante lo dispuesto en la erección, se distribuyan los diezmos en cuatro partes. (Idem).

1774. — Cédula del 19 de Octubre, reservándose el rey el nombramiento de los contadores de diezmos. (Idem).

1775. — Cédula del 29 de Junio, reiterando enérgicamente la cédula del 7 de Noviembre de 1772. (Idem).

1777. — Cédula circular del 13 de Abril, reglamentando todo lo relativo al diezmo. (Idem).

1786. — Cédula del 23 de Agosto, ampliatoria de la anterior. (Idem).

1796. — Cédula del 23 de Diciembre que revocó y anuló toda excepción de pagar el diezmo. (Idem).

1801. — Cédula del 23 de Mayo, aclaratoria de la anterior en lo relativo a los indios. (Idem).

1801. — Cédula del 31 de Mayo, en la que se declara que los diezmos son *rentas reales*. (Idem).

1804. — Cédula del 28 de Noviembre, por la que se manda que se saque una novena parte de los diezmos para la consolidación de los vales reales. (Idem).

*

Sólo he apuntado una pequeña parte del copioso caudal documental que hace al diezmo. Cotéjese con lo publicado por el señor Levillier, y se verá hasta donde es paupérrimo su *corpus*.

¿Y habrá que insistir más en que son deliciosamente ingenuos estos dos tomos de *Estudios editados por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales?*

RÓMULO D. CÁRBIA.

Octubre. 1915.

REMY DE GOURMONT (1)

Ha muerto en París Remy de Gourmont.

Desaparece con él uno de los escasos hombres de letras que, en medio de la Europa enloquecida, mantienen todavía en alto los derechos inviolables y la libertad del pensamiento individual contra las explosiones de la imbecilidad humana.

El desencadenamiento tempestuoso de la barbarie, que va ahogando en un océano de sangre los restos de la civilización cristiana, debieron conmoverle apenas, porque Remy de Gourmont no tenía ninguna esperanza en el género humano. Era de una indiferencia afectiva desolada, y ningún otro pensador pudo con más derechos que él repetir como suya la frase de Descartes: me paseo entre los hombres como en una selva.

Estudiaba los caracteres humanos con la frialdad científica con que un botánico clasifica sus plantas, y el infinito espectáculo de la imbecilidad común, lejos de llenarle el corazón de amargura como a Maupassant o a Flaubert, le interesaba con un sentimiento de curiosidad en el que se mezclaba la ironía al desprecio.

Este sentimiento impregna toda su producción literaria, desde la aparente indiferencia estética de sus primeros ensayos literarios hasta el valiente pesimismo de sus *Diálogos* o de sus *Epílogos*.

Pero en sus obras se respira, contra lo que pudiera suponerse, un aire de libertad que sólo se halla en las grandes alturas. No es un aire saludable a todos los pulmones. Para encontrarse a gusto en medio de estas cimas escarpadas que se pierden en el azul de los cielos, es necesaria una complexión intelectual robusta, una especie de preparación que sólo poseen las sensibilidades trabajadas por un pesimismo anterior, en cierto modo hereditario.

(1) Obras: poesías, novelas, ensayos literarios, críticos y filosóficos, publicadas por el *Mercur de France*.

Ningún otro escritor afirmó con más valentía que Remy de Gourmont, los resultados inútiles, peligrosos, antisociales del ejercicio de su inteligencia y, no obstante, pocos escritores ejercieron esta facultad, rara y perjudicial, de un modo más penetrante, más implacable, de como él lo hizo, con una libertad y una soberanía individual como las suyas, con un abandono tan absoluto como el suyo de toda fe y de todo deseo de certidumbre.

Era esencialmente un «espíritu libre», uno de aquellos hermanos ignorados con los que soñaba Nietzsche. Al responder al envío que le hice de algunos artículos que sobre sus obras publiqué en *La Nación*, en 1910, y en los cuales establecía yo cierta ligera filiación entre sus ideas y las de Nietzsche y de Taine, Gourmont me advirtió muy acertadamente:

«Un espíritu tiene por antepasados a todos los espíritus. La herencia intelectual es tan complicada como la herencia física. Me sería muy difícil decir cuales han sido los libros que tuvieron sobre mí mayor influencia. Tal vez Schopenhauer. Fué él quien me enseñó la filosofía. Los otros vienen mucho después».

¿Hay que explicar que en Schopenhauer no *aprendió* el pesimismo? El pesimismo es una cuestión de temperamentos, en la cual coincidió alguna vez con el autor de *El Mundo como Voluntad y Representación*. Lo que aprendió en él fué a filosofar. La fórmula de todo subjetivismo y de todo idealismo que Schopenhauer había ya sintetizado en el mismo título de su magna obra, era para Remy de Gourmont como una fortaleza inexpugnable, desde la cual lanzó sus formidables arietes contra las absurdas decoraciones y demás tramoyas con que los hombres esconden a sí mismos la dura y fría impasibilidad de la naturaleza.

Como novelista, como crítico literario, como filósofo, y hasta como poeta, la obra total de este escritor independiente es de un extraordinario poder educativo, si debemos considerar como nuestros mejores educadores a aquellos escritores que nos ayudan a buscar nuestro propio fondo.

La base de la inteligencia común es una red estrecha de prejuicios tradicionales y lugares comunes. Contra ellos, contra el fondo común de la inteligencia humana, Remy de Gourmont aplicó los instrumentos de un extraordinario talento particular y naturalmente constituido para el análisis ideológico. Es por eso que la lectura de sus libros tiene sobre el espíritu una influencia en cierto modo higiénica, depurativa.

Su acción es comparable a la de los grandes demolidores intelectuales, a la de Nietzsche o a la de Stirner, si bien la obra del escritor francés carece de esa chispa de vida, de esa efusión calurosa del ánimo, de esa nota de apasionamiento, de humanidad, de verdad vivida, que poseen las obras de los dos pensadores alemanes, y que deriva de una cualidad rara, misteriosa, indefinible, la cualidad genial.

Sin grandes ambiciones y sin altas esperanzas, Remy de Gourmont cumplió una enorme tarea en el mundo. Aislado de la sociedad de los hombres, tanto por repugnancia interior y odio instintivo de la mediocridad, como por causa de un horrible mal que le deformaba el rostro; metido como en una cueva en una miserable habitación de una casa de la Rue des Saints-Pères, de la cual sólo salía por las noches para hacer un paseo higiénico por el cercano Boulevard Saint-Germain; sin recibir ni hacer visitas; viéndose apenas con dos parientes que le ayudaban a vivir, este hombre intelectualmente tan bien dotado vivió tan sólo para sí, lejos del mundo, preocupado de desarrollar su espíritu, de desenvolver las cualidades que le distinguían; escribiendo libros así como las plantas dan flores y frutos, y de cuya imperfección se consolaba soñando con los libros que hubiera querido escribir y sin más esperanza ni más ambición que, al contacto, al eco de su obra, vibrara, quien sabe dónde, algún otro espíritu parecido al suyo. No fué un hombre de genio, pero fué un gran pensador.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

TEATRO NACIONAL

Apolo.— *Los cimientos de la dicha*, comedia en tres actos del señor Emilio Berisso; *El distinguido ciudadano*, comedia satírica en tres actos de los señores José Antonio Saldías y Raúl Casariego.

El señor Emilio Berisso ha llegado un poco tarde a la labor literaria. Debemos, francamente, lamentarnos de ello porque de haberla iniciado, activa, en su juventud, acaso nos tuviera dadas al presente varias obras de mérito positivo. Ha comenzado en plena madurez y su labor, bien que encomiable, resiéntese de inexperiencia. De cualquier modo, debe alegrarnos que personas como el señor Berisso que dedicaron a la literatura los ocios de sus primeros años, vuelvan a ella con renovado entusiasmo.

En *Los cimientos de la dicha*, el señor Berisso nos presenta un hogar argentino de nuestro tiempo puesto en serio trance por infelices especulaciones económicas. La ruina está inmediata y es segura. Sólo una ley que expropie sus campos de Río Negro podrá salvarle, conservando el prestigio de la casa. ¿Cómo obtenerla? Las relaciones que la familia Robles tiene en el mundo parlamentario y oficial harían posible su sanción si a ella no se opusiera la palabra vigorosa e influyente de Gaston Gilbert, diputado de un partido popular. Nada puede torcer a éste en su propósito político, ni la amistad que transige, ni el amor que vence. Hombre de doctrina y de acción, empeñado en llevar a la conciencia de todos los principios de su credo, ¿se inclinaría complaciente a las insinuaciones de Clara, ricahebra de la familia Robles, o al amor puro que siente por Nenia, hermana de aquélla? Inflexible en su propósito opositor, Gastón Gilbert es apartado de la casa de los Robles, es odiado y combatido. En tanto, Nenia, mujer débil y sensitiva, agrava del mal que la roe. Sólo la vuelta de Gilbert y la felicidad de la familia pueden mejorarla. Aquél es advertido del peligro que Nenia corre y decide su vuelta, a cual-

quier precio, aun por la claudicación de sus ideales políticos. Y así, ante galerías que en el parlamento aplauden su combatividad y su fe, Gastón Gilbert sostiene un proyecto que igualmente salvará a la familia Robles. El amor le ha llevado al suicidio político, pero en aquél, y no en la vida pública, están «los cimientos de la dicha».

El señor Berisso ha resuelto el caso de conciencia presentado a Gilbert, del mismo modo que Paul Bourget resolviera en *Le Tribun* el caso de Claude Portal. En ambas obras se sacrifican las ideas por los sentimientos, y así como Portal no puede condenar impasible la falta de su hijo, Gilbert tampoco puede saberse culpable de la muerte de Nenia. Lástima, sin embargo, que el señor Berisso no haya analizado minuciosamente las ideas y las pasiones de Gilbert. Apenas le vemos actuar, siendo el personaje cuya psicología debió sernos evidente. El verdadero drama se desarrolla en torno a él, no en casa de los Robles. El autor de *Los cimientos de la dicha* ha preferido, por el contrario, mostrarnos las inquietudes de un hogar en ruina, y dar tiempo a la solución del tercer acto con escenas sin propósito justificado. Es éste un error reprochable. Ha escrito un último acto débil, poco interesante, mediocre técnicamente.

Y es de lamentarlo. Pudo tratar el asunto con novedad y vigor, pero no ha logrado aquélla, ni se siente en su obra la garra de verdadero hombre de teatro.

— De hacerse un estudio de los tipos que más comicidad dan al teatro, sin duda alguna el político y el provinciano serían tratados con especial detenimiento. El político, maestro de argucias, de audacias, de claudicaciones, llegado generalmente a la vida pública por el azar de una aventura o por impulso de su ambición, es ser tan risueñamente ridículo que pocas veces se salva de picaresco análisis. Igualmente el provinciano, que en el teatro europeo es modelo de ingenuidades, de inocencia, de estrafalarias andanzas, rastacuero a veces, despreocupado por lo común.

Imagínese, pues, lo que un personaje político y provinciano — y criollo, para colmo — puede sugerir a autores de traviesa observación como los que han escrito *El distinguido ciudadano*.

Don Gregorio Palleja algo tiene del «nieto de Juan Moreira», creado por Payró. Llega a la política por accidente, no por vocación decidida. Nacidos para la aventura, uno y otro alcanzan la

notoriedad, los aplausos públicos y la consideración social. Ignorantes, audaces y provincianos, fatalmente terminarían en la política, que ha sido la gran madre de cuantos sin méritos, sin virtudes y sin conciencia rodearon, en nuestra última época histórica, las figuras predominantes. En este sentido, Gregorio Palleja como Mauricio Gómez Herrera son tipos representativos.

Palleja no es malo como, por lo común, lo fueron otros políticos de su mismo origen. Buen muchacho, divierte en París a sus compatriotas bohemios. Las ambiciones de un tonto enriquecido le deciden por la política, y con el propósito de imponer la candidatura de aquél, Palleja llega a Buenos Aires. Hubiera continuado «bon viveur», si la traición del hombre por quien luchaba no hubiera puesto en peligro su suerte y su prestigio naciente, y hubiérase considerado una insignificancia, si la estupidez y el candor ajenos no tomaran en serio su elocuencia tropical y burlona. Los acontecimientos y las gentes le hacen «distinguido ciudadano».

Pocas ideas le orientan, pero una máxima le guía: «hay que cuidar el detalle». Ella revela su psicología particular. No es, ciertamente, el detalle de lo que más cuidan los políticos criollos para asegurar el triunfo. De este modo, la máxima de Palleja más bien que de provinciano arribista es de un astuto hombre de mundo. Por su práctica lógralo todo, hasta el compromiso con la mujer millonaria que procura lustre a su apellido.

Los señores Saldías y Casariego han escrito una buena obra y han moldeado muy bien un personaje. Esperemos que labor tan afortunadamente iniciada dará a sus autores buenas enseñanzas. Es fácil cuando se logra éxito con una comedia satírico-jocosa, acentuar la nota cómica descuidando la artística. Y, de veras, sentiríamos ver los nombres de Casariego y de Saldías firmando sainetes o «revistas», género a que se han dedicado tan empeñosamente algunos jóvenes comediógrafos que en su iniciar fundaron muchas promesas.

JULIO NOÉ.

CRONICA MUSICAL

Los conciertos sinfónicos del Colón.

Bajo la dirección de un eximio artista, el maestro francés M. André Messenger, se desarrolla actualmente en el teatro Colón la más trascendental y brillante manifestación de arte que ha tenido el honor de presenciar el público de Buenos Aires.

Esta temporada de conciertos sinfónicos marca una época para nuestra cultura musical y abre una era nueva para el adelanto artístico del público porteño, al brindarle la ocasión de oír las más renombradas obras de los grandes compositores, dirigidas por un artista de primera fila y ejecutadas por una excelente orquesta.

La actitud del auditorio, en cada concierto más numeroso, no puede ser ni más respetuosa ni más entusiasta, sumamente halagador esto, desde que prueba que es posible tener cada año una temporada sinfónica con seguridad de éxito.

Dicha actitud, que para muchos es milagrosa, se debe en parte al talento del maestro Messenger, cuyas impecables ejecuciones que nada tienen que envidiar a las líricas de Toscanini y Mancinelli, hacen desaparecer el estado de inferioridad en que ha vivido entre nosotros el arte sinfónico, debido a los directores discretos o mediocres, trayendo como resultado lógico, que las personas que poseen sentido estético y artístico, llegan a apreciar un arte por ellos desconocido o por lo menos conocido en malas condiciones artísticas.

Es, pues, al gran director francés y a la empresa que lo ha contratado, a quienes debe agradecer el público el nuevo goce espiritual que ha descubierto este año.

M. André Messenger llegó a Buenos Aires precedido por una gran fama, que ha demostrado ser merecida, pues sus ejecuciones son admirables. Su orquesta es clara, de una asombrosa nitidez,

que pone en evidencia los detalles más nimios, todos los dibujos orquestales, aun en los más fuertes «crescendos», de modo que es posible seguir el desarrollo de las obras, sin perder una belleza, sin que pase desapercibido un efecto. A esto, debemos agregar la exquisita sensibilidad que sabe inculcar a los que dirige, una delicadeza de matiz muy francesa y ciertos efectos muy personales e imprescindibles, llegando de ese modo a la perfección, sin que ella se consiga en detrimento del conjunto y sobre todo del vigor.

Se nos había dicho que el maestro Messenger era frío en sus interpretaciones; nada más falso e injusto, pues composiciones oídas ya por ilustres batutas italianas — la muerte de Iseo o el preludio de Tanhäuser — no desmerecieron ciertamente con el maestro francés, en cuanto a vigor pasional y acaso ganaron algo en nitidez y delicadeza.

A nuestro juicio, este director, que posee en grado extremo las cualidades peculiares de su raza: la claridad, la medida y la distinción, es ideal para la música sinfónica, hasta hoy patrimonio de Francia, Alemania, Hungría, Rusia y países escandinavos, donde la vehemencia meridional a la cual estamos habituados, es disonante, tanto por razones de temperamento y de raza, como por la ausencia de sentido dramático efectista semejante al que impera en el teatro.

Lamentamos que por razones de espacio, no nos sea posible extendernos, como lo deseamos, sobre la ejecución e interpretación, así como sobre la crítica de las obras oídas. En cuanto a lo primero, diremos que han sido perfectas y novedosas, al punto que obras oídas muchas veces, como la «sinfonía Heroica de Beethoven», parecieron una composición nueva, cuyas innumerables bellezas ignorábamos.

La distinguida cantatriz francesa Mlle. Geneviève Vix, tan aplaudida este año en «Le Jongleur» y «Manon», canta dos obras en cada concierto, logrando un éxito digno de su temperamento, de su talento y de su hermosa voz.

Apartando las obras conocidas por nuestro público y cuyo único interés ha residido en su impecable y personal ejecución, nos concretaremos a las que escuchamos por vez primera y a las que no forman el repertorio habitual.

En el primer concierto, después de la *revelación* de la tercera sinfonía de Beethoven y de una hermosa ejecución del «Encantamiento del Viernes Santo» de Parsifal, oímos la *Rapsodia norue-*

ga de Eduardo Lalo, obra de colorido, de interesante y brillante instrumentación, a la que sólo se le podría reprochar el abuso de los violines. De los dos tiempos, andante vivace y adagio allegro, preferimos el primero, pues es el menos objetivo y efectista.

El segundo concierto, constaba de la *sinfonía en re menor* de César Franck, que no obstante la noble belleza de sus ideas y su impecable estructura, no produjo el efecto que se podía esperar del genial autor del «preludio, coral y fuga» del «quinteto» y de la «sonata» para piano y violín, sin duda a causa de cierta monotonía de la orquesta, especialmente en el primer movimiento. Parece ser que aquélla no era la parte fuerte de Franck.

En cambio, la *Procesión*, cantada con exquisito arte por Mlle. Vix, nos reveló la verdadera alma del gran compositor franco-belga; esa alma mística y serena, que en nuestra época de sensualismo, aparece renovando la tradición de Bach y Haendel.

La *sinfonía inconclusa* de Schubert, que es imposible oír sin un sentimiento de tristeza al evocar la prematura muerte de este «poeta» de la música, contiene las grandes bellezas melódicas, la ingenuidad y distinción de ideas peculiares a su autor; oyéndosela con agrado, no obstante su instrumentación algo primitiva.

Este concierto finalizó con el *Capricho español* de Rimsky-Korsakoff, de instrumentación deslumbrante y llena de atrevimientos y novedades, verbigracia, el solo de violín acompañado por el tambor. Su intenso colorido orquestal es más moscovita que ibérico y su tendencia es absolutamente objetiva. El alma de España permanece cerrada, siendo únicamente una visión exterior y superficial la que sugiere la brillante «suite» del compositor ruso.

Señalaremos en la misma velada, dos magistrales ejecuciones: la de la *ouverture «Egmont»* de Beethoven y la del «Preludio y Muerte de Iseo» del Tristán, que el público aplaudió con entusiasmo.

El tercer concierto — el menos interesante — comenzó con la célebre *sinfonía italiana* de Mendelssohn, cuya ejecución fué una maravilla de expresión y claridad. Esta obra que es un modelo arquitectural, tanto por su desarrollo como por su instrumentación, adolece de un defecto capital, a nuestro juicio, la carencia de sincera emoción, especialmente en el primer y último movimiento. En Arte, los judíos — Mendelssohn lo era — como las mujeres, saben imitar a la perfección, logran hacer cosas tan

bellas y difíciles como sus antecesores, pero muy raras veces llegan más allá; además, su emoción no es ni espontánea ni personal, de suerte que no ocupan nunca en la historia del arte, el puesto prominente reservado a artistas de otras razas o de otro sexo. Esta sinfonía prueba con elocuencia lo que adelantamos, pues si bien su parte «técnica» o de «oficio» es perfecta, en cambio es muy inferior a las grandes sinfonías de Beethoven en cuanto a emoción, personalidad y significado dentro de lo que a la música se refiere.

La *ouverture Manfred*, de Schumann, una de las raras obras de aliento de este compositor, demuestra que era capaz de concebir y realizar grandes poemas orquestales, sin perder sus cualidades peculiares; a pesar de todo, preferimos al Schumann de los admirables «*lieders*» y de las obras para piano y música de cámara...

La *sinfonía militar en sol mayor* de Haydn, tiene un gran interés histórico, puesto que su autor fué el creador de esta forma orquestal y por lo tanto abrió el camino a Beethoven, y a los modernos. En esta obra no impera, como podría creerse por su título, el espíritu épico; no, el mismo segundo tiempo, el más marcial, es de un militarismo de peluca empolvada y de espadas con bomboneras; las ideas elegantes y sencillas, conservan aún toda su belleza y toda su frescura. A pesar de ello, si el primer tiempo se oye con sumo placer, cuando llega el último, tanta ingenuidad y serenidad causan algún cansancio. Nuestra sensibilidad está muy alejada de la de Haydn, no la comprendemos ni sentimos totalmente; necesitamos las fuertes, inquietas y sensuales obras modernas, que acaso no vivirán tanto como aquéllas, pero que responden más a las necesidades espirituales de nuestra época.

El cuarto concierto, sólo nos dió una novedad: la brillante *ouverture Patrie*, de Bizet, muy influenciada por la marcha húngara de la «*Condenación de Faust*» de Berlioz y que nada agrega al buen renombre del autor de «*Carmen*».

El conocido y hermoso poema sinfónico de Saint Saens, «*La danse macabre*», fué interpretado como sabe hacerlo *Messenger*, pareciendo que, a pesar de ser harto oído, se descubrieran nuevas bellezas.

En el quinto concierto, se ejecutó la admirable sinfonía quinta de Beethoven, con una perfección semejante a la de la «*Heroica*». El gran genio alemán, tiene en *M. Messenger* uno de los más

brillantes intérpretes de nuestra época. Después oímos, con la orquesta de siempre, el poema sinfónico «La mort d'Omphale» de Saint Saëns, una «suite» de la «Arlesienne» de Bizet, obra de gran colorido e inspiración, y el «rondó caprichoso» de Saint Saëns, para violín y orquesta, estando a cargo la parte de violín, del señor Amore, quien acreditó ser un artista de temperamento.

Leónidas Piaggio.

En la sala de audiciones del Conservatorio Buenos Aires, hizo-se oír el talentoso violoncelista don Leónidas Piaggio, artista de raras e envidiables dotes, que a pesar de su modestia, está conquistando una fama bien merecida, por cierto, en el mundo musical argentino.

Piaggio domina la mecánica del violoncelo con una maestría admirable; mas, tratándose de un instrumentista ya formado no es esta cualidad la que pueda llamar la atención, pero sí la emoción y la interpretación personal que sabe dar a las obras que ejecuta, y que evidencian un temperamento y una comprensión a la que sólo llegan los artistas de verdad.

El concierto comenzó con la hermosa sonata para piano y violoncelo, op. 52 de Alberto Williams — a nuestro juicio una de las más perfectas y bellas de ese compositor — obra llena de dificultades que fueron salvadas magistralmente por Piaggio y su acompañante Abel Rufino y que permitió a aquél lucir, ora su temperamento fogoso, ora su delicadeza, sin que decayera un solo instante la perfección de ejecución. Sin embargo, esta sonata en la que Williams ha unido su ciencia consumada a una gran emoción, no es de las que sale airoso un artista mediocre, puesto que si no domina su técnica, las dificultades le obligan a una constante preocupación que neutraliza su temperamento y que si esta no existe, la obra pierde lo más noble que posee. El concertista salió airoso de la difícil prueba; el auditorio pudo deleitarse en las grandes bellezas melódicas y armónicas que posee esa noble obra, y al aplaudirla, no sólo premió el talento de su autor, sino que hizo justicia a un violoncelista que debe hacerse oír más frecuentemente.

Los demás números del programa fueron: la canción triste de Tschaiowsky, matizada con suma delicadeza; adagio de Locatelli, vieja música que bajo el arco de Piaggio conserva toda su

antigua frescura; la romanza op. 26 de Svendsen y la danza de Silfos de Popper, cuyas dificultades de ejecución fueron salvadas con maestría, siendo larga y calurosamente aplaudidos el concertista y su excelente acompañante.

Esperamos que Leónidas Piaggio, venciendo su modestia, nos proporcionará el placer de oírle y aplaudirle fuera del Diapasón, pues para un concertista como él es un deber contribuir por medio de numerosas audiciones a la difusión de su arte.

Sociedad argentina de música de cámara.

Conmemorando el quinto aniversario de su fundación, la Sociedad Argentina de Música de Cámara, dió el 27 de Septiembre una audición extraordinaria, en la que se ejecutaron el quinteto óp. 18 de Mendelssohn, la sonata núm. 5 de Beethoven y el octete óp. 3 de Svendsen.

En las cuarenta y cuatro audiciones que hasta esa fecha había dado esa sociedad, se ejecutaron más de noventa obras de música de cámara de los más renombrados compositores europeos. Esto basta para evidenciar el considerable aporte de esta asociación a la difusión de un arte, que por lo mismo que está alejado del efectismo del teatro y de la grandiosidad de la música sinfónica, es más difícil implantar en un ambiente como el nuestro. Sin embargo, Fontova y sus compañeros de tareas y de... sinsabores, algunas veces, han logrado triunfar, donde tantos fracasaron, y hoy pueden estar orgullosos de su obra.

Todas las tendencias, todas las escuelas y todas las épocas se han visto representadas en este verdadero torneo de arte por sus obras significativas, desde el venerable y genial Bach, hasta el modernísimo Debussy, pasando por los grandes compositores que honran a la música, de suerte que los que han seguido con asiduidad los conciertos Fontova, han oído lo más notable que ha sido escrito en música de cámara.

No conformes con esta brillante y única serie de audiciones, esta asociación ha querido probar este año que no es el lucro lo que la ha impulsado a luchar con tanto entusiasmo, y ha instituído conciertos gratuitos, para que los desheredados de la fortuna puedan también gozar de las bellezas del arte, que hasta hoy era patrimonio de los pudientes. Esta iniciativa altruista y patriótica, merece ser mencionada con honor en un país como el

nuestro, donde los gobiernos tan poco se preocupan del pueblo, que es necesario que una institución particular les recuerde su existencia y le dedique generosamente veladas artísticas.

Para completar esa obra cultural, se ha comenzado a dar cabida en los conciertos, a composiciones de jóvenes artistas argentinos. Ya hemos hablado de la bella sonata para piano y violín del joven violinista Juan J. Castro; hoy nos ocuparemos, algo tarde es cierto, *del trío en la mayor* para violín, violoncelo y piano de don José Gil.

Con esa obra, el joven compositor ha hecho un brillante debut, que indica claramente que antes de presentarse al público a recoger laureles *d'estime*, ha preferido estudiar modesta y silenciosamente hasta dominar su arte, para surgir luego con un trío, donde a pesar de ciertos pequeños defectos que han creído ver ciertos críticos en «técnica», imperan cualidades inherentes a los artistas de verdad; éstas son: emoción, delicadeza, espontaneidad y novedad expresiva, es decir, todo aquello que da vida a los moldes clásicos; lo más difícil en música de cámara, donde no son posibles los grandes efectos del teatro que suelen tapar ciertas fallas del temperamento.

La obra de Gil, está dividida en tres tiempos — allegro apasionato, andante quasi adagio, allegro molto; — de éstos, preferimos el primero y el segundo, sin querer decir con ello que el tercero nos parezca poco apreciable. No, en toda la obra impera una noble tendencia y una espontaneidad que mucho dice en favor del porvenir artístico de este talentoso compositor; pero el «allegro apasionato», nos sedujo por la fluidez de las ideas y su emoción y el «andante quasi adagio», por la perfección de su factura, a la que se unen ideas nobles y bien desarrolladas y armonizaciones modernas de bello efecto. En resumen, la obra de José Gil es una de las que acreditan un talento bien orientado y que prueban sus grandes dotes para la música de cámara, género difícil, por cierto, puesto que su misma sencillez no permite «les sources du métier» y su carencia de efectismo no lo hace interesante al auditorio si no aparece en las obras sensibilidad y emoción.

GASTÓN O. TALAMÓN.

A LA MEMORIA DE LUIS IPIÑA

El día 12 del corriente cumpliése el primer aniversario de la muerte del que fué nuestro colaborador y amigo, Luis Ipiña, bello espíritu malogrado antes de dar de sí todo lo que hacía esperar.

A iniciativa de NOSOTROS sus amigos resolvieron costear por subscripción una placa que colocaron sobre su tumba, en el cementerio de la Recoleta, el sábado 16, con una sencilla y conmovedora ceremonia a la que asistieron el padre y el hermano del extinto. En nombre de NOSOTROS habló Roberto Giusti, en nombre de *La Mañana*, colega del que Ipiña fué redactor, Emilio Lascano Tegui.

La placa, artísticamente hecha en los talleres de Gottuzzo, lleva la siguiente inscripción:

A la memoria de Luis Ipiña, muerto en la flor de la edad, alma curiosa y serena, vida espontánea y libre de temprano filósofo, consagran este homenaje sus amigos. 1914-12 de Octubre-1915.

Han contribuído a costearla, los señores:

Guillermo Achával, Hugo de Achával, Coriolano Alberini, Pedro Arlía Ibarra, Raúl de Azevedo, Alfredo A. Bianchi, Carlos Octavio Bunge, Jorge Cabral, Alfredo Costa Rubert, Raúl R. Franchi, Roberto F. Giusti, Alfonso de Laferrère, Agustín N. Matienzo, Carlos F. Melo, Julio Noé, Alberto Núñez, Arturo Pinto Escalier, Emilio Ravignani, Horacio C. Rivarola, Gastón Federico Tobal y Francisco Uriburu.

A continuación reproducimos los discursos leídos:

De Roberto F. Giusti

Mi pensamiento no puede apartarse, cuando vuela hacia el amigo a cuya memoria ofrecemos hoy este piadoso homenaje, de aquella admirable noche de primavera en que velamos sus despojos mortales. Llegaba hasta la estancia desolada, en la que el noble padre se consumía en el dolor junto al féretro del hijo dilecto, la fragancia de las rosas y azahares de un jardín fronterero; y el silencio de la noche era roto por el rasgueo de una guitarra y el

canto dulce y enervante de algunos trasnochados vecinos. A haberse cerrado para siempre los ojos de Luis Ipiña en una helada y silenciosa noche de invierno, yo no hubiera sentido la mortal angustia de aquel velorio como la sentí en medio de aquella penetrante atmósfera de aromas y de sonos. Es que sentía entonces en toda su violencia, el contraste entre aquel cuerpo yerto del que había huído la vida que tanto amó, y la vida que llegaba hasta él todavía, como diciéndole: Levántate que es hermoso vivir.



Luis Ipiña

¡Cómo hubiese aspirado aquel perfume y embriagádose con la lánguida voluptuosidad de aquel canto que surgía quedo en la noche, él que tuvo un espíritu tan cálido, tan primaveral!

Nacido en una tierra solar, le encendían el alma las infinitas radiaciones del sol que en ella atesorara. La lentitud del paso, la parsimonia en los ademanes, podían engañar a los extraños, no a los que le conocíamos, que lo sabíamos apasionado y vibrante, en continua tensión intelectual y afectiva; a los observadores superficiales, no a quien leyerá en sus ojos de mirada aguda, ardiente y vivaz.

No le interesaban ni movían en la vida las exterioridades baladíes, las pompas vanas, todas aquellas cosas pequeñas, o tontas, o vacías — transitorias y artificiales — en que encuentra estímulo y satisfacción el afán de ser y figurar del común de los hombres; sí lo que en ella hay de real y permanente, que nos plasma y nos gobierna por los sentidos, su profundo significado que él trató de comprender y al que quiso amoldarse. De aquí su amor a la Naturaleza y a todas las bellas cosas creadas: las coloraciones del cielo, los paisajes de la tierra, los árboles, las aves, las mujeres, los niños. . . ¡Cómo se dilataban sus narices en la espesa quietud de las noches estivales, cuando juntos nos paseábamos bajo las arboledas de esta Recoleta y sus avenidas que han de mandarle todavía la caricia de sus perfumes y el rumor de su fronda ¡ay! en vano! ¡cómo en las tardes doradas resplandecía en sus ojos el goce de vivir, cuando, llegado a las barrancas de Belgrano, término habitual de sus paseos de poeta, lo penetraba la serenidad de la hora, lo enceguecía la luminosidad del sol, lo embriagaban los effluvios de las flores, lo regocijaba el jovial aleteo de los niños, turbábanlo las líneas de las mujeres, seducíanlo sus claros atavíos! ¡qué nostalgia sentía por su tierra natal, la arcaica Sucre, donde el cielo se profundiza en una intensa foscura acribillada de estrellas!

Su paso tardo lo llevaba siempre por las calles solas, en que todavía es posible descubrir, lejos del tumulto febril y torpe de la gran urbe, algún motivo de complacencia poética: algún rincón rústico, un mármol en el claro de un parque, una vieja pared tapizada de hiedra, un cándido rosal. . . O si nó, en medio de la muchedumbre, sus ojos sólo corrían tras el más dulce encanto de nuestra existencia: la mujer. Un blanco escote, un fino tobillo, fascinaban su temperamento de artista.

Alguien, fiel a su memoria, ha de recoger algún día las páginas dispersas en que esa su alma de poeta se manifestó con tan vivos colores y variados acentos. Releeremos entonces con el mismo deleite con que ya las leímos, vuelto a la vez más acre y más punzante por la consideración de la lejanía insalvable, aquellas páginas del «Carnet porteño» que escribió para *La Mañana* con resignada lentitud de perezoso, espoloneado por la obligación; y tendremos la sensación de conjunto de cuán admirablemente sentía y reflejaba la poesía de las cosas aquella alma profundamente romántica a su pesar.

Incurriría en un grave error quien dedujera de esto que Luis Ipiña vivió egoístamente circunscripto al mundo de sus sentidos y de su fantasía. También pudieron creerlo los observadores superficiales; no los que le conocimos a fondo.

Espíritu agudamente crítico, no pudo dejar de sentir todo lo que hay de monstruoso en las tremendas desigualdades sociales, de suerte que el dolor y la miseria de los más no lo encontraron indiferente. Hasta tuvo en su adolescencia, como todas las almas bien nacidas, generosas veleidades revolucionarias. ¡Ay de los que nunca han sentido la necesidad de la protesta! Pero, ciertamente, sus gustos personales no lo llevaban hacia el pueblo. Todas sus inclinaciones eran de un aristócrata y movíanle a gustar las cosas finas, elegantes y dicretas. Ya próximo a morir habíase entregado a la lectura de las biografías y las cartas de aquellas admirables mujeres que dominaron con su belleza, su elegancia y su talento los salones de la Francia de los últimos Luises, y era de ver la pasión nostálgica que sentía por aquellas exquisitas figuras desaparecidas. Por eso, porque respondía tan bien a su ideal de la vida, amó tanto el espíritu francés, excelente en la claridad, la distinción y la medida; por eso hizo suya con sorprendente ardor la causa de los aliados en esta espantosa guerra cuya iniciación alcanzó a ver: con tal ardor a la vez angustiado y confiado, que sus últimas horas fueron amargadas por la pesadilla de la caída de Amberes.

Sobre todo no toleraba la grosería y la vulgaridad del pensamiento. El, que pudo ser un hábil abogado, pues estaba dotado de una inteligencia lógica y sutil, aborreció de un modo implacable el espíritu abogadil, por lo que tiene comúnmente de farragoso y obtuso. Como muchos románticos, tenía un fino sentimiento de lo ridículo de las acciones humanas, y por cierto que se complacía en descubrirlo a veces con refinado ensañamiento, en venganza de lo que la estulticia hacía padecer. Su aversión a los graves y huecos catedráticos, a los políticos pomposos y falsos, a los literatos sin alma y sin gramática, era feroz. Nada chocaba tanto a su aticismo, que tan cabalmente se manifestaba en su prosa, pura y esbelta, como el bárbaro palabrerío de tantos de nuestros políticos, oradores, periodistas y literatos; en él algunas de estas antipatías literarias asumían el carácter de verdaderas «fobias». Por lo cual se ve, a través de esta psicología de nuestro pobre amigo que estoy definiendo a grandes rasgos, que él no vivió

mezquinamente encerrado en su «yo», sino que animáronlo muy fuertes y nobles sentimientos sociales: ni fué indiferente a la suerte de los vencidos, ni a la mal lograda fortuna de los triunfadores, y en todo instante hubo en su espíritu un ideal de justicia, de verdad, de belleza y de bondad. Porque también fué bueno y tierno, y como pocos supo practicar el sabio precepto del maestro France, de considerar a los hombres con mucha piedad, atenuada con un poco de ironía.

Mas principalmente tuvo una pasión: la de las ideas. Sabía pensar. Poseyó una curiosidad intelectual ilimitada. Rumió varios sistemas filosóficos; diletante superior, se asimiló con maravillosa agilidad las más arriesgadas construcciones ideológicas, y así penetró y vivió mentalmente en el idealismo absoluto de Berkeley como en el panteísmo de Spinoza. Murió entregado en cuerpo y alma al genial judío de Amsterdam y la muerte lo arrebató justamente cuando estaba comentando su «Ética». Si hubiese vivido, mucho habríamos podido esperar de su cultura, de día en día más vasta, y de su dialéctica sutilísima. Las anotaciones marginales que ha dejado en sus libros y las reflexiones que pueden desglosarse de sus artículos, son reales promesas de futuros frutos que desgraciadamente ya no podrán madurar. Y de toda esa labor mental inconexa surge esta comprobación: que él, hombre sin prejuicios que vivió con violencia la vida de los sentidos, fué constantemente trabajado por las más roedoras preocupaciones morales, filosóficas y religiosas, hecho que, sin duda, tiene la mejor explicación en este párrafo de él mismo: «Nuestros abuelos veían en la religión y la moral «los únicos frenos eficaces de la pasión». En realidad son sus peores excitantes. Lo único que domina la pasión es la pasión misma, el amargor espiritual que deja. El solo hombre de verdadera y honda bondad es el libertino fatigado. Las creencias morales y religiosas no son armas contra la pasión, pero son, en cambio, los términos a que ésta suele conúcirnos. ¡Cuántos «donjuanes» monjes, cuántos libertinos mártires y santos padres de la Iglesia!».

Señores: Cuando tuve que escribir el epígrafe para la placa conmemorativa que hoy ofrendamos al amigo desaparecido, no hallé mejor definición de su psicología que ésta: Alma curiosa y serena, vida espontánea y libre de temprano filósofo.

Válgame el gran cariño que sentí por aquel bello espíritu y la profunda sinceridad que he puesto en estas páginas, para discul-

parme a vuestros ojos si no he logrado mi intento de reflejar en ellas cómo siento yo que es justa la definición que acabo de leeros y que a mi juicio las compendia.

Del vizconde de Lascano Tegui

Vamos a encender la modesta lámpara de arcilla de nuestro recuerdo. Entre la sombra que huele a rosas marchitas está un espíritu hermano que nos mira sorprendido y silencioso. El nos ve llegar. Viene, hace como que viene hacia nosotros para recibirnos. ¿Somosle, acaso, conocidos? Sí. A algunos nos conoce por la mirada, a otros nos mira las manos que estrecharon otrora efusivamente las suyas, flacas, frías y lacias; a otros nos conoce por las espaldas anchas, y su admiración por la salud que traducimos, le hace meditativo.

Es el espíritu — es indudable que el espíritu de un hombre que fuera tan sutil subsista aún sobre la tierra — es el espíritu de Ipiña el que llega a recibirnos. Ya lo veo acercarse a la ventana de nuestros corazones. ¿No es verdad que lo sentimos?... Ahí está detrás de los vidrios como un vecino timorato que duda de entrar y se irá seguramente sin decirnos nada.

Ya no cree en las palabras. Su lenguaje es más sutil y se arruga y se quiebra de un suspiro. El pasará. Pasará frente a la ventana de nuestro corazón. No querrá incomodarnos y el aliento que le presta la Intrusa apagará la lámpara que tiembla en nuestras manos. El no pensó ser nada. No quiso conmovernos. Así nos inquieta su negativa hoy como otrora. El que tenía condición para poderlo ser todo, al irse tan intempestivamente, ha dado el motivo más intenso de nuestra afición. Nadie como él nos mostró tanto como le era ajena esta vida de la que debía irse demasiado pronto. El fué quien nos dejó vacía la pieza que en nuestro cariño le destinábamos. Es la pieza misteriosa, aterradora, de toda la casa y la que invita a velar por su misterio en bien del sentimiento y de la afición, esos dos niños nuestros a quienes hay que amenazar en la vida con algo que no existe y que — no existiendo — es la poesía de esta vida. Ipiña vive en ese rincón hermético de nuestro ser. Nadie como él para tan extraña función de guardián. El no abrirá las puertas jamás. El no nos hará perder el encanto que perdieron al ver la luz las mujeres de Barba Azul. Apaguemos la lámpara. En la sombra volveremos a hallarlo. Silencio.

NOTAS Y COMENTARIOS

Comida en honor de Santiago Baqué.

La última comida de NOSOTROS fué dedicada al doctor Santiago Baqué, nuestro colaborador en la sección *Ciencias Sociales*, ganador del premio *Facultad*, con una hermosa tesis sobre la *Influencia de Alberdi en la Organización Política del Estado Argentino*. *La Patria degli Italiani* describió con fino gracejo al día siguiente esta comida, más concurrida que otra alguna, y no podemos resistir al deseo de traducir la amena crónica, por ser un vivo reflejo de estas comidas de literatos de buen humor. Dijo *La Patria*:

«Pero ¡qué comilones esos literatos! Todos los meses la misma orgía, de suerte que un día de éstos los directores de NOSOTROS serán llamados al Departamento por corruptores de las costumbres e incitadores al derroche.

A la cena de anoche, servida con el acostumbrado buen gusto en el Restaurant Génova, participaron unos cuarenta entre artistas, literatos, hombres de ciencia y poetas; ¡y qué escándalo!

Inútil decir que en la extrema izquierda, entre los más turbulentos, estaba el doctor Ingenieros; inútil decir que cerca de él estaban aquellos desbocados de Próspero López Buchardo, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Laferrère; inútil decir, en fin, que todos juntos hicieron una batahola espantosa, y el champaña no tenía allí misión alguna que cumplir, porque alegría había de sobra. Además estaba Zavalla (Pelele), que revolucionaba la extrema derecha.

La cena fué dedicada al doctor Santiago Baqué, ganador del premio *Facultad* con su tesis sobre Alberdi; y la dedicó en nombre de NOSOTROS Emilio Ravignani, al cual Baqué contestó con la elocuencia lacedemónica que, cuéntase, hizo famoso a dos *podestá* de Florencia, quienes, al transmitirse el mando, dijeron, ofreciendo y tomando las insignias: — *Mó*. (Trae). — *Tó* (Toma). Baqué dijo: — Gracias. Y fué ruidosamente aplaudido.

Luego se levantó el vizconde de Lascano Tegui, a quien más importa el vizcondado que los triunfos oratorios: en cuanto a oratoria no es ni Mirabeau, ni Castelar, ni Mazzini; en compensación sabe hacer versos, y, empujado por Evar Méndez, leyó una composición propia que tiene el mérito de ser bella y tuvo también el no descuidable en un banquete, de ser breve. Héla aquí:

EL PAISANO DE ZOLA

- Viejo campesino: tu país es hermoso.
- Es cierto... el vino es bueno... Mi hijo es un buen mozo...
- Yo, hombre de las ciudades, noto que eres feliz.
- Yo tengo ya una hija que es «señora» en París...
- ¿De todas las cosechas, cuál es tu preferida?
- El trigo de mis campos y la paz de mi vida.
- ¿La tierra o el cielo prefieres? ¿Cuál de los dos?
- La tierra, que es la palma de la mano de Dios.
- Irás sin duda al cielo: mucha bondad encierras.
- ¡Ah, no! yo quiero ser abono de mis tierras.

Hasta ahora nada de malo; pero los comensales quisieron escuchar los versos vertidos al italiano, lo que comportaba un verdadero atropello al colega Testena, al que no sirvióle pedir merced. Ingenieros tirábalo de la barba; Evar Méndez le ofrecía lápiz y papel con un ademán que podía significar: «¡o la traducción o la vida!»; aquel falso anciano del profesor Chelía lo miraba con la buena gracia de un bandolero desocupado; aquel falso joven de Giusti gritaba con una voz que parecía la del presidente del Consejo, Zanardelli. Fué menester traducir, y de eso resultó esta mala acción:

- O vecchio contadino, é bello il tuo paese.
- Certo... c'è il vino buono... Ho un figlio cortese...
- Io cittadino, noto che tu felice sei...
- Ho una figlia a Parigi e le danno del lei...
- Delle raccolte, qual' é da te la preferita?
- Il grano de'miei campi, la pace di mia vita.
- T'è piú cara la terra o il cielo, amico mio?
- La terra, ch'è la palma della mano di Dio.
- In cielo andrai: ché molta bontá il tuo cuore serra.
- Ah, no! Vo' che il mio corpo ingrassi la mia terra.

Son infames, pero en siete minutos no se puede hacer nada mejor. Es el caso de decir: «Tu l'as voulu, Georges Dandin!»

Luego los comensales se desparramaron por la sala y... ¡hasta noviembre!».

Asistieron a esta comida los señores:

Santiago Baqué, Emilio Ravignani, Diego Ortiz Grognet, Emilio Dalquier, Magín Anglada, Gonzalo Moreyra, Emilio Lascano Tegui, Evar Méndez, Pedro Miguel Obligado, Vicente Martínez Cuitiño, José Ingenieros, Folco Testena, Guillermo Estrella, Alfonso Laferrère, Próspero López Buchardo, C. Muzzio Sáenz Peña, Horacio Villa, Nicolás Coronado, Luis Peluffo, Coriolano Alberini, Francisco Chelia, Juan B. Tapia, Fernán Félix de Amador, Alberto Mendioroz, Pedro M. Delheye, Américo H. Albino, Julio Noé, Juan Pedro Calou, Delio Morales, Armando Chimenti, Roberto Ramaugé, Pedro M. Zavalla (Pelele), Guillermo J. Wheeler, Esteban Hintermeyer, Rafael Alberto Arrieta, Ernesto Morales, Alvaro Melián Lafinur, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti. Se excusaron expresamente Juan Más y Pi y Antonio de Tomaso.

Juan Mas y Pi.

Ha partido para Europa uno de los más asiduos colaboradores de NOSOTROS, nuestro amigo el reputado escritor don Juan Más y Pi. Con esta revista él ha estado desde su aparición y nunca nos ha faltado su apoyo intelectual, a pesar de que múltiples y pesadas tareas le exigieran más horas de trabajo que las que pueden dar de sí los nervios mejor templados. Va a procurarse unos meses de descanso, que bien ganados se los tiene, aunque tratándose de Más y Pi, no cabe hablar de tal cosa, pues, parodiando el viejo romance, podríamos decir que su descanso es el escribir y aun el pelear, por cuanto su espíritu está siempre bien apercebido para la polémica. Abandona su mesa de trabajo de *El Diario Español*, pero seguirá colaborando en el colega desde Europa con correspondencias que por venir de él y de aquella atmósfera, ya sabemos que serán bellas, valientes e interesantes.

Nuestro afectuoso saludo lo ha despedido al partir; nuestros votos porque el viaje le sea pródigo de altas satisfacciones lo acompañan.

Raquel Camaña.

Ha causado dolorosa impresión en todos los círculos educativos el fallecimiento de la señorita Raquel Camaña, acaecido el 21 del corriente. Unía la extinta, a las más nobles cualidades de la mujer, el espíritu activo y emprendedor de un varón; pertenecía al grupo de mujeres por fortuna bastante numeroso, educadoras en su casi totalidad, que lucha entre nosotros con sinceridad y tenacidad, con abnegación y desinterés, con mucha valentía y ningún lucimiento, por la dignificación de su sexo, por el mejoramiento de la suerte del niño, y, en general, por la consecución de todas las reformas colectivas que eleven el nivel de la vida. Fué sobre todo una incansable propagandista de un sistema pedagógico que, derribando las falsas barreras sociales que hay entre los dos sexos, prepare a los adolescentes a conocerse, para amarse luego dentro de un alto y recíproco respeto. Egresada de la Escuela de Lenguas Vivas como alumna sobresaliente, fué una excelente profesora, que dictó cátedra casi hasta su muerte en la Escuela Normal de Barracas; pero sus ideales la llevaron a actuar principalmente en otros terrenos más adaptados a su temperamento combativo: los congresos y el periodismo. Ha muerto joven aún, arrebatada por un mal cruel; sin embargo, su labor no se ha perdido; espíritus como el de Raquel Camaña dejan siempre a su paso por la tierra, por breve que éste sea, simientes fecundas de bondad y verdad.

Ediciones Mínimas.

En breve, — probablemente en los primeros días de noviembre próximo — los señores Ernesto Morales y Leopoldo Durán iniciarán la publicación de una biblioteca de cuadernos mensuales, que se denominará *Ediciones Mínimas*, cuyo contenido acusará las tendencias más independientes en materia filosófica, social y literaria.

Mínimas, editará obras que por las circunstancias en que vieron la luz, son hoy de difícil, cuando no de imposible adquisición. Coleccionará la labor dispersa de algunos peregrinos ingenios desaparecidos, y entregará sus páginas al conocimiento y a la admiración de sus lectores. Hará versiones castellanizas, con propiedad escrupulosa y fiel, de las producciones de aquellos autores

extranjeros cuya orientación ideológica o temperamento literario revelen que su intelecto o su sentimiento, o ambos a la vez, marchan hacia la conquista de una conciencia nueva. También ha solicitado u obtenido trabajos originales de los siguientes autores:

Rafael Alberto Arrieta, Mario Bravo, Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Juan Pedro Calou, Ernesto A. Guzmán, José Ingenieros, Juan B. Justo, Edmundo Montagne, Evar Méndez, Juan Más y Pí, Pedro Prado, José Enrique Rodó, etc., etc.

Coleccionará producciones de: Matías Beheti, M. Goicoechea Menéndez, Julián Martel, Antonio Monteavaro, Florencio Sánchez, etc.

Hará versiones de: Cruz e Souza, Eugenio de Castro, Adolfo Retté, Rabindranath Tagore, Juan Maragall, Laurent Tailhade, etcétera.

Los cuadernos serán cuidadosamente revisados, corregidos e impresos en buen papel. Llevarán numeración correlativa y serán de tamaño 8.º, conteniendo, cuando menos, treinta y dos páginas de lectura. Su precio será de veinte centavos. Se publicarán cada mes y constituirán al cabo del año un volumen de trescientas ochenta y cuatro páginas, digno de figurar en la biblioteca mejor seleccionada. El primer cuaderno contendrá las *Evangélicas* de Almafuerte.

Tales son los propósitos de los directores de esta hermosa empresa editorial, y es de esperar que, con el concurso francamente decidido de todos los espíritus cultos, ella sea muy pronto una simpática realidad.

Revistas de estudiantes.

Mundo Estudiantil. — Publicación quincenal ilustrada, su primer número apareció el 7 de Agosto próximo pasado y ya ha llegado al sexto con éxito siempre creciente. Y bien ganado se lo tiene. Dirigida inteligentemente por experimentados hombres de letras, contando con la eficaz colaboración de nuestros educacionistas más conocidos, ha respondido con creces a las promesas que formulara en su programa: completar la acción de la escuela argentina, empleando procedimientos que armonicen el interés, el esfuerzo y el placer, y que atiendan a la educación integral de nuestros escolares, «mediante el desarrollo de su personalidad física, el cultivo inteligente de su amor a la

naturaleza y de su curiosidad científica e histórica, la educación de su capacidad imaginativa, de sus medios de expresión y de sus sentimientos estéticos, el robustecimiento de su carácter, la práctica de actos generosos y el amor a la vida sana, alegre y feliz».

Mundo Estudiantil es una revista muy bien impresa y muy bien escrita, tan instructiva como amena, que se hace leer con interés y provecho por chicos y por grandes, que recomendamos calurosamente a todos los hogares, entendiendo que es contribuir al fomento de la educación pública sostener y alentar publicaciones excelentes y útiles como ésta.

—La Sección Estudiantes Universitarios del Ateneo Hispanoamericano, inaugurada el 8 de Mayo de 1914, publicó el pasado mes de Septiembre el primer número de una revista que aparecerá bimestralmente con el título de *Ideas*. Dirige esta publicación, a la que sostendrá sin duda con brillo el animoso y simpático grupo de estudiantes que constituyen la sección mencionada, el señor José M. Monner Sans, joven escritor de pluma galana, quien se presenta en este número con unos interesantes *Apuntes para un programa de acción*, los cuales, junto al artículo *Orientaciones*, firmado por la Dirección, y al titulado *Problemas y propósitos*, del señor Tomás D. Casares, nos muestran con qué clara visión de los deberes de la juventud argentina actual, y con cuánto entusiasmo se han puesto a la tarea los miembros de este Centro del Ateneo, para constituir la verdadera familia universitaria, sobre la base de un ideal común de cultura.

—Muy simpática publicación es también la revista mensual *Juventud*, órgano de la asociación «Juventud Israelita Argentina». La dirige el señor Manuel Bronstein, y ya ha llegado a su número 46. Redactada por jóvenes universitarios israelitas, lo que más la destaca es la rectitud de su orientación, como que todo lo que en ella se lee está encaminado a propiciar las diversas manifestaciones del espíritu de Israel y su asimilación por la República Argentina. En este sentido su labor es laudabilísima y muy bien la ha expresado el señor Bronstein con estas palabras: «nuestra revista... pretende hacer florecer entre los jóvenes israelitas de este país, merced a una convivencia espiritual, purificada al calor de sus simpatías congénitas, el genio judío, esa forma peculiar de resolver los problemas filosóficos, de crear en el arte y de producir en la ciencia, que tantas conquistas ha legado a la humanidad».

—Otra revista de jóvenes: *Páginas*. La redacta un grupo de inteligentes muchachos de un importante instituto particular, el «Colegio Internacional» de Olivos, y lo declaramos con sinceridad: entre las publicaciones escritas por estudiantes secundarios, tan propensos por la edad y la falsa cultura, a confundir la literatura con el hueco palabrerío, pocas hemos leído tan por lo común discretas y medidas en la expresión como ésta. Nunca serán suficientemente recomendadas a nuestra juventud la sencillez y la sobriedad en el decir: así lo hacemos con los amigos de *Páginas*, felicitándolos e indicándoles que no se aparten del buen camino, antes bien, que se afirmen en él. El «Colegio Internacional» de Olivos, que acaba de ser premiado con medalla de oro en la Exposición de San Francisco, puede andar orgulloso de los resultados literarios de su enseñanza.

“Bélgica”.

Ha constituido un éxito completo el álbum *Bélgica*, que en homenaje del heroico país y a beneficio de su población necesitada, ha editado don José Tellier, con la colaboración artística y literaria de las mejores firmas del Plata.

Este álbum, cuyas ediciones se han agotado rápidamente, ha sido impreso con todo lujo, y concebido y compuesto con un fino criterio de arte, que revela que quienes tuvieron a su cargo la tarea, no ahorraron esfuerzo para realizar una obra bella que valga la pena conservar como recuerdo de la admirable epopeya a la cual rinde homenaje.

La carátula y las dos páginas interiores dedicadas al rey Alberto y a la familia real, ilustradas las tres por Barrantes Abascal, con minuciosa delicadeza, e impresas en colores, son verdaderamente dignas de atención, como también cabe citar la orla puesta por Lorenzo Piqué a la *Oda latina*, de Ricardo Rojas, las ilustraciones de Martínez Jerez a *El molino muerto* de Manuel Ugarte, la de Alberto Rossi a *La historia de Juan de Flandes* de José Enrique Rodó y otras de J. Puente, Juan B. Fohn, E. Álvarez, Alfredo Guido y Eduardo Pelegrí. El álbum ha sido además ampliamente ilustrado con fotografías de los más bellos lugares de Bélgica, de sus ciudades, palacios y monumentos, los cuales documentan las páginas literarias que muy distinguidos escritores han consagrado a exaltar las viejas ciudades del país invadido y sus maravillosas actividades científicas, artísticas e industriales.

Los escritores hispano-americanos y la guerra europea.

El redactor del *Mercure de France*, en la sección Letras hispanoamericanas, don Francisco Contreras, publicó en el número de aquella revista del 1.º de Julio ppdo. un interesante estudio acerca de la opinión de la mayoría de los intelectuales de Hispano-América sobre la guerra europea. En él sostiene el distinguido crítico que «desde el comienzo de las hostilidades, los más vigorosos y representativos escritores de nuestras jóvenes repúblicas, a pesar del gran trabajo de seducción realizado por Alemania en sus países respectivos, han manifestado abiertamente su amor y su admiración por Francia y han hecho de la causa de los aliados su propia causa, es decir, la causa de la intelectualidad del Nuevo Mundo español». Para confirmar este aserto hace desfilar en su estudio los juicios del eminente pensador uruguayo José Enrique Rodó; del director de *Hispania*, el conocido escritor colombiano Santiago Pérez Triana; del publicista chileno Alberto Mackenna Subercasseaux; y, refiriéndose a la encuesta de NOSOTROS sobre las consecuencias de la guerra, transcribe la parte substancial de la contestación que esta encuesta le mereció a don Juan Más y Pí, que fué, como se recordará, una condenación tótal de Alemania y el espíritu alemán.

Ciertamente es de tenerse en cuenta que la opinión de Hispano-América pueda interesar en estos momentos en Francia.

Serbia y no Servia.

En el número de NOSOTROS del mes de Agosto (N.º 76), nuestro colaborador señor N. S. Cernogorcevich, escribió, bajo el pseudónimo conocido de *Leptir* y con el título de *Menudencias filológicas*, un artículo en que sostenía y demostraba que ha de escribirse *Serbia* y no *Servia*, con *b*, como suele hacerse en todos los idiomas, menos en el castellano.

La doctrina en estas páginas expuesta, mereció la aprobación del profesor doctor Matías Calandrelli, quien aconsejó la reforma a la redacción de *La Prensa*, que la aceptó inmediatamente con laudabilísima buena voluntad; y la modificación del nombre del desventurado país ha cundido, porque con *b* lo escribe ahora *La Nación* y la mayoría de nuestros diarios. Declaremos también que a la luz de la doctrina sostenida con acopio de argumentos en

NOSOTROS por el señor Cernogorcevich, resulta injustificado lo sostenido en su número del 22 de octubre por la excelente revista *El Hogar*, que, amparándose en el uso y en la Real Academia Española, defiende el empleo de la palabra *Servia*. El uso en este caso parécenos que pesa poco, por cuanto justamente todos andamos desorientados respecto de la correcta escritura de la palabra en cuestión; y en cuanto a la Real Academia, bueno será que acabe por adoptar la reforma e imponerla con su autoridad, como ya lo ha hecho el diccionario Hispano-Americano de Montaner-Simón.

“Primavera”.

También nos ha visitado el primer número de esta simpática revista argentina de arte, que dirige un joven pintor y literato, Cayetano Donnis.

Primavera aparecerá mensualmente. Se presenta al público con un simple y hermoso programa: dar cabida a todas las ideas, a todas las iniciativas, cuyo fin sea sea noble y elevado; y efectivamente, la impresión que deja en el ánimo la lectura de este primer número es la de una franca nobleza con que todos los temas son encarados y todas las ideas acogidas en él.

Crítica, versos, páginas literarias, oportunas transcripciones, grabados; en resumen, una buena revista a la que deseamos larga y próspera vida.

Una rectificación.

Nuestro colaborador don José André, nos ha dirigido la siguiente carta:

«Octubre 5 de 1915. — Señor Alfredo A. Bianchi. Mi estimado amigo: En el último número de NOSOTROS, a propósito del libro *Ensayo sobre Federico Nietzsche*, de mi amigo Mariano Antonio Barrenechea, dicen ustedes que «como crítico musical fundó y dirigió la revista *Música*», y como veo que en el mismo número se muestran ustedes muy escrupulosos respecto a los derechos de cada uno, en un caso semejante ocurrido con don Ricardo Rojas, me permito pedirles para el próximo número una pequeña rectificación, que su gentileza no me negará por cierto: la revista *Música* fué fundada y dirigida por mí, como lo pueden ustedes comprobar en cualquier colección de ella. Que al menos me quede esa satisfacción ya que tan pocas procuró esa empresa. Suyo afectísimo.—José André.»

Queda complacido nuestro distinguido amigo. Incurrimos en el error, al recordar lo mucho que había colaborado en la revista *Música* don Mariano Antonio Barrenechea. Muy grato nos es dar a cada uno lo suyo y recordar aquí aquella noble empresa que acometió el señor André al fundar *Música*, excelente revista cuya desaparición lamentamos todavía.

Voces amigas.

En su número de Octubre la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, que dirige el doctor Rodolfo Rivarola, se ocupa de NOSOTROS en términos honrosísimos, que por venir de una publicación de carácter muy diverso de la nuestra, sentimos la necesidad de reproducir, haciendo una excepción a la práctica casi constante que hemos adoptado de no transcribir las notas encomiásticas que suelen dedicársenos y que mucho agradecemos, a fin de no cansar continuamente a los lectores con nuestro propio elogio.

Dice la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*:

«Con la entrega núm. 76, correspondiente a Agosto último, ha cumplido esta revista su octavo año de existencia. En tal ocasión, y siempre, nada es seguramente tan justo, ante la obra realizada, como el aplauso, que es palabra de aliento y de fuerza. Cabe a NOSOTROS — quizá no sea del todo ocioso repetirlo — el mérito indiscutible de haber armonizado, en cierta manera, en sus páginas siempre abiertas y acogedoras de todo lo bello y lo bueno que son capaces de producir nuestros prosistas y nuestros poetas, las dispersas tendencias literarias que, hoy por hoy, se manifiestan en nuestro país, y el de haber avivado, con la firmeza y tenacidad puesta en la consecución de sus propósitos, el ciertamente débil pero persistente alentar de nuestra literatura.»

Advertencia.

Por falta de espacio nos vemos obligados, con gran pesar, a postergar la publicación de colaboraciones que mucho estimamos, y lo que es más incómodo, de importantes secciones de crónica. Es así que hemos debido dejar para el próximo número varios excelentes trabajos que deseábamos dar a luz en el presente, como asimismo las crónicas bibliográficas y de arte — esta última sobre el V Salón — y la conclusión de la novela *Las Almas*.

NOSOTROS.